

**DIEZ LUGARES
CONTADOS**

DIEZ LUGARES CONTADOS



Diez lugares contados / Marcos Almada ... [et al.] ; compilado por Bibiana Ricciardi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2017.

176 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-950-49-5936-6

1. Narrativa Argentina. I. Almada, Marcos II. Ricciardi, Bibiana, comp.
CDD A863

© Ministerio de Gestión Cultural
Gobernación de la Provincia de Buenos Aires

Diseño de cubierta:
Diego Martín y Guillermo Miguens

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682 (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: agosto de 2017
3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-5936-6

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de junio de 2017

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

PRESENTACIÓN

por María Eugenia Vidal

Gobernadora de la Provincia de Buenos Aires

Nuestra identidad se construye con el aporte de cada bonaerense. Esta antología de relatos nos invita a recorrer lugares muy especiales de la provincia y a conocer más de lo que somos, pero también nos permite abrirnos a las distintas posibilidades que nos da la ficción. Además, estas historias tienen el valor de haber sido escritas por grandes autores que nacieron, crecieron o conocen los espacios de los que hablan.

Sierra de la Ventana, Bahía Blanca, General Villegas, Mar del Sud, La Plata, Villa Gesell, Azul, el Delta, Baradero y Mar de Ajó son parte del mapa que se arma en este libro. Desde el Gobierno queremos agradecer al Grupo Editorial Planeta por participar de esta iniciativa, y a los autores por compartir su talento con nosotros y proponernos un nuevo recorrido de este lugar que elegimos para vivir.

PRÓLOGO

*por Bibiana Ricciardi
(Antóloga)*

Había una vez una provincia que era tan grande como un país. Que tenía océanos, ríos, lagunas, deltas, islas e islotes, sierras, desiertos y humedales. Una llanura tan llana que hasta se dejaba atravesar por un par de cordones montañosos. Una región capaz de contener a un tercio casi de la población de todo una nación. Un territorio vasto. Por eso, porque había una vez una provincia inenarrable, es que resolvimos arreglarnos con un botón. La parte capaz de narrar el todo. O mejor dicho, con diez botones. Diez cuentos inspirados por alguna leyenda, mito o marca urbana de diez lugares distintos de la provincia de Buenos Aires. Diez lugares contados.

La idea entusiasmó inmediatamente a Alejandra Ramírez y a Rocío Irala, Subsecretaria de Políticas Culturales y Subsecretaria de Acción Cultural, de la provincia de Buenos Aires respectivamente. Con ellas creció y se expandió. Convocamos a diez escritores nacidos, criados o amontonados en la provincia de Buenos Aires

para que cada uno de ellos eligiera algún mito, leyenda, historia o anécdota de cualquier localidad de la región y a partir de ahí escribiera un relato ficcional. Convencidos de que la realidad es tan voluble que pocas veces se deja atrapar, intentamos asumir la empresa con elementos de la ficción. Tanto o más fiables que los que suele proporcionar la realidad. Soñamos con registrar las indagaciones literarias con una cámara y acompañar el libro con cortos en video, entonces sumamos al equipo al realizador Andrés Irigoyen. Así comenzó entonces esta aventura que termina con tus ojos recorriendo estas líneas. O no, porque verás que ni siquiera termina en el papel. Cada uno de los relatos tiene a su vez un video corto que cuenta el cuento. Un enlace digital que permitirá espiar cómo cada escritor se trasladó al lugar elegido y de qué modo husmeó en busca de las raíces de la historia que deseaba contar.

De los diez escritores, seis eligieron alguna historia de su propia localidad de origen. Comienzo con Marcos Almada, por estricto orden alfabético. Nacido y criado en Azul eligió como materia de su cuento una anécdota local narrada por su madre. Su búsqueda comenzó entonces por su madre, pero la marcha de la indagación lo llevó hasta un chiquero. De los olores, sonidos y emanaciones no voy a dar cuenta en este prólogo. A las letras me remito.

Gabriela Cabezón Cámara no nació en el Delta pero lo ha transitado mucho. Conoce sus riachos y también los pasadizos entre la selva cerrada que conducen a

puentecitos maltrechos. Una geografía de cuento en la que eligió indagar en torno al universo de lo clandestino, lo prohibido, la lucha y la resistencia. Con Gabriela no fuimos por tierra ni por aire, ella fue la única que nos llevó por agua.

Florencia Canale nació en Mar del Plata y vivió poco tiempo allí, sin embargo también se dejó ganar por su zona. En su caso fue el viejo hotel de Mar del Sud, balneario ubicado al sur de Miramar. Un edificio semi-derruido pero envuelto en un intento de reciclado. Su viejo dueño fue el anfitrión que intentó en vano acallar los fantasmas que nos convocaban. De hecho fue imposible apartar a Florencia de la imagen de unos colonos judíos refugiados en los obradores del hotel cuando este estaba aún en obra. Exiliados que escapando del horror perecieron por la fuerza de un tornado en este rincón remoto del planeta.

Federico Jeanmaire volvió a su Baradero natal. Había una vieja noticia policial que le interesaba visitar. Un crimen horroroso con un castigo igual o peor. Con él caminamos campo traviesa, en medio del pastizal, abriéndonos paso con un machete para llegar a las ruinas del lugar de los hechos. Una casa abandonada, de paredes semicaídas, sin techo y con árboles que se atreven a crecer en el living.

Parecido nos pasó con Patricio Eleisegui, que eligió la ciudad pueblo en la que creció: Sierra de la Ventana. Más precisamente una historia poco contada, la de los alemanes que escaparon del hundimiento del *Graf Spee*

en el Río de la Plata y se refugiaron en un viejo hotel de montaña. Hermoso, una postal espeluznante. Caminando entre las viejas paredes Patricio pensó que debía escribir un cuento de terror.

Guillermo Martínez nació y creció en Bahía Blanca, donde todavía vive parte de su familia. Su búsqueda partió de un recuerdo de su propio acervo personal: su padre —espíritu inquieto— que, siendo ateo, intentó investigar de qué material estaban hechas las estatuillas de los santos. Con esta meta viajamos a Fortín Mercedes, ciento cincuenta kilómetros al sur de la ciudad, donde descansaron los restos de don Ceferino Namuncurá hasta hace muy poco. Fue a Guillermo al que se le escapó una frase que nos sería útil a todos los demás. Más de una vez, en la búsqueda de datos concretos que disparesen la ficción hacia lugares más extremos, los escritores tratábamos de hallar indicios reales forzando las pruebas. Como si necesitáramos que la realidad de verdad sostuviera nuestros relatos. Hasta que Guillermo, atascado en una de esas búsquedas infructuosas, soltó un “peor para la realidad” que fue la marca registrada de todos los que lo continuamos.

Alejandra Zina pasó todos los veranos completos de su infancia y su adolescencia en Villa Gesell, en el pequeño departamentito que sus padres tenían allí. Había que ver la sonrisa de Alejandra con la vuelta al pago en una hermosa mañana de frío sol primaveral. La suya es una historia de pioneros. De mujeres capaces de mover médanos.

Y por último estamos los que elegimos territorio nuevo. Sergio Olguín, por ejemplo. No es que no conociera Mar de Ajó, pero no tenía una relación previa particular con el lugar. O sí, pero desde la ficción. Acababa de escribir una novela localizada en Mar de Ajó sin haberse trasladado a la ciudad, lo atrajo la idea de volver físicamente al espacio en el que había estado viviendo en la ficción. El naufragio del *Margaretha*, las costas del Tuyú han sido fatales para la navegación. En el relato de Sergio se debe haber colado algo del viento helado que nos acompañó toda la estadía.

Leonardo Oyola, por su parte, eligió hacer algo que aún no había hecho: escuchar en vivo en La Plata a la banda local Las Armas, Buenos Aires. Vivir la intensidad de la noche platense. La suya es una historia urbana, de metrópolis. De rock, de fans, de bandas desaforadas. Con él fue la noche.

Y por último la mía. La de quien se muerde la cola. Admiro a Manuel Puig, deseaba conocer su universo. Había escuchado hablar de que los personajes de Puig aún viven en las calles de General Villegas. Allí fuimos sorteando el agua a empaparnos de la materia prima de uno de los más grandes escritores del territorio bonaerense.

Una provincia contada en diez trazos, como un dibujo a mano alzada en el que se mezclan las voces, los sonidos, los olores, los kilómetros. Por aire, por tierra, por mar, río arriba y bajo tierra. Diez escritores lupa en mano rastreando la huellas de una identidad esquiva.

LOS CHANCHOS

Marcos Almada

(Azul)

Las viejas son transmisoras de la peste del relato. Arteras de la perspectiva y el detalle, atentas y observadoras, conocen el misterio del lenguaje. Hay cosas que no deberían pasar, y si pasan, no deberían contarse. Deberían morir con el hecho, ser consumidas por la propia acción. Sin embargo, hay una porfía, una necesidad contaminante que persiste y es más fuerte que la culpa. Porque prosperan hechos secretos, íntimos, que se hacen carne en la voz que las propaga. Viajan en el tiempo y llegan a las viejas, que las escuchan, las cuentan y las ponen otra vez en circulación.

Amanece. La vieja Bartola trasiega la huella barro-sa de los carros ladeada por su hija Aidé que la agarra de un brazo para no caerse. El rocío se levanta sobre los pastos y se mezcla con la luz grumosa de sol. La vieja lleva el atado a la espalda. Van hasta el puente de las vías, a esperar el carguero para que las levante y las lleve hasta Azul, donde vive el Gringo. No es la

primera vez, las dos ya hicieron ese viaje varias veces, ida y vuelta. A veces caminando, a veces en carro, o montadas de lado en el caballo de algún paisano solidario. En tren también fueron varias veces. Muchísimas. Los maquinistas también suelen ser solidarios, más cuando las conocen y la vieja les cuenta a qué se dedican. Los cargueros van lento, cuando la ven en el recodo antes del puente, aminoran la marcha para dejarlas subir. Ella les agradece en nombre del Señor y la Virgen santa.

Van a ver al Gringo. Hace meses que no lo visitan. Son almas piadosas; además el Gringo es primo lejano por parte de padre. Tienen que ir, ver cómo anda, si necesita algo. Un hombre de mal tomar como él siempre necesita ayuda. Por más que se escude en su salvajismo, por dentro sufre como un chanco. Por eso se entrega al vino, porque no puede con su pobre alma. Para eso están ellas, para socorrer a las ovejas descarriadas. Eso es lo que hacían las monjitas de Hinojo y eso es lo que tienen que hacer ellas, ayudar al prójimo, aunque el prójimo no lo merezca.

A la chica la conocía de recién nacida. Una de las hijas del alemán Bremen. Una comadre suya supo ser nodriza de leche de la alemanita. El alemán tenía más hijas que dedos para contarlas. Cuando llegaban a los doce, trece, ya les buscaba candidato. Alguno con animales, o productos para el intercambio. Las nenas eran hermosas, todas lindísimas y dóciles. El alemán las domaba a látigo si le salían díscolas o rebeldes. Al

Gringo se la cambió mano a mano por tres chanchos, dos gallinas y un cabrito. Ni una lágrima se le calló a la alemanita. Estaba resignada a la vida que le tocaba. La maldición de una belleza superior. La vieja Bartola lo cuenta porque estuvo ahí ese día. Cocinaba para el alemán. Si bien no pudo impedir el trueque, renunció a la semana. No se aguantaba tanta injusticia contra una nena tan buena y linda. Estuvo un tiempo sin tener a dónde ir, y recaló en el convento. Ahí las monjitas le enseñaron todo lo que sabe: cocinar, lavar, planchar, coser, curaciones. Cada dos o tres semanas las dos abandonan la casa, que dejan al resguardo de Angelita, una de las hermanas de Bartola, y se van con Aidé, a socorrer enfermos y desdichados.

No hay horario fijo para el tren. Así que caminan por las vías, hasta que les aparezca por atrás. Aidé le dice a la vieja que ve una carreta en el camino que sale a la legua. La vieja también ve el carro. Apuran el paso y hacen señas.

El resero parece mudo. Apenas si larga ajá o qué va ser. Los caballos van a tranco lerdo. La estepa de la pampa se extiende hasta donde dan los ojos. Una tapera, algún monte perdido, las pajas bravas y las vacas ajenas. De vez en cuando una chacra, ovejas, gallinas y perros. Alguna chimenea humeando, algún paisano a caballo, que se toca la boina para saludar. La vieja Bartola aprovecha la silente y reza unas vueltas de rosario. Aidé la secunda, como en todo, y recita las avemarías. El resero avisa que las tiene que dejar

porque agarra el camino a Raucho. Las dos se bajan, agradecen, miran en lontananza y repechan la cuesta. Siempre agarradas del brazo, como si fueran un único organismo.

No les falta tanto para llegar, pero la distancia es relativa, todo depende de si alguien las acerca o si tienen que hacer todo el trayecto caminando. Por lo pronto tienen hambre y desayunan pan y agua debajo de un alerce.

La vieja Bartola, una vez más y como siempre que tiene una oportunidad, alecciona a su hija Aidé de las cosas que hay que hacer y las cosas que no hay que hacer. La evangeliza para que ella pueda evangelizar a la vez que ayuda al prójimo. La palabra de Dios entra con el ejemplo. Eso le dice la vieja, y Aidé absorbe, y mastica, como una vaca.

Las viejas son parcas, no se andan con remilgos ni oropeles al ñudo. Al pan, pan y al vino, vino. El relato enseña a quien tenga oreja para escuchar y discernimiento para sopesar las contradicciones intrínsecas que todo relato esconde.

Hay que seguir camino. Ellas lo emprenden, agarradas, advirtiendo ramas, pozos, toscas y desniveles. Están atentas. El sol ya se clavó en el cenit y azota la tierra. Las vacas están echadas a la sombra de los árboles. Ellas siguen caminando, borrachas de sol. A la vieja le cuelga el rosario de una mano. Tienen un largo trecho todavía. A la distancia se ve la tranquera y el camino de víbora hasta el rancho, apostado bajo unos

eucaliptus. Capaz les den un poco de agua para refrescarse y poder seguir. Abren la tranquera y la vuelven a cerrar. Escuchan los ladridos, pero ningún perro les sale al cruce. Estarán atados. Aidé se suelta de la vieja Bartola y se adelanta porque ve dos caballos pastando al costado. La vieja no se preocupa, está acostumbrada, los caballos son la debilidad de Aidé, los conoce y los sabe tratar. Aidé le dice a la vieja que son dos ejemplares hermosos, uno ruano oscuro y el otro bayo claro. Se les acerca y los caballos no se espantan, muy por el contrario, la miran mansos mientras arrancan matas de yuyo. Aidé baja hasta la zanja donde están y acaricia la testuz del ruano. Tiene una estrella interrumpida. Bufa y se espanta cuando alguien chifla desde el rancho. Aidé vuelve al lado de la vieja Bartola, y las dos siguen el camino hasta donde ven a un hombre en cueros, apoyado contra un carro. Es tuerto del ojo derecho.

La vieja, cuando todavía faltan unos metros para llegar hasta el hombre, le larga las bendiciones que le enseñaron las monjitas de Hinojo. El hombre las saluda con una reverencia ampulosa y las invita a sentarse en unos troncos contra la sombra de los eucaliptus. Aceptan gustosas. El tuerto les dice que si quieren pueden usar la bomba pa' refrescarse y tomar agua fría. Las dos se acercan a la bomba. Mientras una se agacha y toma agua, la otra bombea. Se mojan las nuca y las muñecas y van hacia los troncos. El tuerto les pregunta qué andan haciendo a esas horas, con el solazo que

hace. Ellas le cuentan que van a visitar a un pariente que enviudó hace poco. Les dice que ese viudito ha de ser muy afortunado en la desgracia como pa' tener la suerte de recibirlas a las dos en su casa. La vieja agradece el piropo con una media sonrisa y le dice que van a retomar el camino, porque les gustaría llegar antes de que se haga de noche. El tuerto le pregunta hasta dónde van. A las afueras de Azul, a una chacra, dice la vieja. El tuerto sesea unos cálculos y les informa que caminando no llegan antes de la madrugada. Si tienen paciencia, pueden pasar la noche en el rancho, y a la mañana, uno de sus hermanos las puede alcanzar en sulky. La vieja duda, y sabe que cuando se le mete la duda por algo es, pero Aidé le dice que no es mala idea, que es mucho camino para hacerlo andando. El tuerto mete la cuña de que esa noche van a festejar San Juan, que van a hacer un chanco a la cruz. Si gustan, están convidadas, va a ser un honor compartir la comida con ellas. Entre mate, charla y los preparativos se les pasa la tarde. Aidé se entretuvo con los caballos y dándoles de comer a las gallinas y a los chanchos. De chiquita que le gustan los animales. La vieja puede ver el tranco lerdo de dos caballos negros, y arriba, montados, dos hombres de boina y bombacha bataraza. Atrás de ellos, la tarde se apaga recortada por los alambrados y las estacas. Uno de los hombres de a caballo, grueso y corpachón, chifla, y los perros que están atados atrás del rancho, contra el chiquero, ladran enloquecidos. De adentro del rancho sale disparado un chiquilín que

las dos no habían visto en toda la tarde. El chiquilín corre hasta la tranquera y abre para que pasen los dos caballos.

Los dos desmontan sin saludar y le dan las riendas al chiquilín para que lleve los caballos al bebedero. Uno de ellos, flaco como garza, se acerca y saluda a las señoras tocándose la boina. El corpachón entra al rancho y lo llama al flaco, que da media vuelta y entra. La vieja le dice a Aidé que aunque ya es tarde para largarse al camino, tendrían que haber salido después de tomar agua. Aidé la tranquiliza, que es mejor ir en sulky, como les prometió el tuerto.

Sale el corpachón, en cueros, y le grita al chiquilín que prepare todo. Salen también los otros dos, en cueros, uno de ellos, el flaco, con un cuchillo en la mano y la chaira en la otra. El tuerto se acerca con la pava y el mate y se los deja en uno de los troncos. Van a carnear al chanco para la noche, si son impresionables mejor que entren al rancho. La vieja Bartola dictamina que se van a quedar sentadas a la sombra, mateando. Aidé la mira como para decirle algo, pero la vieja le adivina la intención y la corta en seco con un gesto. Está bien, como ellas quieran. El tuerto pega media vuelta y desaparece por atrás del rancho. La vieja agarra la pava y ceba unos amargos. Está preocupada, eso se le nota a la legua. No le gusta estar entre hombres, y menos con Aidé, que tiene lo que hay que tener para calentar la sangre de los hombres. Eso la vieja se lo hace saber a Aidé sin tener que hablar. Así son las cosas entre ellas. Se lo enseñó

de chica, los hechos hablan, hay que saber mirar, saber escuchar, estar atenta, no distraerse con cosas que no valen la pena. Es una vida dura, más para una mujer en el campo. Mate va, mate viene, la vieja Bartola se resigna a la suerte de tener que pasar la noche las dos solas, entre cuatrerros.

El chiquilín aparece con una olla que rebalsa agua por los costados. La pone sobre unos ladrillos, arrima ramas y paja y prende un fuego.

Saber, que para ellas es lo mismo que no olvidar. El que olvida lo aprendido es un zángano. Dominan el tono, el ritmo, se resisten a la velocidad sin fundamentos.

Se escuchan los gritos y chillidos atrás del rancho. Aparecen los tres hombres. El corpachón tiene un chancho agarrado de las patas, que chillar y se sacude. Llegan hasta la olla y ahí nomás el del cuchillo afila un rato contra la chaira. Después clava una rodilla en la tierra, agarra al chancho de una oreja y lo ensarta hasta el mango. Cuando saca la hoja, salta un chorro de sangre y el chancho vuelve a chillar. La vieja Bartola mira. Aidé también. Están acostumbradas. Eso no las espanta. Ellas mismas sin ir más lejos tuvieron que matar gallinas, chanchos, corderitos, conejos, vizcachas y mulitas. Así que nada las impresiona. El chancho se sacude unos segundos y después se adormila, atontado por la pérdida de sangre. Otra vez el flaco le clava el cuchillo y baja el tajo para abrirlo de punta a punta. Le saca las tripas para afuera y se las corta.

Se las revolea al chiquilín para que se las lleve a los perros.

Lo sumergen en el agua hirviendo. El tuerto lo pela con destreza. Le da indicaciones al chiquilín sobre el agua. Que no se le pase porque el cuero se contrae y es imposible arrancarle los pelos. En minutos ya está pelado. El corpachón se lo lleva al rancho para adobarlo. El flaco se lava la sangre en la bomba. La vieja ya lo pescó dos veces mirándola a Aidé con esos ojos salvajes.

El tuerto clava la cruz y cuando el corpachón vuelve con el chanco le engancha las cuatro patas con alambre de fardo. El tuerto, ayudado por el chiquilín, arma el fogón y lo prende.

La alemanita aguantaba todo. Cuántas veces le dijeron que lo dejara, que se fuera con ellas. Pero la alemanita que no y no, que ese era su lugar, el lugar que Dios le había elegido. No podía tener más razón, pobre santa, ese era su lugar, junto al Gringo, que se la había comprado a su padre por unos pocos animales porque de qué otra manera un gringo negro y feo como él podía estar con una belleza celestial como la alemanita. Le hizo la vida imposible. Golpes, vejaciones. Hay hombres que tienen al demonio adentro. Algunos al principio lo dominan, lo dejan salir a veces, muy pocas, pero llega el momento en el que lo dejan salir para siempre y el demonio se los come crudos. La alemanita primero con su padre, y después con el Gringo. Tenía razón, ese era su verdadero destino, del que no pudo escapar nunca.

Las brasas chamuscan el cuero del choncho. Los tres no se mueven del fogón. El fuego los hipnotiza y se quedan cavilando en silencio. Ellas dos atrás, todavía en los troncos, el chiquilín matando bichos. La noche los envuelve. Todo es oscuridad más allá del fuego. El tuerto les dice que se arrimen, que coman chorizo y tomen algo más que mate, que hay que celebrar la noche de San Juan. Ya no hay vuelta atrás, la vieja Bartola se levanta, y Aidé atrás de ella. Los hombres se abren para hacerles espacio. Le pasan vino a la vieja. Agarra. Aidé agradece. Pide agua. El tuerto le sirve un vaso de una damajuana. El corpachón llama al chiquilín para que les traiga más tinto. El chiquilín presuroso corre hasta el rancho y vuelve en un santiamén con la damajuana. El hombre se lo agradece acariciándole la cabeza. Le sirve vino en su propio vaso y le dice que tome, que se haga macho. El chiquilín toma todo de un trago y pide más. Los hombres se ríen, y el corpachón le dice que no, que vaya nomás a jugar por ahí, que él lo llama para comer. Pero el chiquilín trata de sacarle el vaso de vino que se sirvió para él. En el forcejeo se vuelca vino y el corpachón le pega con el revés de la mano. El chiquilín sale corriendo para que no lo vean llorar.

El hombre está hecho de relato. Alguien llega y cuenta sobre un lugar y un hecho distante, en extensión y tiempo. Su piel es un pergamino escrito con sudor y sangre. Su voz es fascinante e hipnótica. La semilla prende y germina. El relato crece y se ramifica. Tiene

variantes, distintas maneras de buscar el sol. Siempre hay un origen, el principio para algún fin.

El vino empieza a correr otra vez, las voces se levantan, y los chistes son más picantes y procaces. Los hombres discuten cosas del trabajo, quién faenará los chanchos para los fiambres, quién irá hasta el pueblo a comprar tripa y sal, quién arreglará el alambrado. Las dos mujeres se llaman a silencio y observan y escuchan. No les queda otra. Los hombres las ignoran, como si ellas no estuvieran ahí, en el medio del campo, bajo el lucero, a la intemperie, totalmente desprotegidas y a merced. El vino sigue corriendo, y los chistes, cada vez más sucios y personales, establecen la división: el corpachón y el flaco contra el tuerto, que soporta las chanzas en silencio, parece acostumbrado al rigor de la resignación. La vieja Bartola puede leer en su cara el odio potenciado y el rencor. Todo se serena cuando el flaco corta el primer pedazo de carne. Caballero por primera vez, le acerca a Aidé primero, y después a la vieja, dos costillas para que coman. Las mujeres agradecen y comen. Tienen hambre. Los otros dos se acercan a la cruz y cortan ellos mismos sus pedazos. El tuerto chifla, y de la oscuridad cerrada emerge el chiquilín y atrás de él uno de los perros que enseguida se les acerca a las mujeres para olfatearlas. El tuerto lo aleja de una patada. El corpachón le grita que se meta en sus cosas y que deje al perro tranquilo, que si él está el perro es manso.

Dios también se equivoca. O se equivoca o es malo.

La alemanita era una luz. Y la enfermedad le exprimió esa luz. Ella la vio apagarse. Al pie de la cama. Viendo cómo ese cuerpito transparente y raquíptico se estremecía por las convulsiones de la tos.

La noche sigue, los hombres toman con bronca y comen como si quisieran reventar como escuerzos, pegados al fuego. En un momento la vieja Bartola advierte cierta incomodidad en Aidé, que se revuelve en el tronco, y cambia de posición una y otra vez. La vieja le señala un grupo de árboles, que vaya tranquila, que ella la mira. Aidé se levanta y automáticamente los tres hombres se dan vuelta y el tuerto le pregunta a dónde va. Cosa de ella, le responde la vieja, que también se para.

Aidé va hasta los árboles y desaparece. Los hombres miran para ese lado, imposibilitados de abstraerse de lo que esconde la oscuridad. La vieja Bartola trata de amonestarlos con su mirada más inquisidora, pero los hombres no la advierten, concentrados como están en la promesa de la carne desnuda tan al alcance de las manos. Aidé aparece de entre los árboles y se encuentra con esas miradas penetrantes como lanzas. Baja su mirada y camina hacia ellos. Se para frente al tuerto y le saca de la mano el vaso de vino, que se manda hasta el fondo. El flaco enseguida le aparece de atrás con la damajuana y le sirve. La vieja Bartola la nombra, como para amedrentarla con esa simple amonestación que está cargada de advertencia, cariño y miedo. Pero Aidé la tranquiliza, le dice que un poco de vino no le va a

hacer mal, que el agua le va enfriar la grasa de chanco en la panza. La vieja se resigna y se sienta, saca el rosario de un bolsillo y se pone a rezarlo en voz baja. Los hombres toman, comen y hablan de caballos. A Aidé esa conversación la entretiene, y hace preguntas a medida que los hombres dicen tal o cual cosa sobre este o aquel caballo. El flaco, preso vaya a saberse de qué esperanza, la cargosea con atenciones. Un vaso de vino pa' que se caliente los güesos, un cacho de chanco recién cortado, una silla de adentro el rancho pa' que se esté cómoda. Las caras temblorosas por el resplandor de las llamas sacan las verdaderas intenciones de los hombres respecto de Aidé, y sus comportamientos, ya enceguecidos por el deseo manifiesto, se vuelven violentos contra ellos mismos estableciendo la competencia por la prenda.

Antes que narradoras son oyentes y lectoras. Dueñas de una experticia con precedentes, interpretan, que es lo mismo que volver a narrar, una vez más, el mismo relato.

La vieja observa sus comportamientos en silencio. En una rueda de hombres las mujeres se callan. Bartola no es una mujer dócil. Si alguna vez lo fue, la vida se encargó de endurecerla. Pero no es estúpida, los hombres borrachos son capaces de cualquier cosa. Ellas están solas, en el medio de la nada, es medianoche y cualquiera de los tres hombres que se atraganta de vino y carne puede matarlas, o hacerles algo peor. Tienen que pasar la noche, apenas empiece a clarear, levantar el atado de ropa y al camino.

La realidad política, social y cultural las sobrevuela, pero no las toca. No tienen tiempo. Hay mucho para hacer. Ese fue el legado de las monjitas de Hinojo, hacer el bien por el prójimo, alivianarles el sufrimiento a los moribundos, velar por la salud de los chicos, ayudar a los débiles. Lo contó mil veces a quién quisiera escuchar. El legado de las monjitas de Hinojo. Hay mucha miseria, mucha enfermedad, mucha hambruna. Mucho para hacer.

Aidé, un poco borracha, o bien no advierte la situación, o bien la halaga y la disfruta. La vieja Bartola, conocedora de la condición humana, sufre las consecuencias potenciales que esconden los hombres en la vaina del cuchillo. Y lo tan temido sale afuera. Uno de ellos, el corpachón, dice que ya va siendo hora de ver quién duerme en el rancho y quién en el establo. La vieja enseguida se para y dice que no se molesten por ellas, que van a estar bien en el establo. Dicho lo cual, se acerca hasta Aidé y la tironea de una mano. Pero siente la oposición de Aidé, que en verdad no es su propia voluntad sino la del corpachón que la sostiene de la otra. Las dos mujeres se miran y, por primera vez, Aidé, joven y confiada, advierte algo que ya no le gusta y que cambia las reglas de un juego que ella misma estaba jugando sin saber la fuerza real de sus oponentes. La vieja le dice al corpachón que ya es suficiente, que suelte la mano de Aidé. El hombre la manda a callar, que no sea carancha y que se meta en sus cosas, que ya está todo dicho y resuelto. Ella va a dormir con los otros

y el chiquilín en el galpón y él con Aidé en el rancho. La vieja se pone firme, pero el corpachón no afloja, y la vieja sabe que él tiene las de ganar. Oponerse a veces no es la opción adecuada, es apagar fuego con kerosén. De todos modos, toda fuerza relativa tiene su opuesto, y lo inesperado sale al cruce encarnado en el tuerto que se le planta al corpachón y le dice que la suelte, que no es de macho forzar a una mujer. El corpachón lo mira con el desparpajo sonriente del que se sabe más que su adversario. Hay en el saldo de esos dos cuchillos desnudos que se asoman una deuda vieja, que por vieja no se olvida. Ahí nomás, entonces, a expensas del flaco, del chiquilín, que tiene más curiosidad que miedo, tal vez acostumbrado a situaciones similares, y de las dos mujeres, que juntas y contra un rincón miden su propia suerte sin demasiados pronósticos favorables, la contienda se establece.

Cuando se enteraron de la tuberculosis de la alemanita, empezaron a ir más seguido. Tenían varios conocidos con tuberculosis, con tifus, enfermedades venéreas. Los males de la época, las enfermedades de la pobreza y la miseria. En Buenos Aires era otra cosa. Pero en el campo las enfermedades se propagaban como las ratas. La alemanita estaba cada vez más consumida. Y el Gringo también. Había abandonado el trabajo. Las gallinas andaban sueltas por el campo porque estaba roto el alambre del gallinero, las cabras estaban flacas como un tero, y los chanchos se comían entre sí. La vieja Bartola cuando iba trataba de poner algo de orden, alimenta-

ba a los chanchos, que comían desesperados. También arreglaba el gallinero y largaba a los cabritos para que comieran pasto y tomaran agua.

Entonces ahí nomás están los dos gallos de riña, en el nudo del acontecimiento, aprontando los cuchillos que ya silban en el aire, queriendo saciar el hambre de sus panzas filosas. Dos hombres enfrentados, que se la verán con su suerte, esperando que el otro flaquee o se equivoque. El corpachón se enrosca un trapo en el antebrazo izquierdo, el tuerto, que es zurdo, zapatea en la tierra y levanta polvareda. En una arremetida pareja chocan los cuchillos y los filos se sacan chispas, los ojos rojos hacen vista del movimiento contrario. El zurdo, desde arriba, baja un hachazo de Dios te guarde, el otro, en la embestida, se hace a un costado y saca un puntazo que lo corta en un hombro. Así están las cosas. Cebado por la sangre, el corpachón arremete con una estocada certera, pero el tuerto, desde afuera, le para el tajo con la mella del lomo, y desde adentro, como un toro, lo topa con toda su fuerza. El tuerto se regodea en la espera, no es de hombres aprovecharse de un hombre caído. El corpachón se levanta y putea a su propia madre.

El miserable del Gringo iba hasta el matadero a pedir las sobras para los perros y le hacía sopa de huesos a la pobre alemanita. Con mucha grasa, para que le diera fuerzas y pariera un machito. Una preciosura era la chica. El hombre no sabe tratar a la mujer. Ninguno. No solamente los salvajes, también los pudientes y los

estudiados. También ellos maltrataban a las mujeres imponiéndoseles. Quería machitos para que trabajaran en el campo. Y ella estaba postrada en la cama, qué le iba a dar un hijo. La vieja Bartola tenía terror de que él se propasara, que no respetara la enfermedad y que la obligara a tener sexo. Por eso iban tan seguido, hasta la muerte de ella.

Las dos mujeres, atentas al destino de la pelea, sienten un tirón en sus polleras. El chiquilín en las sombras les señala la parte de atrás del rancho. La vieja Bartola, presurosa y práctica como es, agarra de la mano a Aidé y sigue al chiquilín atrás del rancho, donde está uno de los caballos atado a un palenque, masticando las cadenas. Sin dudarle, Aidé lo monta y desde arriba ayuda a la vieja a subirse. El chiquilín se adelanta para abrirles la tranquera; Aidé taconeá y salen al galope.

El cielo brilla en contraste con la oscuridad que se cierne sobre la pampa. La vieja se abraza con toda su fuerza a su hija que cabalga a ciegas por el camino que las llevó hasta el rancho. El rumor del peligro todavía reverbera a sus espaldas. La vieja ruega a la virgen por la suerte del chiquilín que mostrando más hombría que cualquiera de los tres hombres se portó como un héroe. Cuando el corpachón se entere de la huida de las mujeres y saque cuentas le caerá al chiquilín con todo su odio.

Gringo miserable, sucio y siempre con la misma ropa, esa camisa gris, el pantalón de trabajo y los zapatos marrones. Solo quería que ella le diera machitos

para trabajar en el campo. Machitos. Pero no tuvo ni una cosa ni la otra. Ni siquiera una mujer con la que apagar esa sed lujuriosa que tienen todos los hombres de mal tomar. A sopa de hueso la tenía a la pobre. Mientras él se chupaba la plata de la venta de animales en vino. Volvía golpeado, en cuatro patas. Era penden-ciero pero no le daba el cuero. Lo molían a palos todas noches. El vino lo anestesiaba. Uno de los hermanos de la vieja Bartola le había contado. Cuando el Gringo compró a la alemanita, Bartola y Aidé la empezaron a visitar una vez por mes. Cuando el Gringo se iba para la ciudad, la vieja Bartola le retorció el pescuezo a una gallina y la hervía en una olla. Había que ver la voracidad de esa muchacha. Resignada y muerta de hambre aguantaba como una mula la vida a la que la sometía el Gringo. Y un día, la vieja Bartola la vio escupir sangre. La vio un médico y le dijo que no había mucho para hacer. Unas compresas de ruda y menta, buena alimentación, mucha agua. La piel que tenía esa chica; y los ojos de un cielo furioso. Margaritas a los chanchos. El Gringo no se merecía una mujer así. Era una injusticia. Ella tenía la belleza de una reina, y sin embargo, tuvo una vida de perro.

A medida que cabalgan van viendo a lo lejos el resplandor de las fogatas de San Juan. La vieja Bartola se duerme de a tramos y se despierta sobresaltada porque escucha el golpeteo de los vasos de los caballos que las persiguen. Pero Aidé la tranquiliza cada vez. Los hombres todavía estarán peleando, o alguno de los dos es

posible que a esa altura esté muerto. Ojalá sea el corpachón. La vieja la reprende, no se le desea la muerte a nadie, pero Aidé le dice que algunos hombres merecen la muerte porque son la maldad personificada. La vieja le da la razón con su silencio.

Ellas saben bien tejer y destejer la madeja. Conocen a la perfección el envés de cada historia. Saben apretar el cogote de una gallina y retorcerlo. Son ladinas, saben callar. Porque lo no dicho es inaccesible, no se puede usurpar. Deshilachan la trama y la reescriben al bies. Tienen la destreza necesaria que les asegura el éxito. Todo se sabe, a la larga o a la corta.

Hicieron bastante las dos. La enfermedad se la consumió en pocas semanas. Cada vez que iban era peor. Las últimas veces, Aidé casi no pudo entrar. Llegaban y aireaban todo. El Gringo la tenía encerrada, ahogada en sus propios vahos. Quemaban ruda en el braceró, le frotaban unguento en el pecho, la aseaban y le cambiaban la ropa. Cuando ellas llegaban el Gringo desaparecía hasta la noche, que volvía borracho. Ellas dormían en el galpón de las herramientas. Las primeras veces se armaron un camastro para poder quedarse dos o tres días. Y como el Gringo ya no usaba las herramientas, siempre que volvían lo encontraban tal como lo habían dejado. Aprovechando que el Gringo no estaba, robaban unos huevos del gallinero y se los daban a comer crudos, agujereando la cáscara con un clavo, para poder chupar. Mandaban a algún muchachito de las quintas vecinas a que fuera hasta el hipódromo a ver si se había

carneado un caballo para hacer mortadela, y que pidiera las sobras. Siempre algún corte le llevaban. Corazón, las tripas, un pedazo de garrón, los huevos.

En todas las quintas hay todavía restos humeantes de las fogatas. Sin que las mujeres lo advirtieran se formó tormenta y el cielo está encapotado. Arrancan los truenos y el resplandor eléctrico de los refucilos. Comienza a caer la bendición del agua sobre los campos. Se meten por un camino y bordean el arroyo. La luz del día empieza a ganar la disputa contra la oscuridad. La vieja siente el sosiego de estar a salvo.

El Gringo quería machitos. Le decía eso a la vieja cuando la veía llegar. Quiero que la Gretel me dé machitos para trabacare en el campo. Lo contó ella misma. Nunca le habló al Gringo de Dios, ni del perdón de los pecados. No era estúpida. Sabía que hay hombres que no se enderezan. Aidé absorbía como una esponja. Era el reemplazo para cuando a la vieja Bartola se le pasara la hora. Le gustaba hablar, decir en voz alta lo que estaba haciendo, instruir a quien quisiera ser instruido. Pero no le gustaba gastar pólvora en chimangos.

El camino se vuelve barroso por el aguacero. De vez en cuando se cruzan a algún perro cimarrón revolviendo basura, a algún paisano de pie. Las chacras están dormidas, envueltas en la bruma de la lluvia. Capaz el Gringo las reciba con un mate cocido. Pero no se le puede pedir aceite a las piedras, lo más probable es que esté echado en el camastro, vestido, durmiendo la mamúa. El camino se abre y sale el sendero de la quinta

del Gringo. Ese camino que hicieron tantas veces para atender a la alemanita, alimentarla, ordenar y airear la casa, alimentar a los animales muertos de hambre. Les espera una larga jornada de trabajo duro, pero antes tendrán que reponerse de la mala noche y del viaje cansador.

Él insistía con que la Gretel le tenía que dar machitos. Una tarde la vieja le dijo al Gringo que fuera guardando unos pesos para el entierro. Él no iba a pagar ningún camposanto, la iba a enterrar en la quinta, abajo del nogal. La vieja le dijo que de ninguna manera iba a permitir que esa chica no tuviera un entierro cristiano. Y así fue. La vieja misma procuró que en las chacras le dieran madera y le encargó a unos mocositos de la zona hacer el cajón. La adornaron hermosa, las trenzas con flores y todo y un vestido celeste. La llevaron a la capilla ardiente y se ofició el responso. El Gringo lloraba a moco tendido. A pesar de su tosquedad, le dolía la pérdida.

Llegan. La vieja desmonta y abre la tranquera. Aidé entra al tranco y acaricia al matungo que se portó de maravillas. La vieja aplaude y llama al Gringo. Ni un perro sale a recibirlas. Los yuyos invadieron todo el terreno y sobresalen de entre las baldosas de la galería. Están todas las celosías y las puertas abiertas. La vieja recorre la casa, que es un desastre, todo tirado, y un olor a podrido que no se aguanta. Sale para afuera. Seguro que el Gringo entonces estará por el pueblo, tirado en algún lado, borracho y herido por alguna pelea. Mira

alrededor, y se acuerda de la alemanita, tan linda ella, tan joven y con una vida tan de porquería. No es justo. A veces Dios no es justo. La ve venir a Aidé con la cara desfigurada, se apoya contra un árbol y vomita. Qué le pasa, le pregunta, pero sabe que debe tener el estómago revuelto por la mala noche y por las sacudidas del viaje. Pero no. En su cara hay otra cosa. Le vuelve a preguntar, pero Aidé no puede parar de vomitar. Señala con el brazo en dirección al chiquero. La vieja se acerca con el corazón en la boca, porque la experiencia le dice que va a ver algo que no le va a gustar. Ahí están los chanchos. El olor nauseabundo a osamenta le da arcadas. Se tapa la boca y la nariz y mira. Hay menos chanchos que la última vez. De entre el barro asoman huesos y cueros de chanco. Se comieron entre sí. Ya está por dar la vuelta para alejarse de ese olor y ve algo distinto, desde un rincón asoman unos huesos largos, de cristiano, y los zapatos marrones, la camisa gris y el pantalón de trabajo del Gringo.

¿Qué es lo que las mueve? Por qué esa necesidad de contar lo que vieron, algunas incluso lo que les contaron. Son reproductoras. Transmiten el mensaje como si fuera una posta. Son trabajadoras. Absorben para después largar. Tal vez solo quieran compartir una vivencia que a veces las involucra, y a veces no. Es lógico, para que la historia se sepa hay que contarla, muchas veces, durante años. Y también es posible que simplemente la cuenten para grabarla, porque no quieren olvidársela. Siempre hay daños colaterales. Necesitan cazar interlocutores.

Podrían juntarse entre ellas, y cerrar el círculo. Pero justamente es eso lo que no quieren. Necesitan orejas nuevas, inocentes, ingenuas, distintos tipos de escucha, para diseminar el relato por todos lados. Porque saben perfectamente que no hay vida sin relato.

LA ISLA

Gabriela Cabezón Cámara

(Delta Tigre)

Casi nada, apenas una masa opaca, irradiada de luz lívida, y los ruidos que le daban la poca forma: el grave del agua pegándole a las estacadas y apretando el aire contra los postes de los muelles, el rítmico de los golpes de unos remos en el río, el agudo de los chillidos de las aves y los ladridos próximos y remotos de todos los perros de la isla y de las otras islas más o menos cercanas. Eso es lo que percibía por el vidrio de la ventana del baño, y al lado su cara, un poco difusa también. Ya había tomado el café, una de las contadas cosas a las que no había logrado renunciar todavía, y también el tiempo de estar sentado, flotando en la masa de luz opaca y ruido que se hacía más transparente —y le daba nitidez a las hojas de los sauces que destellan cuando el viento les pone su dorso de cara al sol, a los ojos de los animales, a las agujas entre verde umbrío y marrón madera oscura de los pinos, a los celestes y lilas de las hortensias, al movimiento elastizado de los juncos, al

marrón claro ametrallado de sol del lomo del río—. Antes de que llegara ese momento ya se había dado la primera de sus varias afeitadas diarias, una rutina desde que había llegado a la isla convencido de que ahí no lo iba a buscar nadie. Había dejado de intentar conectarse, aceptado la derrota, recordado que soldado que huye sirve para otra batalla, abandonado la lucha, pensaba las mañanas oscuras, cuando la niebla tardaba demasiado en disiparse, si es que se disipaba. La mayor parte de las veces no le importaba el matiz, ni siquiera lo pensaba o se decía que era una reacción casi animal: esperar en estado de latencia a que pasara el invierno. Se levantaba, calentaba el café, desarmaba, aceitaba, volvía a armar y probaba el mecanismo de su revólver 38, se acariciaba la barba incipiente pero ya perceptible al tacto, se recordaba con esa misma arma en la mano, barbudo, caliente a la hora de tirar y se dejaba estar, respirando, tranquilo nomás, hasta que afuera clareaba con ganas y entonces se levantaba por segunda vez, agarraba el tacho con agua caliente, la crema, la brocha, la gillette y empezaba el día. Se afeitaba despacio, con esmero, evitando cualquier brusquedad: no quería lastimarse. Cuando terminaba, se pasaba una crema para pieles sensibles por la ex barba. Después acercaba el ojo derecho al espejo y procedía al examen de sus cejas. Las mantenía perfectas, como dos semicírculos finísimos enmarcándole los ojos que, recién lo había notado cuando fue un recién llegado en la isla, tenían unas pestañas largas, curvadas, «envidiables», le decían sus nuevos compañeros, aunque a ellos seguramente los haría mucho más felices ser llama-

dos compañeras: el comandante que lo hiciera reclutaría cientos de guerreras en una sola noche si se dedicara a gritarlo por ahí. Y soldadas valiosas serían. A él mismo lo sorprendió el arrojo de muchas, capaces de romper una botella e iniciar una batalla cruenta cuando la causa las motivaba lo suficiente. Sin ir más lejos, el carnaval pasado, el primero para él como isleño, cuando un prefecto golpeó a una de las chicas: se le echaron encima, al milico y a los otros cinco que lo acompañaban, y los dejaron en el suelo. Huyeron nadando antes de que llegaran los refuerzos, que encontraron apenas algunas lentejuelas en el lomo del río, y un par de tacos y una peluca roja en el barro cuando llegaron.

Con una dirección adecuada, esas pasiones, él podría ser su comandante, su mentor, el creador del primer ejército de locas foquistas del mundo; «La Degenerala» o algo así la bautizarían sus subordinadas y se imaginaba el resto de los chistes que harían las mariconas. Una debilidad que podía ser una fortaleza: inocular de placer al enemigo, hacerles conocer la mordida del culo de la loca, el filo lingüístico de una boca llena de leche. Suspiró, se obligó a detener su ensoñación. Temió estar perdiendo la distancia necesaria. Se obligó a pensar en las tetas de Susy, tan solares, tan suaves y rosadas, se agarró la pija y empezó a masturbarse obligándose a pensar en esas tetas, en otras, en la humedad viscosa y abrasadora de la concha de Susy, en entrarle piensa y siente, casi, la punta caliente de una verga en su propio culo y se le ensucian las manos y la tapa de la mesa.

Después, cada día, le tocaba la gimnasia: ciento veinte lagartijas, cien flexiones, cien abdominales de cada clase, treinta minutos de extensores para el brazo derecho y otros treinta para el izquierdo. Entonces se bañaba con el agua del tanque de lluvia que se había hecho hacía dos meses, harto de embarrarse en el arroyo. Y se peinaba largamente, hasta desenredarse el último pelo de su cabellera cada vez más pesada, brillante, negra. La secaba apenas y agarraba los ruleros, los clips y el pañuelo; le gustaba usarlo lacio al pelo y además el procedimiento le recordaba los amaneceres con la compañera Susy. No sabía si estaba viva, no sabía si la habrían tirado drogada al río desde uno de los aviones de la Armada, como a tantos, al mismo río que traía y llevaba el agua que rodeaba esa isla suya que le había salvado la vida. De algún modo, creía que recordándola así, feliz, haciendo cosas tan banales como peinarse, y que si repetía las ínfimas ceremonias cotidianas, ella volvería y volvería a ser su mujer aunque él tuviera que explicarle lo inexplicable a las locas, que pese a ser una de ellas quería tener una mujer. Por qué no, se dio coraje, sería cuestión de militarles la libertad de los cuerpos, la más primaria, la que se goza de todos los placeres. Él no compartía esa visión de mundo, le parecía decadente, creía que no se podía construir nada desde la baba elemental del sexo amorfo, que de ese yacer entregados al placer como una masa de larvas purulentas no se podía hacer el futuro, solamente presente se podía construir en una orgía, y que no habría mundo nuevo

sin machos hechos y derechos y que ser macho es tenerla bien dura pero también y sobre todo es tenerlo bien cerrado al orto, pero no era eso lo importante y además, quién sabe. Quién sabe si la Conducción no se había equivocado justo en eso, en lo puro macho. No sabía. Y en la isla nadie le había preguntado nada y nadie le exigía nada. Las vecinas lo tomaban por una romántica con el corazón roto, le decían que ya se le iba a pasar, cuando estaban muy borrachas y no se sumaba al baile le gritaban vení, viudita, vení que hoy bailamos todas. Iban a terminar entendiendo. Estaba militándolas desde hacía meses en el trabajo común; todos los días se reunían por lo menos una hora para preparar sus vestidos de carnaval. Como bordaba hablaba, lentejuela por lentejuela, primero las plateadas para trazar el contorno de la tipografía, una cursiva de flower power, hollywoodense y combativa a la vez, enseguida una franja fucsia de mayor grosor, la de casi todo el cuerpo de la letra y un violeta oscuro para cada uno de los agujeros de cada uno de los caracteres. Con esa misma atención y parsimonia les hablaba los días buenos, cuando se convencía de que la lucha podía pasar por ahí, por la isla, por esas locas que lo habían salvado sin saberlo del todo. O sabiéndolo, cómo estar seguro: de algunas cosas era mejor no hablar. Pero de otras sí y él hablaba, les hablaba a todas. No del socialismo todavía, apenas de la libertad, del derecho de ellas mismas a ser libres, a no ocultarse, a llevar sus nombres de guerra en la paz de la rutina diaria. Como

el de él mismo había sobrevivido, tenía una vida nueva: su antiguo teniente Roberto relucía casi listo ya, en una Roberta que reverberaba a cada movimiento, incluso los más mínimos.

EL HOTEL

Florencia Canale

(Mar del Sud)

Ester descendió con cuidado. La rampa que unía el barco con aquella ciudad desconocida se había humedecido por el agua de río y el sinfín de inmigrantes que la habían transitado. Como si eso no bastara, la suela de sus zapatos era una lámina casi inexistente. Las caminatas interminables sobre el barro y la nieve de su tierra habían hecho mella en el único par que tenía.

Detrás de ella, como una sombra, iba Mauricio. Sus padres le habían encomendado a su hija de catorce años. Debía cuidarla como si fuera sangre de su sangre. No les había quedado otra opción que subirla al barco. La vida de todos había corrido peligro; ya viajarían ellos luego.

—No te alejes de mí, Ester. Te lo ruego, no quiero romper la palabra que le di a tu padre. Sabemos muy bien lo que sucede en Buenos Aires. —Mauricio se quitó el sombrero y se secó el sudor de la cara. No estaba acostumbrado al calor de diciembre del hemisferio sur.

La jovencita giró la cabeza y asintió con desgano. Le tendió la mano y él se la tomó, así pisaron suelo porteño. Venían desde Tolochin, un pequeño pueblo de la Rusia Blanca, luego de meses de viaje, empujados por los *po-groms*. Ester y el tío Mauricio desembarcaron junto a 825 judíos más. Habían sufrido todo tipo de problemas durante la odisea pero ella sabía muy bien que el peligro mayor estaba en el puerto de Buenos Aires. Debía cuidarse, sobre todo, de los tratantes de blancas. Sus padres la habían aleccionado bien acerca del grupo de rufianes que aguardaban, agazapados en la entrada de aquella ciudad recóndita. Esperaban el arribo de las jóvenes europeas para reclutarlas para ejercer la prostitución.

Las decenas de familias ocuparon gran parte de la dársena. Todos en orden, nadie daba la nota, parecía una marea humana de vaivén suave. Los más pequeños miraban a su alrededor con asombro; los mayores oscilaban entre el susto ante lo desconocido y el desasosiego del sino que los hundía. Las piernas les pesaban más de lo habitual. Eran una pintura desvaída en gris y azul.

Dos hombres bien vestidos, a diferencia de los recién llegados, les dieron la bienvenida con una sonrisa franca. Eran los delegados del barón Hirsch. Ester y Mauricio se acercaron y siguieron a la comitiva. Detrás de una mesa que solo tenía unos pocos papeles, los esperaba un funcionario.

—Qué lindo sol le regalamos hoy, ¿vivo? —saludó al capitán como hacía siempre que llegaba un barco.

Esas palabras o alguna otra, la bienvenida era la mis-

ma. Con ojos cansados reparó en la fila interminable de inmigrantes. El funcionario estiró la mano y recibió la lista que le extendió el capitán. Controló sin demasiado rigor que el número del enjambre humano fuera el mismo que figuraba en el papel. Se incorporó de la silla con desgano y se acercó al contingente. Tanteó alguna que otra maleta y preguntó qué traían. Los propietarios se miraron entre sí, no entendían una palabra. El delegado les ordenó en *ídish* que abrieran las valijas. En cuanto comenzaron a abrir los herrajes, el funcionario los detuvo y con la mano los alentó para que siguieran la marcha.

Varios tranvías a caballo esperaban cerca de ahí. Fueron subiendo despacio, cada familia cuidó que ningún integrante quedara rezagado; Mauricio se ocupó de que Ester apurara el paso y se sentaron uno frente al otro. Debían hacer el recorrido que los llevaría a destino, al Hotel de Inmigrantes. Se acomodó los pocos pelos que le quedaban y detuvo la mirada en la jovencita. Las últimas semanas no la había visto bien. Era evidente lo que le ocurría. La piel blanca de la cara de Ester contrastaba con la trenza renegrida y pegada a la nuca, pero bajo el sol de aquel 15 de diciembre de 1891 parecía transparente como el papel de seda.

Ester miró por la ventanilla sin ver. El traqueteo del tranvía colaboró para que se perdiera en sus pensamientos. Había querido disimular pero la angustia la embargaba. Estaba sola y en una tierra extraña. Echaba de menos a sus padres y a su hermana menor, que habían quedado en el pueblo. Su madre le había prometido que

ella sería la primera en escapar; luego seguiría Eva con algún pariente o amigo, y al final ellos dos. Recordó su casa, el olor de las cobijas, la comida de su madre. Y también la última persecución de los cosacos y la huida feroz a través de los puentes. Había logrado perderlos pero sus padres tomaron la decisión de que sería la última vez que soportaban la violencia de los soldados del zar. Los días que siguieron fueron de grandes deliberaciones pero en voz demasiado baja. Ester no entendía qué pasaba en su casa pero era notorio que sus padres iban y venían con urgencias declaradas.

Hasta que llegó el día en que le anunciaron que un hombre había creado una organización para salvar a los judíos perseguidos de Europa y Asia. El barón Hirsch, así decían sus padres, había abierto un comité en varias ciudades para registrar a las familias que querían huir de Rusia. Pero solo estaban permitidos los grupos familiares con hijos varones. No era el caso de los Ratzler. Hubo que mover cielo y tierra para que un amigo de la población accediera a acompañar a Ester. Después llegaría el turno de su hermana con otro acompañante, y al final sus padres.

Ester suspiró. Prestó atención al resto de los inmigrantes que ocupaban el tranvía. El silencio apabullaba. Nadie hablaba, todos clavaban la vista en la nada. El equipaje no iba con ellos, viajaba en los carros que circulaban a los costados. En la calle tampoco se escuchaban ruidos. El mediodía había pasado hacía unas horas y los habitantes de la ciudad se guarecían del sol y de la actividad. Dormían la siesta.

Pasados varios minutos, la comitiva arribó al hotel. Como autómatas hicieron el ingreso. Ester y Mauricio siguieron la fila que recorría pasillos, atravesaba salas repletas de inmigrantes de otros orígenes que habían llegado antes y ya ocupaban el sitio como si fuera propio. Las dos personas a cargo entraban y salían de las grandes habitaciones. No era fácil encontrar algún lugar para ubicar a tantas familias. Cuchicheaban entre ellas en tono impaciente. Al final les reclamaron colaboración y los instalaron en dos salones que ya estaban ocupados. Había que apretarse, no quedaba otra opción.

—¿Te pasa algo, Ester? No tenés buena cara —preguntó Mauricio, inquieto. No la veía bien.

Ella lo miró, hizo un esfuerzo por sonreír pero le salió mal. No era buena para las imposturas.

—Nada peor puede pasarnos. Ya todo sucedió en el viaje —respondió con la mirada perdida. Y recordó el abrazo apretado que le había dado su madre al despedirla, prometiéndole que toda la familia se reuniría tarde o temprano; el nudo en el pecho que no la dejaba respirar al subir al buque de carga llamado *Galatz*, que la trasladaría a ese otro continente que le despertaba todo tipo de fantasías, horrosas, de más está decir.

Había dicho poco durante el viaje; había optado entre la observación silenciosa a la infinidad de lituanos, polacos, ucranianos y unos cuántos países más, y la insistencia por recordar los rostros de la familia que dejaba atrás. No conocía a nadie en el barco. La única cara amiga era

la de Mauricio. Eso le daba aún más miedo. No entendía por qué solo la rodeaban desconocidos. Y de repente las mismas náuseas que había sentido el cuarto día de viaje regresaron como por arte de magia. Nada se movía en aquella gran sala, pero su cuerpo sintió el mismo espanto que había vivido en el Mediterráneo al iniciarse una tormenta con lluvia huracanada que había obligado al pasaje a descender a la bodega. Se tomó con fuerza del caño blanco de su cama, como si de ese modo fuera posible evitar el bamboleo que habían sufrido en la bodega. Todos habían rodado por el piso, mezclándose con las maletas y otros enseres. Un enredo de cuerpos desperdigados patinaba de un lado al otro. Afuera, el mar se había encabritado y las olas habían crecido hasta los ocho metros de alto. La cortina de agua salada había barrido la cubierta y se había colado a la bodega tapando a los adultos y a los niños que habían buscado guarecerse del peligro. Un griterío desde arriba había anunciado que los varones debían volver a cubierta. Lo único que podría salvarlos era rezar. Desde la bodega, Ester había parecido más pequeña que nunca, había sido un nudo de piernas y brazos y la cara empapada de agua salada de mar y lágrimas. Tres días habían debido pasar para que el sol volviera a brillar. El viaje había durado bastante más de lo calculado, hasta que al fin, a lo lejos, lograron ver la costa de Marsella. En el puerto habían aguardado emisarios del barón Hirsch con caras de buenos amigos. Sin embargo, la respuesta desde cubierta había sido otra: el pasaje estaba indignado. El

frío y la tempestad los había hundido en una angustia feroz. Las ganas se habían perdido en el fondo del mar. Los emisarios del barón tuvieron que improvisar para lograr que los jefes de familia volvieran a confiar.

—¡En tren! A la Argentina en tren —habían anunciado con una sonrisa endeble.

Algunos pocos sabían que la orden era un disparate, la mayoría aulló con entusiasmo. No perdieron más tiempo y los subieron a los vagones que los llevarían hasta Burdeos. Otra vez el corazón de Ester se encogió como un trapo viejo. Durante unos minutos se había ilusionado con el regreso a casa. La pesadilla continuó. Atravesaron Francia durante días. La algarabía inicial empezó a decaer, hasta que el tren se detuvo en las inmediaciones de la ciudad. Y de nuevo las promesas de que ya llegaría el paraíso tan soñado. Ya falta poco, repetían los emisarios. Mauricio miró a los alrededores. Del puerto, ni noticias. Solo una amplia playa desierta, con una embarcación fondeando en las aguas. Tomó de la mano a Ester y esperaron las órdenes. Tampoco fue fácil esa vez. Los hombres miraron con desconfianza el barco que aguardaba ser embarcado. No tenía chimenea, no llegaría a destino. Ese era el pensamiento que dominaba las cabezas de los padres de familia. Pero no hubo caso, desestimaron las quejas y los hombres de Hirsch fueron organizando las balsas para trasladar a los desterrados hacia el *Pampa*, el barco que los llevaría mar adentro.

La travesía se le hizo interminable a Ester. Había

creído que era fuerte pero el mareo constante la había malogrado por demás. Llegó con algunos kilos de menos a Buenos Aires y con la clara convicción de que el malestar no se le iría nunca más.

Ester abrió y acomodó por centésima vez la poca ropa que había traído desde su Tolochin natal. Cada tanto la olía, como si en ella recobrara retazos de la vida que había dejado atrás.

Habían pasado varios días, para Ester el tiempo se había detenido. Entre la inmensidad de inmigrantes que ya albergaba el hotel y los nuevos que habían llegado, las camas no daban abasto. Dormían hacinados, hasta una familia por catre. Y las diferencias entre las comunidades pronto salieron a la luz, transformando cualquier incidente en una diatriba trágica.

Era Janucá y alguno que otro había intentado encender las velas. Pero no contaban con el rechazo inmediato de los serenos que los instó a que las apagaran. Los jefes de familia dieron sus razones, sin embargo, no fueron escuchadas. La religión no era algo que ellos tomaran en consideración. Los varones volvieron a encender y de nuevo debieron apagar. Así varias veces hasta que aceptaron el reclamo.

Con la comida también hubo problemas. Rápidamente corrió la voz de que todo era kosher, el salvoconducto para que todos comieran tranquilos. Pero las mujeres, al día siguiente, lograron ir a la cocina. Querían

investigar al detalle qué era lo que ingerían sus familias. Dicho y hecho, sobre la gran mesada descansaban algunas cabezas de cerdo preparadas para ser cocidas. Salieron disparadas del recinto y relataron a los gritos lo que habían visto. Los lamentos y los rezos inundaron los salones. Quedarse entre esas paredes podía transformarse en una maldición. Una comitiva pidió hablar con algún responsable. Luego de algunas horas de deliberación se decidió que ese hotel no era para ellos.

—Vamos, Ester. Debemos prepararnos, partimos de nuevo. Parece que a un sitio más bonito, un lugar que será nuestro. Estaremos como en casa —prometió Mauricio con una sonrisa plena de bondad.

La joven intentó responder pero la mueca no llegó a acomodarse del todo. Mauricio entendió, no hizo reclamos. Sin más preguntas, siguió al resto, subieron al tranvía que los dejó en el ferrocarril que los llevaría hasta el pueblo de Miramar. Otra vez con la maleta de cuero marrón a cuestas, Ester descendió con cuidado. Había espiado por la ventanilla durante el viaje, ese paisaje le gustaba más que Buenos Aires.

—¡Apuren, muevan esos pies! —gritó una voz masculina, y los arrió como vacas.

Dos carretas inmensas aguardaban a los inocentes pasajeros, que subieron como pudieron. Ester y Mauricio se acomodaron en una de las puntas, contra la pared de madera desvencijada. El conductor azuzó a los caballos y el viaje se transformó en una peripecia. Atravesaron pantanos, médanos y demás caminos peligrosos,

con el sonido constante del viento que rugía desde el mar. A medida que se alejaban del punto de partida, todo se convertía en un páramo.

—No sé por qué, pero esto me recuerda a casa —le dijo Ester a Mauricio, en voz baja.

—¿Será por la inmensidad? ¿Por lo insondable? —respondió con la mirada perdida.

El camino, de a poco, dejó de quebrarse y la carreta abandonó el bamboleo. Eso no impidió que Ester abandonara el tirante de madera. Tenía los nudillos blancos por la fuerza que había hecho durante el viaje.

Al fin, al fondo, como una pintura borroneada, apareció la mole que los albergaría. El hotel Boulevard Atlántico mantenía la grandiosidad que había soñado su constructor a pesar de sufrir un abandono obligado. Diez años atrás, un grupo de emprendedores había soñado con convertir aquel paraje en el gran balneario argentino. Y qué mejor que construir un hotel que pudiera alojar a lo más sofisticado de la sociedad. Se había contratado a especialistas alemanes para que dieran con las mejores playas de la zona y así llegaron a aquel sitio, al norte del arroyo La Carolina, en tierras de la familia Otamendi. El director del Banco Constructor de la Plata, Carlos Schweitzer, se había entusiasmado y había invertido el dinero para la construcción de la edificación de estilo europeo.

En 1881 había dado comienzo al plan. Desde Mar del Plata se habían trasladado los materiales, que de por sí habían sido imponentes. La obra había tardado

dos años para luego ser inaugurado. El hotel había comenzado a funcionar tímidamente pero nadie había pensado en la debacle financiera que al poco tiempo derrumbaría al país. Eran los tiempos en los que gobernaba Miguel Juárez Celman. La gran crisis de fines de 1888 había obligado a que el banco responsable de la obra quebrara, llevando al ideólogo al suicidio. Varias instituciones financieras habían tenido que afrontar los pagos, llevando a la quiebra a varios bancos extranjeros, y la llegada de capitales había cesado por completo. En 1890 dio comienzo el estadio más crítico de la crisis financiera. Y el hotel, sin liderazgo, quedó en la deriva y el abandono.

Ester franqueó la inmensa puerta con cautela. Miró hacia arriba y bien lejos encontró el techo con una araña de incontables caires. Ahogó un suspiro. Jamás había visto nada semejante. Detrás de ella entró una tromba que repitió, sin cesar, gritos de asombro. Nadie podía creer la enormidad de la edificación. Parecía un hotel fantasma. Las grandes salas estaban completamente vacías, el mobiliario había sido rematado para cumplir con la lista de deudas. Sin embargo, no había razones para que Ester se decepcionara. El Boulevard Atlántico —así rezaba en su fachada— le daba una amigable bienvenida.

—Qué bonito, Mauricio. Gracias por traerme a este lugar —dijo, con la primera sonrisa que iluminó su cara desde la llegada.

—Pero yo no tuve nada que ver, Ester. Parece que fue

el destino. Tengo la sensación de que todo irá mejor, ya verás. —Miró alrededor y notó que no había camas en las habitaciones, solo colchones sobre el piso.

Las familias constituidas se instalaron juntas, las mujeres que habían viajado con acompañantes fueron acomodadas en las habitaciones que hicieron falta y los varones, siguiendo las costumbres y la moral, se dirigieron a un obrador que había sido construido al costado del hotel, en los jardines. A nadie se le ocurrió ni la más mínima objeción. Así estaba bien para todos.

Las matronas rápidamente tomaron posición en la cocina y desplegaron sus enseres. Los patriarcas, en cambio, se calzaron el sombrero y salieron a recorrer el lugar. A unos minutos de allí, encontraron una orilla de arena y piedras, y un mar hambriento. Alguno que otro se quitó los zapatos y las medias, arremangó sus pantalones y probó las aguas heladas. El calor de enero incendiaba a cualquiera.

Y cayó la tarde con su luz crepuscular y las chicharras de los grillos. En uno de los tres patios internos armaron dos grandes mesas donde se sirvió la comida. Las voces sonaban más alegres que nunca. Parecía que habían encontrado su lugar en el mundo. Podían hacer y deshacer a su antojo, nadie les objetaba nada.

De repente, Ester percibió una mirada que insistía sobre ella. Al costado, a varios lugares de donde ella estaba sentada, los ojos claros de un joven la miraban sin disimulo. Ester miró hacia abajo, ruborizada. No sabía por qué, pero sintió un pudor inusitado. Siguió

con la comida como si el arrebato masculino no hubiera existido. Rogaba que Mauricio no hubiera reparado en aquello.

Con el sol asomando en el horizonte, Ester salió del hotel y caminó hasta la playa. Le gustaba aquella hora del día, cuando aún corría una brisa suave y se atrevía a recorrer la orilla con el agua empapando sus pies. Más que eso no se animaba. Algunas de las demás muchachas se metían al mar casi sin ropa pero ella prefería cubrirse. Ella las esperaba sentada sobre la arena y las miraba jugar entre las olas. Aquellas aguas majestuosas le daban un poco de miedo; no sabía nadar y la rompiente era traicionera. Una tarde, una de las chicas pisó en falso y perdió el pie. Los aullidos del resto advirtieron a algunos de los muchachos que andaban cerca y pudieron rescatarla. De cualquier modo, eso no las había escarmentado. Los baños de mar eran una costumbre y aunque dieran como excusa lo bien que les hacía el agua con sal, la tentación de que alguno de los jóvenes anduviera por las cercanías era una verdad a gritos.

Algunas gaviotas revolotearon y el sol ya se había convertido en una pelota dorada. Ester dejó sus zapatos sobre la arena caliente y enfiló hacia el agua. Un escalofrío la invadió cuando el mar helado acarició sus pies, pero rápidamente se acostumbró y se dejó mojar al ritmo cansino de las olas. Perdió la mirada en el horizonte. La nostalgia le nubló los sentidos y buscó

con desesperación las líneas de algún barco lejano. Pero nada. No había tenido noticias de Tolochin, tal vez era demasiado pronto.

Y sintió una presencia detrás suyo. Sin ruidos evidentes ni respiraciones cercanas, Ester tuvo la sensación de que alguien la miraba. Giró la cabeza con lentitud y allí, a pocos pasos, estaba David, el joven que la había escrutado durante la comida.

—No te asustes, no voy a hacerte nada, Ester —intentó tranquilizarla.

—¿Cómo sabés mi nombre?

—Porque lo pregunté, y el mío es David. Es un poco temprano para bajar a la playa.

—A mí me gusta a esta hora, cuando todos duermen, cuando puedo escuchar el silencio. —Y se acomodó la melena revuelta por el viento.

—No quiero molestarte.

—No lo haces, no te preocupes. Busco la soledad pero la compañía, de vez en cuando, no hace mal. —Y sonrió por primera vez.

—Yo te estuve observando en el barco. Siempre callada, con tu tío al lado en todo momento —dijo mirándola a los ojos.

—No es mi tío pero es como si lo fuera. Me acompañó porque no podía viajar sola. Mis padres y mi hermana vendrán en cuanto puedan. —La tristeza nubló su cara.

—Vamos a buscar caracoles. —La tomó de la mano de inmediato, quería cambiarle el ánimo.

Y de repente se transformaron en dos chicos. Se olvidaron por qué estaban en ese paraje, la desgracia de las familias desmembradas y un futuro incierto, y corrieron por la orilla, salpicándose agua de mar.

El tiempo transcurrió casi sin darse cuenta y ya cerca del mediodía regresaron al hotel. Antes de entrar, sintieron el olor a comida que anunciaba el almuerzo. Ester cruzó el patio y caminó con paso firme —como hacía mucho que no hacía— hacia la habitación; David, en cambio, se dirigió al obrador. Cada uno con un brillo nuevo en la mirada.

Habían pasado varias semanas pero las noticias escaseaban. Llegaba poco y nada desde Buenos Aires, y mucho menos desde los pueblos de cada uno. Esther había escrito una infinidad de cartas que Mauricio se había encargado de enviar, pero las respuestas no llegaban. Trataba de guardar la calma y confiar en la promesa que le había hecho su madre, pero no era fácil. Sin embargo, la aparición de David había calmado algunas ansiedades. Sabía que al alba y con la luz azul del atardecer lo encontraría en la orilla. Jamás lo habían pactado pero sucedió. Quisieron creer que era puro azar y se permitieron la compañía mutua sin exigencias.

El resto de los alojados en el hotel no repararon en aquella nueva amistad. El único que había percibido que algo sucedía entre ellos era Mauricio. Y había preferido no hacerle reclamos al respecto. La veía tanto mejor,

lejos de ella había quedado aquel gesto adusto que le congelaba la cara. Las mejillas habían recobrado el color que tenían en Ucrania. Y como sabía que la falta de información la entristecía al instante, prefería hacerse el distraído. No creía que aquel muchacho judío fuera una mala elección, pero había salido del pueblo con la orden de cuidar a Ester como si fuera oro en polvo.

Cada tanto, cuando los pequeños del contingente insistían en hacer expediciones por las habitaciones más recónditas del hotel Ester y David se ofrecían como guías. Los adultos entregaban a sus proles sin cuidado, y con cautela, la pareja comandaba el grupo infantil. Había sectores que habían quedado bastante deteriorados y era allí, precisamente, donde los niños elegían ir. Y hacia ahí se dirigían. De la mano y en fila india subían los últimos escalones que los llevaba a una galería que en algunos tramos había perdido las barandas que servían de soporte para no caer al vacío. Ester no necesitaba poner orden, todos ahogaban un grito de placer miedoso y pegaban sus espalditas contra la pared. Cuanto más peligro acechara, más gustaban de volver. Después de las recorridas, los flamantes amigos encontraban cualquier excusa para salir del hotel y hacer una caminata en soledad. Él le contaba que no había dejado nada detrás, que había quedado huérfano hacía años, que lo habían criado unas tías y que cuando había visto la oportunidad de viajar, la había tomado; que tenía diecisiete años y que era una buena edad para comenzar una nueva vida. Ester, en cambio, le confiaba que todos

los días aguardaba la llegada de su familia, que extrañaba su cama, los olores de la comida, el ritual de sus padres de comer del mismo plato como una muestra del amor que se profesaban, y que soñaba con copiarlo, algún día, junto a su propio marido. Cada tanto se ruborizaba, pero fue perdiendo el tinte.

Y llegó aquella noche, igual a tantas otras noches, que se hizo tarde y cada cual se dirigió a sus aposentos. Las familias en dulce montón, aquellas que parecían serlo pero no tanto, también, y los muchachos que habían viajado solos, al obrador. No eran más que cuatro o cinco, entre los que se encontraba David.

Ester y Mauricio, junto a algunos más, ocuparon su habitación. Se recostaron cada uno en su cama pero, a pesar del cansancio, no pudieron dormir. Hacía días que el calor se había tornado insoportable pero esa noche había llegado a un límite insuperable. Les faltaba el aire, casi no podían respirar, como si un peso pesado los aplastara. Y de repente, irrumpió lo que todos esperaban: un trueno, que más que trueno pareció una bala de cañón en el medio del patio, asustó al silencio de la noche. Y llegó la lluvia, el agua que aliviaría la canícula. No habían conocido calor semejante, así que la tormenta era bien recibida. Sin embargo, nunca imaginaron que los gotones se transformarían en tempestad.

La lluvia no llegó sola, la acompañó un vendaval desconocido para la zona. Soplaba un viento que asustaba hasta al más mentado. Ester se incorporó. Los ojos redondos de intranquilidad se percibían en la oscuridad

del cuarto. Detrás de ella, el resto hizo lo mismo. Algo en el aire les anunciaba el tremendismo de lo inesperado. De la nada, un estruendo retumbó entre la lluvia. Las mujeres y los niños, envueltos por un llanto de pavor, corrieron en busca de protección. Los hombres llegaron al patio y el follaje de las palmeras iba y venía en una danza macabra. Una de las ramas se quebró y cayó rotunda desde metros de altura. Los gritos de unos y otros daban órdenes y contraórdenes, mientras el agua se colaba por cualquier recoveco. Ester pensó inmediatamente en David, casi a la intemperie. Corrió por los pasillos en busca de Mauricio, para pedirle ayuda. Alguien debía ir a ver cómo estaban los muchachos del obrador. Y un ruido descomunal interrumpió sus ansias. Otra vez, como si un rayo atravesara un barco de punta a punta, algo tronó afuera. Corrieron hacia afuera y el caos de maderas destrozadas anunció una catástrofe. El tornado había volado el obrador con los cinco jóvenes adentro. Ester intentó llegar a los escombros pero Mauricio la tomó del brazo con una fuerza inusitada. Solo así pudo detenerla.

Los hombres se encargaron de todo, mientras las mujeres aguardaron adentro, sumidas en el desconsuelo. Ester se había petrificado. Como si el cuerpo se hubiera convertido en roca. Impenetrable y muy lejos de allí.

Afuera seguía diluviando y lo que había quedado del obrador se había transformado en un barrial. Mauricio y varios más arrastraron a los cuerpos lastimados y sin

vida como pudieron, y los colocaron debajo de una de las galerías. Las madres corrieron tras sus niños para que no vieran aquel espectáculo siniestro. Algo alejada, Ester se había apoyado contra una pared y controlaba todo lo que sucedía desde un silencio sepulcral. De repente, de la nada, tuvo una rara sensación en el cuerpo. Sintió una presencia pegada a su lado. Pero no había nadie.

En voz baja, los hombres discutieron acerca del derrotero de los cadáveres. Era noche cerrada, no se veía un alma, unas pocas velas iluminaban algunas habitaciones. Mauricio tomó la delantera y decidió que los cuerpos debían descansar fuera de la vista de los pequeños. Luego les darían una sepultura digna. Con cuidado, como si la vida no se les hubiera arrancado de cuajo, los trasladaron al sótano del hotel, situado debajo del comedor. Uno al lado del otro, fueron acomodados los cuerpos de David y el resto.

Nadie volvió a pegar un ojo. La tormenta seguía aullando pero no era ese el motivo de la ansiedad. La catástrofe que habían vivido les inyectó un desasosiego imposible de soslayar. Con las horas llegó el alba y el hotel parecía lleno de almas en pena. Todos empezaron a activarse pero bajo un halo de angustia. La sensación de muerte los había perforado para siempre.

Pasaron varios días hasta que pudieron darles sepultura. Los cuerpos habían flotado sobre el agua que había llegado al sótano. Aquellas carnes descompuestas por el encierro y la inundación necesitaban otro final, y luego

de mucho buscar, encontraron el sitio donde enterrarlos: en la barranca del arroyo La Tigra, a unos doscientos metros del hotel. Ester prefirió no asistir, sentía un dolor que iba más allá de lo físico. No la dejaba respirar. Después del rito, Mauricio se acercó a hablarle.

—No te sientas mal, Estercita. Ya sé que es ingrato de mi parte hacerte semejante reclamo, pero tengo miedo. No te va a hacer bien, te puede dañar la salud. —Solo la miró y ella mantuvo la cabeza gacha.

Mauricio esperó. Sabía que no debía apurarla, no era bueno insistirle, la jovencita tenía sus tiempos y no era de retobada. Ni mucho menos.

—Y yo que creí que la amistad era para siempre —susurró y despacio levantó la mirada.

—¿Quién te dijo que no lo era? Sé que no es momento para decirte esto, que la herida sangra todavía, pero el amor es tuyo, Ester, no se lo llevó David. Y esa amistad que crearon podrá recrearse en otro.

Con los ojos llenos de lágrimas, lo miró furtivamente para luego esconder —como pudo, mal— su tristeza.

—Y te traigo una buena noticia, querida. Parece mentira, pero no hay mal que por bien no venga. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una carta bien doblada—. Es de Tolochin, tu padre. Me dice que Eva sale la semana que viene con el hermano de un vecino, y que ellos dos en cuanto consigan dos plazas más.

Ester se secó las lágrimas y los ojos le brillaron de alegría. De un salto abrazó a Mauricio y no pudo aguantar el sollozo. Sentía lástima por olvidar tan rápido el

dolor por la muerte de David, pero al mismo tiempo una felicidad inmensa por el reencuentro con su familia querida.

—Hay más, Ester. Cuando la lluvia amaine por completo y los caminos se restablezcan, salimos de nuevo. Parece que nos mudan a una colonia al norte, en una provincia cercana. Eso me dijeron y se los veía ansiosos. Vamos a un lugar mejor.

Mauricio la tomó de ambas manos y probó con una sonrisa incipiente. Ester se la devolvió con sinceridad. No quería cargarlo con su desasosiego. Ese lugar, de ser casi un cuento de hadas, se había transformado en una catacumba siniestra. Cualquier rincón solitario le producía escalofríos. Saber que de un momento a otro volverían a los caminos era una gran noticia, casi semejante al pronto encuentro con sus padres y su hermana.

A los días, el contingente subió sus pocas cosas a la carreta y emprendieron la retirada otra vez. Ester dejó que el viento le pegara de lleno en la cara. Tal vez de ese modo lograría borrar de sus ojos el gesto sin vida de David.

SIN SABER SIQUIERA SU NOMBRE

Patricio Eleisegui
(Sierra de la Ventana)

Lo trajeron a la rastra.

Todo lastimado por el puma, que según dijeron le había pegado un par de manotazos a la altura de las costillas. Pero cuando lo revisé despacio le encontré dos o tres dentelladas. Como si lo hubiese querido abrazar y el animal, de depredador lógico, de gato áspero nomás, terminó por marcarlo todo con tal de sacárselo de encima. Capaz que lo pensó como una mascota. Quizás allá era lo normal.

De entrada pensé en dejarlo desangrar.

Todavía me acuerdo de sus primeras noches gimiendo eso que, después deduje, era la marcha que le habían hecho escuchar todo el día desde que estaba en la panza de su madre. *Und der Teufel, der lacht nur dazu ha, ha, ha, ha, ha, ha!* Pero la risa no era una risa: sonaba como el graznido de un ganso atorado. Susurraba mientras se revolvió entre los trapos que le puse en la cama que me pidieron que le arme. Los mismos

trapos sobre los que hice parir a mis perras. Todavía lo veo en esos primeros días, cubierto con los cachos de tela negros de tanta tripa, de tanta placenta reventada.

No se merecía ni esa clemencia.

Ni el vaso de agua.

Ni los ungüentos.

Mi gran condena pasaba por ser el único que tenía alguna que otra idea de enfermería en el pueblo. Hacía rato que venían de Saldungaray, hasta de Coronel Pringles, a que les acomode algún hueso o les suture con tanta los tajos que los gauchos se tatuaban a pura daga cada vez que la ginebra de madrugada los ponía belicosos. Andá que te arregle el brujo, decían las viejas de por acá. Sin importarles mi edad de pibe y que lo único que quería era hacerme carpintero.

Para mí el horizonte, si es que tenía uno, pasaba por la madera tallada, de olor rancio a aserrín arrancado a serrucho. No había más que árboles a los que darle una forma, una función. La leña, nuestra fuente para hacer los alimentos. El calor para sobrevivir al invierno.

Los troncos dejaron de ser mi único paisaje en cuanto lo entraron a mi casa. En realidad, al galpón del fondo, que es donde dijeron que había que mantenerlo hasta tanto se le borrarán los rayones que le había dedicado el puma. Hubo otras marcas después. Las que le fui agregando en sus madrugadas de delirio por la fiebre de la infección. Decían que lo más probable era que no se salvara, por lo que ahí encontré mi razón para mostrarle todo el desprecio que tenía adentro. Un corte por

polaco muerto, pensé. Y un corte por polaco es lo que le fui ensayando a la luz de una vela, cuando la sola idea de saber que estaba a metros de mi casa me despertaba a las cuatro de la mañana.

Polacos muertos había por miles.

Claro que él debía saberlo. Tanto como el resto de sus trescientos cincuenta compañeros. Esos desconocidos bajados de camiones, salvados de un barco explotado por ellos mismos, que de un día para otro se instalaron en el Club Hotel de la Ventana. Ellos también debían saber de los polacos.

Las cartas de mi tía, oculta quién sabe en qué agujero a orillas del Vístula, contaban cómo sus hijos le fueron devueltos una semana después de la invasión. Cosidos uno al otro. Si hubieses visto sus dedos, decía, en líneas que no eran escritas para mí pero que yo leía a escondidas cuando todo en el hogar dormía. Si hubieses visto sus lenguas. Su hermano, mi tío, pudriéndose de tuberculosis del otro lado de un vidrio. Los hombres anotando. Todo aquel que sea gitano no puede comer ni tomar nada fresco que no sea agua de mar, ordenaban esos mismos hombres. El pecado de ser enano. O mellizo. El cloroformo inyectado en el corazón, solo para los más afortunados.

Ya había escuchado de los perros que mataban a las mujeres. Y del color de ojos. Ese color que veía en él todas las mañanas, cuando debía comprobar si el puma había hecho bien su trabajo. Las tardes eran de fusiles y una patrulla de soldados avisando a los gritos que marchaban rumbo al galpón. Primero debía esperarlos en

la avenida San Martín, que por entonces era de tierra. Después tenía que caminar delante del camión que los transportaba hasta doblar por esta calle, Iguazú, y frenar en mi vereda. Conocieron rápido el trecho hasta el galpón. Le ordenaban que se despierte, que intente sentarse en la cama. La misma en la que mi madre había gritado sus últimas palabras, y que un año antes habían retumbado en mis oídos como un crujido, un eucalipto de pronto podrido desplomándose hacia el suelo: *Zgubiłem się!*

Debe alimentarlo, dijeron.

Zapallo, acelga, tomate, cebolla. Preparaba los caldos. El brujo que cura con sopa, empezaron a decir en el pueblo. Un día, cuando ya se pudo sentar solo, lo vistieron con un overol viejo, como para una persona larga y gorda. Le revisaron el pelo, las manos. Con señas, lo convencieron de que no hable. Yo debía alimentarlo.

Ahí fue cuando me acordé de la cicuta. En cuanto uno de los soldados, el que dijo ser el teniente Andrade, me remarcó que él no tenía que morir, pensé en la cicuta.

Nada que no sean sus heridas puede afectarlo, ordenó el militar. Es su responsabilidad. La cicuta, que hincha las vacas hasta hacerlas reventar. Un tallo por polaco. La cortaba a la mañana temprano. Quedaba secándose, sobre unas tablas detrás del galpón, toda la tarde. Después la picaba bien fino, a cuchillo, sobre la mesada. Mezclada con perejil, la espolvoreaba sobre la carne para milanesa.

Después, era cuestión de llevarle y esperar a verlo mor-
der, tragar.

Una tarde de llovizna tuve la idea del vidrio. Empe-
cé a hacerlo invisible en el té. Un poco en el desayuno,
volver a calentar para la merienda. A los soldados no
había quien les quitara el mate.

Pero los días pasaron y nada cambió si no todo lo
contrario. Cierta vez, plato gordo de caldo en mano,
lo encontré revisando la caja de herramientas para el
oficio que mi mente ya casi había olvidado. Mi carpin-
tería, su galpón, poco a poco había quedado a un lado.
Como quedan a un lado los consejos de una madre
cuando lo único que la recuerda es un cantero sembra-
do por obligación en un cementerio perdido en otro
pueblo. Susurró algo que no entendí. Mi respuesta fue
volcar en el piso, hasta la última gota, todo el líquido
caliente del plato. Usó la lengua para algo mejor, dije.
Sus ojos en los míos.

El ruido del hacha me despertó otra mañana. Desde
la ventana de mi habitación, que daba al fondo, pude
verlo renegar con los troncos. Hasta que aprendió a par-
tirlos de un solo golpe. La helada y la nieve del invier-
no inminente exigían el calor de la madera. Pero nada
como los fríos de mi tierra, exclamó la segunda vez que
lo vi descuartizando mi leña. Ya hablaba el idioma. Reí.
Creo que fue la única vez que me lo permití.

¿Qué me podría decir de su tierra? ¿Qué podía co-
nocer? En Sierra de la Ventana solo sabíamos que ellos
habían sido trasladados desde Martín García. Que parte

de la tripulación del acorazado hundido debió quedarse en Montevideo y que el resto, casi todos, llegó a la Argentina colgado de tres remolcadores. Que, aunque eran prisioneros, nos debíamos a ellos.

Conseguí las yaras de un viejo de Tornquist que, se decía en la zona, las tenía sueltas en su huerta. Las víboras le tenían respeto y solo una vez le habían tirado un mordiscón. Una bala hubiese sido más fácil, por supuesto que lo sabía. Pero los soldados en aquel entonces revisaron todo el pueblo para llevarse hasta la más mínima porción de pólvora y plomo.

Nada que no fueran sus heridas debía afectarlo.

Y entendía a la perfección todo lo que eso significaba. Estaba al tanto sobre qué es lo que le ocurría a aquellos que no permitían que sus hijas sean llevadas al Club Hotel de la Ventana las noches de fiesta. A todos los que no se paraban a saludar los camiones con el brazo derecho extendido en diagonal. Los mismos soldados argentinos los dejaban hacer. Porque aunque eran prisioneros, nos debíamos a ellos.

Tuve que ser cuidadoso.

Solté las serpientes dentro del galpón ni bien cayó el sol, que es cuando en realidad despiertan. Ya dormía. Cerré la puerta con cuidado de no hacer ruido. El pelotón del V Cuerpo de Infantería llegó a media tarde del otro día. Oí los gritos. Las puteadas. Las botas zapateando dentro del galpón. Los vi salir con las yaras agarradas por la cola. Todas muertas. Miré desde el umbral, a través de la puerta abierta. Estaba como en

trance, boca arriba. Todavía usaba algunas vendas. Se mataron entre ellas, dijo Andrade un momento después. Se picaron entre ellas. No sabía que las víboras podían hacer una cosa así. Hay hasta muebles mordidos, como si hubiesen peleado entre sí, agregó el militar.

No dormí durante noches. Las mismas en las que él fue terminándose de recuperar. No puedo arreglar nada, no puedo ayudar en nada, murmuró otra mañana de té con vidrio molido. No le respondí ni siquiera cuando acercó su cara a la mía para decirme que siempre hay quien nace sin culpa. Siempre. Sin que yo hablara parecía entender demasiado. ¿Vería dentro de mí que lo único que podía pensar acerca de él y su gente es que nunca debieron escapar de ese barco? ¿O que esperaba verlos dispersos en pedazos? Ocuparme de él hubiese sido tan fácil. Y tan equivocado. Para entonces sus compañeros ya llevaban meses en el hotel de lujo. Su fama con las mujeres era conocida en todos los pueblos cercanos. También, que eran bravos para la piña. Peleaban organizados como comandos. Bastaba que estallara la trifulca en el bar del pueblo en el que se emborrachaban los fines de semana para que los gauchos locales terminaran visitándome al otro día con los huesos dislocados.

Nadie se animaba a desafiarlos ni siquiera al fútbol. Corrían más que cualquiera. Alguien llegó a decir que tenían tres pulmones.

En una estancia cercana, de un tal Salerno, una vez se les ocurrió contratarlos para talar unos árboles. En cuestión de horas derribaron un bosque de pinos a

puro hacha. Pero esas eran las historias en torno a sus compañeros, no la suya. A él jamás vinieron a visitarlo pese a que la mayoría, siempre con custodia de soldados argentinos, se acercaba a diario a Sierra de la Ventana buscando carne o el repollo que llegaba por tren desde Bahía Blanca para que pudieran cocinar su chucrut.

Lo más normal era cruzárselos por la calle o encontrarlos tirados en las veredas fumando para matar el tiempo. A la espera del camión que terminaba por devolverlos al Club Hotel. Jamás uno de sus compañeros me preguntó por su suerte aunque todos sabían que el herido se recuperaba en mi casa.

A los tres meses del ataque del puma, tercer mes de té con vidrio y cicuta en la carne, lo encontré sentado en el umbral del galpón. Se puso de pie en cuanto me vio salir por la puerta del patio. La ropa le quedaba tan grande. Tan ridícula. Se acercaba el mediodía cuando, tras saludarme con un movimiento de cabeza, levantó los brazos en dirección a la copa de los eucaliptos que superaban la altura de los techos vecinos.

El viento, dijo.

Apenas eso.

Empezó a soplar a la tardecita de ese día, el primer ventarrón. Los troncos de pronto danzando en las veredas de todo el barrio. En Villa La Arcadia, a menos de diez cuerdas de donde estábamos, los aromos fueron cayendo uno a uno. Me encerré con él, sí, con él, en el galpón después de trabar las puertas y ventanas de la casa. Con lo que pude. Había más plantas en el frente que

en el patio. Me encerré con él y prendí una vela mientras, afuera, las hojas se desgranaban hasta volverse aire.

Pedí a esa luz temblorosa un día más. Como, me habían dicho, hacía nuestra gente allá donde todavía caían las bombas. Un día más, decían las cartas de la tía. ¿Cuándo tendría el valor de escribirle quién sabe adónde para decirle que a mamá se la llevó la angustia en cuanto supo lo de los abuelos? ¿O que murió soñando con trenes descargando piernas y brazos sobre fogatas improvisadas entre las ruinas de Kock? ¿Para qué contarle de papá olvidándolo todo para seguir a una alemana, justo una alemana, de las colonias de Coronel Suárez? ¿Debía?

El galpón sobrevivió a la cola del tornado.

Solo las chapas sueltas de un vecino dejaron alguna que otra marca en las paredes. Al otro día volvieron a visitarlo los soldados. La tormenta de viento había removido todo y entre las maderas del lugar, junto a la cama de mi madre, a un lado de donde él dormía, vi asomar a las viudas negras. Solían aparecer siempre que se me ocurría correr algún que otro mueble o hacer lugar ahí donde pretendí, alguna vez, instalar mi carpintería. Me esforcé para que no las vea. Los militares, concentrados otra vez en revisar su pelo, sus manos, jamás repararon en los tablones que moví para cubrirlas con cuidado de no aplastarlas. Cuando se fueron le pedí que saliera a tomar aire. Mentí que el sol le haría bien. Lo seguí con la vista. Caminó dando tropezones por el patio. No imaginé que el cielo podía atraerlo tanto.

El sol, dijo, otra vez con los brazos hacia arriba.

No se veía ni una nube en el horizonte. Se mantuvo así, con los dedos estirados, como queriendo tocar el azul límpido, por largos minutos.

Volví mi atención a las patas letales, pequeñas, que con cuidado oculté de los soldados. Una pinta roja en la panza, la marca de la muerte que mejor conocíamos en nuestro pueblo. Acerqué un frasco de los que usaba para hacer mermelada con las ciruelas que caían del árbol de un vecino. ¿Sería en su cama? Le dije de cenar en casa y sonrió. Estaba, si se quiere, más corpulento que cuando lo habían traído. Jamás dijo una sola palabra del puma. Usaba un balde con agua y un trapo para lavarse cada tanto. Evitaba que yo lo viera cuando lo hacía. Pero, en un descuido, una tarde pude notar que del ataque apenas si quedaban unas tenues cicatrices. Como si las garras jamás lo hubiesen encontrado.

La noche de la cena en casa fue calurosa. Estábamos a principios del 44. Volví a espolvorear cicuta en su carne. Lo vi engullirse todo con desesperación. Después le dije que necesitaba dormir y entendió que debía volverse al galpón. Lo acompañé como cada vez y le extendí una vela encendida para que se alumbre hasta la cama. Las arañas acechaban dentro del relleno de la almohada. El sol, volvió a decirme cuando di la vuelta camino a mi cocina. Imaginé ese momento como el último de una convivencia incómoda. Y el comienzo de otra cosa.

Al día de hoy nadie sabe todavía cómo es que comenzó aquel incendio.

El humo bajó como una sábana extendiéndose desde el cerro Ceferino y cubrió por completo el cauce del río Sauce Grande. Las llamas recién se hicieron visibles al mediodía, cuando un frente avanzó hacia el pueblo desde la base del Tres Picos. En la calle alguien dijo que fue por un rayo. Que la sequía. Me sorprendió el motor del camión en el que llegaban los soldados. Se habían adelantado a la hora en que siempre salía a la San Martín para esperarlos. Entraron al patio casi al trote y prácticamente atropellaron la puerta del galpón. Me acerqué detrás del grupo.

Ahí estaba él, agachado sobre las maderas. Los soldados rieron. Avancé unos pasos. Trabajaba sobre un tronco. Cortaba, arrancaba, pulía. Suave pero sostenido. Por el aserrín que se acumulaba en el piso entendí que llevaba horas haciendo ese trabajo. Esos ojos, los suyos, buscaron los míos con cierta extrañeza. Como perplejo de verme ahí. Sentí que repasaba el contorno de mi cara de pronto también sorprendida. Adiviné los puntos en su cuello. No tenía más que una pequeña inflamación que, imaginé, los soldados me pedirían le desinfecte o algo así.

Dejaron que siguiera trabajando un rato más. Parecía conocer el oficio desde siempre aunque, sabíamos todos en ese momento, eso no podía ser más que imposible. Así fue como yo, un torpe enfermero con talento ausente hasta para hacer daño, comencé a pasar buena parte de mis tardes junto a él. Imprevistamente, caí en la idea de que tenía que aprender. Y que había más de

una respuesta a mi alcance ahí cerca, en el galpón del fondo de mi casa.

Todavía hoy puedo escucharlo tarareando las canciones que yo intuía de su tierra pero ¿él cómo podía saberlas? A través de las pocas palabras en mi idioma que comenzó a articular con el correr de los días supe que el acorazado había combatido en las puertas de Montevideo contra una escuadrilla de tres buques británicos que le tendieron una trampa. Antes de eso, se había ocupado de hundir a todos los barcos que se le cruzaron y supuso enemigos. Aunque se dijo que el *Graf Spee* fue un navío corsario, para mí sus ataques no fueron más que intentos desesperados por proteger los secretos que transportaba.

Pero los días compartidos y ese crepitar de astillas que nacía de sus manos en cuanto rozaban la madera, que parecía conocerlo y se entregaba a la forma como si hubiese estado esperando el roce de las herramientas bajo control de ese desconocido, no cambiaron mis deseos de ponerle fin a su vida. No podía sacarme de la cabeza todo lo que representaban él y su gente.

Cuando atacaron Varsovia y otras ciudades, ellos se tomaron su tiempo para no dejar ladrillo en pie. Trituraron casa por casa. Así nos lo hizo saber la tía, siempre desde escondites inimaginables. En hojas que llegaron esporádicamente a Bahía Blanca a través de los barcos que, por la guerra que mataba toda la tierra del otro lado del océano, comenzaron a aprovisionarse en ese puerto. Debiste ver a los niños junto al muro,

pidiendo una bala antes que pan, relataban los escritos a mi madre. Tendrías que haber oído el crepitar de la pierna de aquella anciana y cómo le dieron de comer su propia carne. Las cartas traían consigo hasta el olor del espanto. Un hedor que me atenazaba los sentidos mientras él, sin saberlo, tallaba y tallaba.

Bajo su voluntad la madera comenzó volverse algo diferente en pocas semanas. A la par, los soldados lo visitaban más seguido. Hasta dos veces diarias. Córtelo el pelo, me ordenó Andrade una vez. Lo miré extrañado. Pero soy enfermero, si quiere hasta carpintero, pero me parece que peluquero ya es mucho, contesté. Jamás en la vida había hecho algo así. La respuesta me la dio otro militar sin pronunciar una sola palabra. Acarició el gatillo de su fusil. Usted le va a cortar el pelo y lo va a guardar en una bolsa. Y nos lo va a entregar mañana mismo.

Esa misma tarde le hice señas para que se siente en una silla en el patio, bajo el lento bamboleo de los robles y el repique de alguna bellota de pronto soltada al suelo. Retrocedió en cuanto vio las tijeras. Le dije que no pasaría nada, que los soldados lo habían pedido. Que si quería seguir con la madera, tenía que permitirme. Minutos después, hundía los dedos en ese pelo de trigo suave. Toqué su cuero cabelludo antes de apretar la mano para juntar un mechón que se me hizo resbaloso. Dejé que la tijera avanzara suave, cerrándose despacio casi sobre la misma raíz del pelo. El rubio fue poblando los diarios que puse alrededor de la silla.

Cuando creí terminar, lo vi arrodillarse precisamente sobre el papel. Recorrió con un dedo la silueta del barco que reconoció en una foto. El artículo, al que le presté muy poca atención, decía algo del acorazado. Quizás un recordatorio. Lo dejé hacer mientras yo guardaba lo cortado en la bolsa para los soldados.

Miré la tijera.

Él ahí.

Tan fácil.

Dibujé en mi cabeza el recorrido hasta su cuello. La carne separada, los borbotones, por qué no un chorro. La ropa salpicada. Imaginé la carta a la tía: Desde acá te cuento que me ocupé de uno de ellos. Lo hice por los abuelos. Pensé en el después de la puñalada. La sierra en el galpón. Aprovechar la noche, los agujeros que dejaron los árboles caídos por el viento. Cavar profundo. Bien profundo. Al otro día explicar que se había escapado. Quién sabe dónde se habría metido ese maldito.

Estaba de pie, a mi lado, cuando terminé de pensar mi plan. Siempre mirándome como si pudiese leerme. ¿Por qué mejor no vivir?, murmuró, serio, antes de perderse en el galpón. Aquella noche compartí mi cena con esa, su pregunta. Y también con el silencio de una casa muerta como mi madre. La pesadez se me hizo insostenible al tercer bocado. Salí al patio a la medianoche, pensando en la tijera que no había usado si no para arrebatarme los mechones que me habían obligado a cortar. Lo adiviné en la oscuridad, la cabeza enfocada en el

cielo. Las manos alzadas, como invocando un recuerdo invisible. Qué hacés a esta hora y afuera, le grité. Metete adentro que voy a tener problemas por tu culpa. Pero no me prestó atención. Ni siquiera se molestó en darse la vuelta para apreciar mi enojo.

El agua, dijo.

El agua.

Cuando las primeras gotas rebotaron en la tierra, entendí.

Sin detenerme en lo que él estaba haciendo, corrí a la vereda y de ahí a la casa del primer vecino que tuve cerca. Después, a la puerta siguiente y así. Alguien prendió una luz. Nadie salió. En la desesperación ante lo que sentí que ocurriría me paré en medio de la calle y comencé a gritar con todas mis fuerzas las palabras que le había escuchado: ¡El agua! ¡El agua!

Llovía a mares cuando regresé al patio en busca de la escalera. Él me esperaba junto a uno de los robles. Este será fuerte, susurró. Este. Trepé con pesadez. Lo vi subir detrás de mí con la naturalidad de quien conoce las tragedias de antemano. El agua irrumpió desde el río y se unió a las correntadas que empezaron a bajar desde las zonas más elevadas del pueblo. Pronto la calle fue un arroyo más y los gritos coparon la oscuridad.

Desde la copa del roble vi a la casa de los Medrano levantándose de sus cimientos para, un instante más tarde, ser arrastrada hacia el cauce del Sauce Grande. También, a los perros de los Cardoso tratando de aferrarse a cualquier tronco. El cuerpo de un caballo golpeándolo

todo a su paso ya cuando la claridad iluminó a medias a ese cielo de catarata.

Dejó de llover a la tarde del día siguiente, pero el agua se mantuvo alta hasta el final de esa jornada. Bajamos del roble casi a medianoche. La cocina de la casa se había derrumbado. Recordé a mi madre ahí, vigilando el agua caliente. Agachada, eligiendo del cajón de las verduras las papas sin brotes. Mi madre, apoyada en la mesada, llorando de cara al ventanal. Esa madrugada busqué un rincón para dormir dentro del galpón. Era el único lugar al que no había entrado barro. Las maderas, el aserrín, todo permanecía seco. Dejé que siguiera usando la cama, ni siquiera le exigí un trapo para cubrirme. Me enrollé sobre mí mismo. Empapado como estaba. Había sobrevivido a algo, aunque nunca supe bien a qué.

Horas después, el motor del camión me sobresaltó en el suelo. Sentí las pisadas. Las voces preparadas para dar o recibir órdenes. Andrade a la cabeza. Patearon la puerta con la impunidad de quien camina armado. Me pidieron que saliera del galpón. Una vez afuera, el oficial extendió su mano. Estrechó la mía, fuerte. Gracias por no dejarlo ir, me felicitó. Ya casi terminamos. Sonreí sin entender. Pero necesitamos un último favor, siguió. Entrecerré los ojos. No ponga esa cara que es una pavadada, dijo Andrade. ¿En qué puedo serle útil?, reaccioné. Necesitamos que le corte las uñas. Como hizo con el pelo, ¿se acuerda? Lo mismo pero con las uñas. Y me las guarda así me las llevo.

No tuvo miedo a la tijera la primera vez que le tomé uno de sus pies. Extendió los dedos cuando le pedí las manos. Repetí el ritual durante varias semanas. El cabello y las uñas en una bolsa, mientras lo dejaba avanzar con mis maderas. Yo, a su lado, tratando de imitarlo con las herramientas. Sorprendido de escucharlo tararear las que me dijo eran sus canciones.

Vinieron a buscarlo en abril del 46.

A los otros los habían trasladado un poco antes: en marzo, en tren, y rumbo a la base del V Cuerpo de Infantería en Bahía Blanca. Como la inmensa mayoría no quiso abandonar el Club Hotel de la Ventana, fueron arreados hasta nuestro pueblo a punta de Mauser. Acá, en Sierra de la Ventana, los mantuvieron encerrados dentro de un lote cercado con alambres de púas. En el lugar exacto donde hoy se levanta la sala de primeros auxilios.

Quienes pusieron algún tipo de resistencia resultaron amansados a culatazos aunque para nosotros, los que habitábamos este lugar, estaba prohibido tocarlos. Solo las mujeres, sobre todo las más pibas, podían compartir tiempo con ellos.

Lo esperaron afuera del galpón, formados en hileras una frente a la otra. Andrade integraba la comitiva aunque sin emitir palabra. Parecía un homenaje. Por supuesto que el overol todavía le quedaba grande. Se lo iba pisando. Me puse a un lado, junto al séquito, y lo vi salir cabizbajo.

Al pasar frente a mí se detuvo y me tomó las manos. Sus dedos de uñas cortadas recorrieron los míos,

en un gesto que arrancó alguna que otra risotada entre los soldados. Es momento para las frutillas, dijo. Y también para las ciruelas. Las nueces se van a pudrir, mejor esperar al año que viene. Un manzano o dos en la vereda estarían bien. Su voz me sobresaltó. Ya era otra. Me costó reconocerlo en las palabras que pronunció. Dio vuelta y avanzó mientras la formación rompió detrás de él.

¿Adónde lo llevan?, pregunté. Al hotel, respondió alguien. Pero si el tren espera en la estación, dije, de pronto intranquilo. El tren está desde ayer parado acá. No importa y no se meta, murmuró Andrade. Se va a reunir con los demás, con los otros. Un ademán y los militares treparon al camión. Lo subieron a la caja entre varios brazos. Porque si bien había crecido, todavía era un niño.

Apenas un niño alemán.

Pasé aquella noche en vela, meditando sobre los días de cicuta y el vidrio molido. Pensé en los detalles. En cómo podía ser que cada día lo había visto volverse más fuerte. Siempre más fuerte. Los soldados obligándome a cuidarlo. El pelo que levanté del piso. Las uñas adentro de la bolsa. El aprendizaje de sus primeras palabras.

El viento.

El sol.

El agua.

Esas manos hacia el cielo.

Sus pequeñas manos acariciando el aire del devenir.

Después me vi trotando entre los pajonales durante horas. Los tropiezos entre los cerros. En medio de la noche, alocado. Hasta que al fin pude ver la cúpula, los

vidrios espejados. Abrojos y espinas me aguijonearon las piernas hasta que puse un pie en esos jardines del hotel cuidados con tanto esmero. Todas las luces permanecían encendidas pese a que ahí, en ese lugar abarrotado de lujos, ya no quedaba siquiera un rastro de soldados y custodiados. Sin todavía entender de dónde vino la ansiedad que me arrastró hasta el Club Hotel de la Ventana, el porqué de la corrida desesperada, empujé una de las puertas hasta que la madera cedió. Uno de mis hombros rechinó a la par de la fuerza.

Volví a trotar ya dentro de la galería, entré en una habitación, luego en otra.

Grité.

En medio del silencio iluminado, las mesas, las sillas europeas, grité una y otra vez pidiendo por él. Sin saber siquiera su nombre.

Grité.

En el apuro, me enredé con mis propios pies y rodé por una escalera. Me levanté como pude.

El hotel seguía brillando.

Las primeras luces de la mañana me encontraron bajando a las cámaras frigoríficas. A la búsqueda de algo impreciso, desconocido. El pequeño alemán se desdibujó en mi cabeza. Caminé a tientas, con las manos hacia adelante, por los pasillos oscuros del subsuelo.

Hasta que por fin llegué. Pateé algo en el piso. Una llamarada imprevista desgarró la negrura y algo se dejó ver. Era su overol. Hecho un bollo junto a los trapos de mis perros. ¿Los había traído consigo? Hurgué en el

suelo húmedo. Descubrí uno, dos, diez overoles. Todos alrededor de la caldera, que en sus entrañas todavía cobijaba cosas que crepitaban.

Mi amanecer fue de llanto.

Salí descompuesto de las profundidades. La claridad jugaba a dibujar fantasmas dentro del edificio deshabitado.

Quizás fue el golpe que me había dado en las escaleras. Tal vez el peso de la noche en retirada. Pero al entrar nuevamente a la galería por fin pude verlo. Justo al frente del edificio, acompañado por otros. Ya no era un niño. El contraste de luces y sombra me lo devolvía hombre. Yendo y viniendo. Cargando maderas. Transpirado. El sol ya besaba la cima de todos los cerros cuando él me adivinó detrás de los vidrios. Hombre como ya dije que era. Rodeado de iguales, que intuí de uñas y pelos cercenados.

Sus ojos en los míos.

¿Se acordaría del puma? ¿De las curaciones, los ungüentos, mientras traté de matarlo? ¿Sabría lo que sentí cuando se lo llevaron, que ahí mismo dejé de culpar a ese niño de todo el horror que había sufrido mi gente? A la mirada le siguieron los brazos otra vez hacia arriba. Sus compañeros, los niños ocultos del *Graf Spee*, capaces como él de volverse adultos en cuestión de semanas, lo imitaron. El movimiento, su gesto, dio lugar a un murmullo generalizado que luego mutó en alarido compartido. Todas las gargantas coincidieron: ¡El sol! ¡El sol!

Cuando crucé la puerta y salí otra vez rumbo a los jardines, las llamas alcanzaban el techo.

No quise ver lo que ocurría a mis espaldas. Supe, mientras me alejaba, que ahora eran él y los suyos quienes me observaban desde atrás de los ventanales. Yo solo quería volver a Sierra de la Ventana. Descansar para pensar en todo aquello. Al menos una vez. Y no volver a evocar nada.

Más tarde se me ocurrió esto de anotarlo todo. A las apuradas. Para después sí envenenar hasta matar dentro de mi cabeza, de mi corazón, cualquier posibilidad de remembranza. Cualquier vestigio de una guerra lejana que también acabó con más de un milagro. Y que, sin que nadie lo sepa hasta hoy, tuvo en una cama y en varias maderas apiladas en el galpón de mi casa a otro escenario de tormento.

EL DESTETADO

Federico Jeanmaire

(Baradero)

A Eduviges Camaño le habría gustado llevar a sus dos pequeños hijos a la función del circo aquella noche. Hacía bastante tiempo que no llegaba un circo a Baradero y, con toda seguridad, iban a pasar meses hasta que las pruebas volvieran. Era jueves. Más precisamente, el jueves veintiséis de mayo del año mil ochocientos setenta.

Pero la mujer no iba a poder llevarlos.

El asunto había empezado a complicarse la semana anterior. A su marido lo había tirado una yegua nueva, alazana y arisca, que estaba domando. Desde entonces, Fidel Díaz permanecía en cama recuperándose: en la caída se había quebrado el brazo y la pierna derecha, además de un par de costillas. La mujer pensó en preparar el carro y llevarlos ella misma. Sin embargo, esa tarde la cuestión había terminado de arruinarse: además de lo adelantado de su embarazo, llovía torrencialmente y, bajo esas circunstancias, resultaba del todo imposible hacerse cargo del carro las dos larguísimas

leguas que separaban el pueblo de su casa en el campo. Así las cosas, la buena de Eduviges Camaño tuvo que resignarse, y esa resignación, tomó la forma de un guiso flaco cocinado a desgano.

A Tomás Troncoso, en cambio, la vida se le venía complicando desde bastante antes de ese jueves.

Desde la infancia misma.

Abandonado por sus padres, había sido criado por la rica familia Camaño a más de tres leguas del poblado y a una de donde ahora habitaban los Díaz. El color de su piel tampoco lo había ayudado: era un poco más oscuro que los Camaño y que el resto de los descendientes de europeos que habitaban la región.

El color de la piel era importante.

La pucha que era importante. Y lo sigue siendo. Todavía. Muy a pesar del tiempo transcurrido desde entonces. Si lo sabré yo, que también soy un tanto oscuro.

Un par de años mayor que Eduviges, Troncoso había crecido compartiendo juegos junto a ella y sus hermanos. Pero no tardó nada en darse cuenta de que no era un igual. Apenas pudo montar, dejó de ser como un hijo más de los Camaño y lo mandaron a conchabarse de peón en la vecina estancia de don Ignacio Pereyra. Con diez o doce años, dejó de ser Tomás o Tomasito y se convirtió, de buenas a primeras, en el Negro o en el Chino Troncoso. Y eso fue para siempre.

Ese mismísimo jueves de circo, al tiempo que Eduviges agregaba a desgano alguna papa o alguna batata

para agrandar el guiso, Tomás Troncoso llegaba a la pulpería en donde había quedado con dos de sus amigos: Vicente Cruz, apodado el Zambo, y Nemesio Taborda, también conocido como el Rubio. Ninguno de ellos había imaginado, mientras disponían el encuentro algunas semanas antes, que justo esa noche llovería lo que estaba lloviendo. De cualquier manera, mientras el frasco de ginebra iba y venía de una boca a la otra, decidieron que el diluvio que caía no alcanzaría para detenerlos. No sería suficiente. A lo sumo habría que aligerar los planes, no visitar los dos sitios que habían pensado visitar, sino, solamente, llegarse hasta el que quedaba más cerca.

No discurseaban.

No lo necesitaban.

Los tres sabían de antemano lo que sabían. Cruz y Taborda fantaseaban con que al final de su ruta los esperaban, mansos y tranquilos, aquellos veinte mil pesos provenientes de una venta de chanchos que Troncoso juraba se escondían en algún rincón de la casa de los Díaz. Veinte mil pesos, contantes y sonantes, a dividirse en partes iguales. En cambio Tomás Troncoso, aunque se lo guardaba para sí, solo quería vengarse. Por eso, decidieron no esperar ni un minuto más. No daba la impresión de que la lluvia fuera a parar y ya estaba bien de ginebra. Montaron sin decir palabra sus respectivos caballos y enfilaron hacia el camino real, a las afueras del pueblo.

Justo en ese momento y sin ninguna gana, Eduviges Camaño acarrea hasta la habitación un plato hondo

repleto de guiso para su marido convaleciente. Mientras sus hijos, Sabino Fidel, de cinco años, y Honorio, de tres, corrían a sentarse en la mesa de la cocina a la espera de que por fin les llegase su turno. La mujer les pidió que no gritasen, que aguardaran en silencio. De inmediato, los chicos se callaron. Conocían de sobra el fuerte carácter de su madre y no querían por nada del mundo quedarse sin comer.

El Negro Troncoso galopaba unos metros por delante de sus compinches.

Los guiaba.

Y de paso pensaba. No podía parar de pensar. Aunque, quizá, mejor sería escribir que relamía, una por una, las demasiadas heridas de su vida. Rumiaba el odio.

Se había enamorado de María Robustiana Camaño, la hermana de Eduviges, cuando todavía era Tomasi-to. Cuando todavía ni soñaba con que un día, a sus diez o doce años, iba a convertirse en el Negro o en el Chino. Desde siempre, la había cavilado su mujer. Y ella, otro tanto. De hecho, lo primero que hizo cuando juntó sus primeros pesos como peón de Pereyra fue ir hasta el almacén de ramos generales y comprarle una tela para que se hiciera una linda pollera. El viejo Camaño lo recibió con cara de pocos amigos, le sugirió que sus hijas no necesitaban que les regalaran nada, que devolviera esa tela y que, mejor, utilizara ese dinero para comprarse algo de ropa para él, que a lo que se dejaba entrever le hacía bastante falta y que, por favor, no volviera a pisar su propiedad. Nunca más.

Fue duro.

Un golpe muy duro para Tomás.

Tuvo que pegar la vuelta sin ver a su amada y, si no lloró, fue solo porque ya era el Negro Troncoso y no más Tomasito.

Eduviges recogió los platos y enseguida envió a sus hijos a la cama. Sabino, el más grande, se quejó de ausencia de sueño. Pero la mujer no le hizo el menor caso, le bastó con mirarlo fijo a los ojos durante unos segundos para que el pibe le diera las buenas noches y corriera a esconderse debajo de las cobijas. Antes de ponerse a lavar lo que había quedado sucio de la cena, Eduviges se dio algún tiempo para espiar cómo estaba su marido. Fidel seguía muy dolorido y se quejaba a los gritos de no poder conciliar el sueño. Entonces, la mujer cerró sin hacer ruido la puerta de la habitación e intentó olvidar sus malos pensamientos entre la lejía y un cacharro con agua.

Tomás Troncoso no volvió a la casona de los Camaño desde que el viejo lo echó aquel día. Pero tampoco se olvidó de María Robustiana.

Jamás.

No hubiera podido.

Sin embargo, y muy a pesar de que gastaba las horas meditando al respecto, no se le ocurría la manera de volver a verla. Tardó algún tiempo hasta que la encontró: la misa del domingo. Cómo no se le había ocurrido antes. Los Camaño no faltaban nunca a la misa del domingo. Entonces, un domingo cualquiera se lavó bien la cara y

los sobacos, se peinó con raya al costado y allá fue con la mejor ropa que disponía.

La vio.

De lejos.

María Robustiana disimulaba su risa y le hacía señas, colocándose un dedo sobre el labio superior, de que esa risa provenía de los escasos y esparcidos pelos de su incipiente bigote. Pero no pudieron conversar. Fue todo desde muy lejos. Por eso, al domingo siguiente, además de lavarse bien la cara y los sobacos y de peinarse la raya al costado, pidió prestada una navaja, se afeitó por primera vez en la vida y, después, en la iglesia, se las ingenió para hacerle llegar a la muchacha, por medio de un chico y de un par de monedas, una nota en donde la invitaba a encontrarse con él a orillas del río Arrecifes, junto a un bosquecito de sauces y espinillos que había a unos cien metros del camino real, el mismo camino real por el que ahora galopaba en medio del diluvio universal.

Una vez que hubo terminado de lavar los platos, Eduviges se quedó haciendo algunas tareas de costura que tenía pendientes. Todavía no quería ir a la habitación, no hasta que Fidel se durmiera. Su marido estaba insoportable con sus dolores. Y aunque ella entendía su malhumor, lo había escuchado quejarse durante todo el día y ya era suficiente. Necesitaba estar un rato a solas. Descansar de su esposo y descansar de sus hijos. Pensar en nada. Y olvidarse, sobre todo, de que no había podido concurrir al circo aquella noche.

El negro y María Robustiana empezaron a verse a partir de aquella nota. Primero para arrojar piedras al río o correrse el uno al otro o reírse o jugar a cualquier cosa. Claro que los años pasaron y, casi sin darse cuenta, con naturalidad, comenzaron los besos y las caricias y los juramentos de amor eterno. Siempre a hurtadillas, por supuesto, en aquel bosque de sauces y espinillos a orillas del río Arrecifes. Hasta que una tarde de calor, después de nadar un buen rato, no pudieron evitarlo: las carnes no aguantaron más las ganas y sellaron su amor.

Deshonra, llamaron a aquel embarazo inoportuno los Camaño.

Y se preocuparon por esconder de los ojos del pueblo esa panza deshonrada que crecía con tanto entusiasmo. Aunque, claro, todo Baradero sabía en murmullos, que es como acostumbran a saberse las cosas en los pueblos, que el fruto de aquella tarde amorosa de verano había sido alumbrado el veintiocho de noviembre de mil ochocientos sesenta y ocho.

Unos meses antes, apenas se enteró por María Robustiana de que iba a ser padre, Tomás hizo un último esfuerzo, dejó su mucho orgullo de lado y volvió manso y tranquilo a visitar la casona de los Camaño. Desmontó el mismo tordillo con el que ahora galopaba bajo la lluvia, se presentó delante del viejo y, sin preámbulos, le pidió de muy buen modo la mano de su hija. El viejo lo sacó carpiendo. Le gritó que era un bárbaro y un animal y un pobre guacho y un negro de

mierda. Todo eso le gritó. Y también le exigió que nunca más se llegara hasta su casa, que no iba a ser bienvenido, y agregó que, si a pesar de sus advertencias se animaba a hacerlo, le iba a pegar un tiro justo entre ceja y ceja.

Tomás Troncoso no volvió.

Nunca más volvió.

Esperó en vano durante meses a que una María Robustiana, escapada y furiosa con su familia, fuera a buscarlo para huir juntos lo más lejos posible de Baradero. Pero el tiempo pasaba y María Robustiana no aparecía. Por eso fue que ideó un plan para vengarse. Un escrupuloso plan que esa noche la torrencial tormenta que estaba cayendo se había encargado de modificar para siempre.

Eduviges continuaba cosiendo.

No tenía la menor idea de que en ese mismo instante Tomás Troncoso había detenido el galope de su tordillo a unos quinientos metros de su costura, en el lugar exacto en que el sendero de entrada a su casa se topaba con el camino real. Metida en sus quehaceres, la mujer no sabía que el Negro había decidido pararse allí y esperar a sus secuaces para darles las últimas órdenes.

Eduviges Camaño conocía a Tomás Troncoso desde que ambos eran unos nenes. Se habían criado juntos, casi como hermanos. Por eso, aunque le pareció extraño que el Negro le diera las buenas noches, a esas

horas tan impropias y precisamente una noche que no tenía nada de buena, dejó la costura a un costado de la mesa y fue a abrirle. No sabía, claro, que si sus dos perros no habían avisado con ladridos de la llegada del visitante no era porque habían reconocido a Troncoso sino porque Vicente Cruz se había tomado el liviano trabajo de degollarlos unos segundos antes de que ella se pusiera de pie y caminara hacia la puerta de entrada a su casa.

No lo sabía ni lo sabría nunca.

Apenas abrió, Tomás, el Negro, el Chino, el pibe que se había criado con ella, se le cayó encima. De inmediato, dos puñaladas le entraron por uno de los lados a su enorme panza. Pero, muy a pesar de la enjundia y de la determinación del atacante, la mujer logró zafar de la embestida y correr hasta lo que suponía el refugio de los brazos de su marido. Claro que Fidel no estaba en su mejor momento. Dolorido y sin poder moverse, muy poco era lo que podría hacer para defenderla. Troncoso se les tiró encima y continuó apuñalando a Eduviges hasta que estuvo seguro de que estaba bien muerta. Mientras tanto y sin perder el tiempo, Cruz se encargaba de degollar a Fidel a partir de un solo corte de su daga. Con la misma frialdad y precisión con la que, un rato antes, había dado cuenta de los perros.

Aunque la carnicería todavía no terminaba.

Por culpa de algún grito, o de alguna corrida, Sabino Fidel y Honorio se despertaron y fueron a indagar lo

que ocurría en la habitación de sus padres. Entonces, Troncoso les avisó a los otros dos que allí nadie podía quedar vivo, que lo reconocerían, que los pibes sabían perfectamente quién era.

Nemesio Taborda se encargó.

Y, en menos de un santiamén, acuchilló a los dos chicos sin miramientos.

Después, los bandidos se olvidaron de los muertos y se ocuparon de revisar la casa, rincón por rincón, en busca del tesoro prometido. Pero no existía tal cosa. Solo alcanzaron a llevarse unas espuelas de plata, un mate también de plata con su correspondiente bombilla, un par de riendas trenzadas, alguna ropa manchada con sangre y los únicos cuarenta y cinco pesos que encontraron. Enseguida, y otra vez al galope, volvieron a desandar el camino real bajo la lluvia y, a eso de la medianoche, se repartieron el escaso botín en el rancho del Zambo Cruz.

El único que no murió aquella noche fue Hipólito, el tercer hijo de los Díaz, el menor. Según decían los Camaño, el bebé estaba en casa de sus abuelos. Había sido destetado recientemente. Y el destete, por milagro, le salvó la vida. Decían.

Al otro día, y como si nada hubiese tenido que ver con lo ocurrido, Tomás Troncoso amaneció temprano y, acompañado de don Ignacio Pereyra, su patrón, avisaron al doctor Lino Piñeiro, a cargo del Juzgado de Paz

por licencia de quien lo ejercía, don Fermín Rosell, que habían encontrado una masacre en casa de la familia Díaz.

Y hasta allí acompañaron al juez.

Cuando llegaron, ya eran varios los curiosos que, enterados de la tragedia, se amontonaban en los alrededores de la casa.

Piñeiro no era abogado, era médico. Y este, aunque en principio no lo parezca, es un detalle fundamental para el devenir de los acontecimientos. El hombre se iba a tomar su tiempo para revisar los cadáveres. Los miró y los remiró. Una y otra vez. Aunque tanto miramiento en el lugar de los hechos no le alcanzó. De inmediato hizo que algunos de los curiosos cargaran los cuerpos en el mismo carro que no había podido llevar a Eduviges al circo la noche anterior y les pidió que se los dejaran en el hospital, que también cargaran lo que había quedado de los perros, que por favor, que no se olvidaran de cargar los perros.

Esa misma tarde, tomó dos decisiones trascendentales. La primera, aprender a Troncoso, ya que se enteró por oídas de sus desventurados amoríos con la hermana de Eduviges; la segunda, internarse en la soledad del hospital y estudiar todavía más en detalle las heridas que habían recibido los cadáveres. A la madrugada, y después de mucho cavilar, el bueno de Lino Piñeiro llegó a la inequívoca conclusión de que si bien la mujer y los pibes habían sido acuchillados, tanto los perros como Fidel Díaz habían sido degollados de un solo corte y

con una daga. Los asesinos habían sido por lo menos dos, sin duda, y uno de ellos, el que calzaba la daga, era zurdo. Entonces, apenas salido el sol, mandó a arrestar a los zurdos del pueblo. Pidió que los aprendiesen a todos, que no dejaran escapar a ninguno, que no atendieran ni a su condición ni a su reputación.

Le trajeron a cuatro.

Sin embargo, uno de ellos se encargó de avisarle al doctor que quedaba un quinto zurdo, muy conocido en el partido, que no había sido aprendido: el Zambo Vicente Cruz. Inmediatamente lo mandó a buscar. Pero la partida no lo encontró en su rancho. A la que sí encontró fue a su esposa, de apellido Ferré, oriunda de San Fernando.

El pueblo estaba convulsionado.

El ánimo de la gente muy caldeado. Y se exigía justicia, a viva voz, en las puertas mismas de la casa del doctor Piñeiro, a un costado de la iglesia, frente a la plaza. El único que no gritaba en quince kilómetros a la redonda era el juez de paz. Lino Piñeiro prefería escuchar. No solo las muchas contradicciones en las que caía la mujer de Cruz en su declaración, sino también el rumor de que el Zambo se había escapado a la isla justo después de la masacre de la familia Díaz. Decidió entonces enviar al oficial Manuel Ávila con cinco soldados a buscarlo. Al oficial le ofreció diez mil pesos de recompensa si se lo traía vivo y, a los soldados, quinientos a cada uno.

La partida se embarcó al otro día.

Ya en la isla, Ávila pudo enterarse de que Cruz efecti-

vamente paraba en donde solía habitar un tal Agustín. El oficial esperó a que anocheciera para mudarse sigilosamente hasta allí y, cuando irrumpió en el rancho junto a tres de sus soldados, se lo encontró durmiendo, tapada su cara con el mismísimo poncho que había sido propiedad del degollado Fidel Díaz. El Zambo no opuso resistencia. Muy por el contrario, no mostró temor alguno mientras lo trincaban. A pesar, claro, de que el poncho estaba cubierto de tajos y repleto de manchas de sangre. A pesar de que en unas alforjas, que utilizaba a modo de almohadas, encontraron más prendas que habían sido de los Díaz. Y a pesar, también, de que la daga degolladora, todavía teñida de sangre, yacía junto al catre en donde lo habían encontrado durmiendo.

Lo llevaron al pueblo.

De inmediato.

No cabía ninguna duda de su participación en la matanza. Además, y por las dudas, la partida apresó al barquero que lo había trasladado a la isla, un tal Jacques, y esa misma noche los dejaron a disposición del juez de Paz interino.

Al día siguiente, a primera hora, Piñeiro les tomó declaración. Primero pasó Cruz. No reconoció nada. Dijo que la sangre en la daga y en las ropas provenía de una carneada de chanchos que había hecho la víspera, por San Pedro. El Zambo se mostraba tranquilo. Y hasta burlón ante las preguntas del juez. Todo lo contrario de lo que ocurría en las cercanías de donde le estaban tomando la declaración. La gente estaba cada vez más

indignada y reclamaba justicia: su cabeza en la horca, reclamaban a los gritos.

A pesar de las evidencias, Cruz no reconocía nada.

Y el pueblo, mientras tanto, se agitaba más y más.

Piñeiro, entonces, hizo pasar al barquero.

Y supo llevarlo. Poco a poco. En un principio, Jacques se manifestó inocente; argumentó que nada tenía que ver con el asunto, que solo se había prestado a llevar al Zambo a la isla, que como lo conocía no había podido negarse y que solo en eso había consistido su participación.

Estaba asustado.

Se le notaba demasiado.

Y el juez supo aprovecharse. Le explicó que, así como estaban las cosas, los hechos determinaban que era por lo menos cómplice del asesinato de la familia Díaz. Por lo menos, subrayó. Y que, en un caso tan grave como el que se traían entre manos, ser cómplice era casi lo mismo que ser culpable. Casi lo mismo, repitió. De inmediato, la lengua de Jacques se desató y no paró hasta confesar todo lo que sabía. Y lo que sabía era mucho. Cruz, acomodado sobre el bote, había cometido la imprudencia de contarle con lujo de detalles lo acontecido aquella desgraciada noche.

Piñeiro hizo traer nuevamente a la mujer de Cruz.

Le dijo que sabía que había sido ella la que había enterrado el botín por orden de su marido y que, si no quería tener más problemas con la justicia de los que ya tenía, acompañara al oficial Ávila y lo desenterrara.

La mujer no pudo negarse.

Al rato, cuando la partida volvió con los objetos desenterrados, Piñeiro los colocó sobre su escritorio e hizo pasar a Cruz. Le mintió que su mujer había confesado y el Zambo no tardó nada en reconocer la autoría del hecho. Luego hizo lo propio con Troncoso, que también confesó.

El caso estaba resuelto.

En apenas unos días.

Lo que Piñero no había podido resolver, de ningún modo, era el asunto de encontrar a Nemesio Taborada. El rubio no aparecía por ningún lado. Había desaparecido del pueblo sin dejar el menor rastro. Por eso, el juez designó a Ávila para que lo buscara por el Rosario o por Córdoba o por donde fuese. Tampoco estaba resuelto, lo que era bastante más preocupante, el clamor de justicia que se agolpaba a los gritos en frente mismo de su casa. Decidió entonces enviar lo actuado al juez de San Nicolás, quien era el encargado de impartir justicia en la zona. Y el juez, apenas recibir las fojas, determinó ir hasta Baradero para hacerse cargo de los reos y trasladarlos a la segura prisión de su ciudad.

La noticia no cayó nada bien.

La gente enfureció.

No creían ni en el juez ni en una justicia que se llevara a cabo tan lejos de los hechos. Preferían ahorcarlos allí mismo, sin tardanza. Piñeiro se opuso terminantemente, argumentó que así no era como funcionaban los

pueblos civilizados, que había que atenerse a los dichos de la ley.

No convenció a nadie, claro.

Tanto era el malestar que el juez de San Nicolás tuvo que embarcarse con los presos de noche. A las escondidas, para que no los lincharan. Incluso también a él.

El proceso en los tribunales nicoleños fue rápido. Tan rápido como pudo ser: el juez se había comprometido ante la multitud justo antes de su huida. Pero tuvo un contratiempo impensado que aceleró todavía más el final de la causa.

Vicente Cruz se enfermó en prisión.

O se deprimió, no sé muy bien.

Lo que sí sé es que pidió una Biblia, se la pasaba leyéndola. También pidió papeles y un lápiz. Y escribió. Notas, algún poema. Escribió desde el arrepentimiento por lo que había hecho. Clamó a Dios por su perdón. Casi no comía y, finalmente, un buen día se dejó morir.

La noticia cayó muy mal en Baradero.

El escepticismo se apoderó de la mayoría de sus habitantes.

Nadie creía que se hubiera muerto. La gente prefería pensar que el Zambo había llegado a un arreglo con sus carceleros, que lo habían dejado escapar por unos pocos pesos. Es más: el fantasma de su presencia lo sobrevivió durante décadas. Con los años y ante cada nuevo hijo que paría la Ferré, la que había sido su esposa y a la que

no se le conocía otro amor, lo traía a los rumores de todos.

Tan misteriosa muerte, entonces, sumado a que jamás se encontró al tercer integrante de la banda, Nemesio Taborda, quizá por rubio, no sé, y sobre todo al malestar creciente de la población, aceleró el desenlace del juicio en San Nicolás. Así las cosas, Tomás Troncoso llegó a Baradero custodiado por una partida de diez militares, el quince de agosto por la noche, y fue fusilado por esos mismos militares que lo habían acompañado, en la madrugada del dieciséis.

Fue en frente de la plaza.

En un baldío que se extendía, vaya la paradoja, entre la casa del doctor Lino Piñeiro y la iglesia en donde, algunos pocos años antes, el papel entregado por un chico a cambio de unas monedas iba a dar comienzo al encuentro furtivo de Tomás, el Negro, el Chino, el fusilado, con María Robustiana Camaño, mi querida y única madre.

Después, el cuerpo del muerto fue llevado al cementerio y enterrado, dicen que de pie, en la escalera de entrada, para que, de esa manera, cada visitante le pisara la cabeza lo que durase la eternidad.

No juzgo.

No soy quién para hacerlo.

No acostumbro.

Solo me tomé el trabajo de relatar los hechos tal como los he escuchado a lo largo de mi solitaria y tris-tísima vida. Ya estoy viejo. Muy viejo. Y he pagado con

creces, me parece, por aquello en lo que no he tenido ninguna culpa. Los que han juzgado son los otros, los demás, aquellos que me han condenado a la soledad y al silencio, aquellos que me han dejado de lado por el inocente hecho de haber heredado el color oscuro de la piel de mi padre.

HIPÓLITO DÍAZ

Asilo de ancianos de Baradero

2 de junio de 1950

EL MILAGRO INVERTIDO

Guillermo Martínez

(Bahía Blanca)

Lo más difícil es explicar cómo llegó la estatuita fosforescente de Ceferino a nuestro hogar marxista y ateo. Tuvo que ser, por supuesto, alguno de los inventos de mi papá. Pero ¿cuál de ellos? ¿La bujía-luciérnaga que pudiera ubicarse en la oscuridad al abrir el capot del auto? ¿Los anzuelos lumínicos para la rueda de arado que hundiría en el mar como novísima máquina nocturna de pesca? Les pregunté a mis hermanas mayores y ninguna de las dos pudo decirme para qué la quería. Pero sí recuerdo que la primera vez que se habló de la estatuita estaba Miguela sirviendo el almuerzo. Miguela era el descubrimiento reciente y máspreciado de mi madre. Desde que había quedado otra vez embarazada y el médico le había recomendado reposo, una procesión de chicas y mujeres habían pasado fugazmente por nuestra casa, sin resistir ninguna una semana entera. Mi padre se burlaba al verlas partir raudamente: muchas serán las llamadas, ninguna la elegida. Pero de pronto, como una

roca, callada y segura, ahí estaba Miguela. Había llegado de Trenque Lauquen, tenía rasgos aindiados, era muy silenciosa y reservada y casi no sabíamos nada de ella, salvo que era infalible con la escoba y el plumero, aún en el caos de papeles de mi padre. Venía a limpiar todos los días sin faltar ni una vez desde hacía casi seis meses y mi madre tenía que luchar duramente con intrigas y aumentos para que las otras vecinas de la cuadra no se la quitaran. Durante ese almuerzo mi padre contó que había visto la estatuita de Ceferino en una santería del centro. Pero no habían querido vendérsela, se lamentó, porque era la que protegía la tienda. Los dueños la habían traído de Fortín Mercedes, donde estaba el santuario de Ceferino. Le habían ofrecido otras, pero solo tenían un barniz de pintura. Mi padre trató de explicarnos, con migas de pan alrededor del salero, sobre la excitación de los electrones bajo la luz y la irradiación hacia el reposo en el principio físico de la fosforescencia. Él quería una exactamente como aquella que había visto, maciza, de luz verde esmeralda perdurable. En ese momento intervino Miguela, y creo que fue la primera vez que la escuchamos decir dos frases seguidas. Ella era devota del santo, dijo, y pensaba ir el fin de semana hasta Fortín Mercedes para cumplir una promesa. Había visto esas estatuitas luminosas y si el señor quería, no tendría problemas en traerle una. Mi padre, tomado de sorpresa, le agradeció efusivamente y enseguida pareció ocurrírsele una idea mejor. ¿Por qué no ir todos? Sacaría el auto y si nos apretábamos un poco habría lugar tam-

bién para Miguela. No eran más de dos horas de viaje. Y podríamos traer de regreso un poco de miel y ese vino dulce, libre de pecados, que hacían los salesianos. Yo me entusiasmé a la par de él: ¿Fortín Mercedes era verdaderamente un fortín? ¿Habría un foso y restos de indios y calaveras? Mis hermanas se unieron a la expectativa feliz e inesperada de un viaje y todos miramos en dirección a la segunda cabecera de la mesa. Mi madre no ejerció su derecho de veto y la expedición quedó tácitamente aprobada. Pero el viernes, un día antes de la partida, ocurrió lo imprevisto: escuché durante la siesta el resoplido imperioso del auto puesto en marcha en el garaje, gritos ahogados, puertas que se abrían y cerraban de golpe. Mi madre había tenido una pérdida. Hubo un viaje de urgencia al sanatorio, y quedamos al cuidado de Miguela. Alcancé a escuchar cuchicheos en voz baja como contraseñas sigilosas entre mis hermanas, pero al parecer yo era demasiado chico como para que nadie me dijera nada. Mis padres volvieron dos horas después. Mi madre, muy pálida, caminaba lentamente sostenida del brazo, con una mano bajo la panza, y se recluyó a oscuras en el dormitorio. Mi padre se quedó con ella hasta que se durmió. Cuando reapareció, tenía una expresión grave. El bebé estaba vivo, nos dijo, pero el último mes mi madre debería pasarlo en cama, en absoluto reposo. Todos teníamos que colaborar para que hubiera tranquilidad y silencio: la vida del nuevo hermanito pendía de un hilo. Yo imaginé esto literalmente: el bebé colgado de un hilo, con una oscilación de pén-

dulo, sobre un precipicio vertiginoso de nada. Miguela se ofreció a prepararnos la cena. Mi padre le dijo que se fuera tranquila y que ya lo ayudarían mis hermanas. La expedición a Fortín Mercedes, por supuesto, quedaba cancelada. Miguela insistió en traer de todos modos la estatuita y mi padre, frente a mí, le dio el dinero. Al ver mi cara de desconsuelo pareció pensar algo y se acucilló a mi altura: ¿Te animarías a ir solo con Miguela hasta Fortín Mercedes? Asentí y me volvió la sonrisa. ¿Qué le parece, Miguela? Así no tiene que quedarse encerrado aquí adentro y ve algo de campo en el camino. Claro que sí, señor, dijo Miguela, y también parecía contenta, es un viaje cortito y se lo traigo antes de la noche. Eso sí, pasaría a buscarlo temprano para salir con la fresca.

A la mañana siguiente ya estaba despierto antes de que sonara el reloj. Desayuné a solas con mi padre, que parecía ausente y preocupado, aunque intentó hacer un par de chistes y me revolvió el pelo como siempre. Me había preparado un bolsito con un sándwich, una cantimplora y un abrigo. Cuando le pregunté si podía saludar a mi mamá me dijo que seguía durmiendo por el sedante que le habían dado y que era mejor no despertarla. No quería tampoco que Miguela hiciera sonar el timbre, así que salimos juntos a la puerta a esperarla. A las ocho en punto la vimos aparecer en la esquina con un vestido gris, su pañuelo de flores, zapatos negros lustrosos y una carterita.

El ómnibus que nos llevaría a Fortín Mercedes salía desde la puerta del colegio Don Bosco y esperaba reluciente bajo el primer sol de la mañana, con la puerta abierta, inmóvil y vacío. Fuimos los primeros en llegar y en subir. Nos sentamos en la mitad y Miguela me dejó el lado de la ventanilla, para que pudiera mirar el paisaje. De a poco el ómnibus se fue llenando con curas de sotana marrón, chicos pupilos del colegio y familias silenciosas de piel oscura, con bebés en brazos y bolsas de comida. Apareció el conductor; llevaba de la mano a un hombre ciego muy viejo, que subió a duras penas los escalones tanteando con el bastón y se derrumbó en el primer asiento. Ya sentado, dio un suspiro de cansancio, hizo un giro rápido con la mano y el bastón, como en un truco de magia, se plegó en tres partes con un chasquido obediente. El conductor se sentó al volante y gritó hacia atrás que haríamos una parada en el Instituto de Rehabilitación. El ómnibus dio un lento rodeo a la manzana y avanzó rozando con el techo las ramas de los árboles hacia la avenida Alem, donde por fin, con un rezongo neumático, tomó algo de ímpetu. En la entrada del Parque de Mayo nos detuvimos para que subieran los chicos del instituto. Estaban todos en sillas de ruedas. El conductor bajó y ayudó a los padres a plegar las sillas para guardarlas en el portaequipaje y después fue subiendo de a uno en brazos a los chicos. Uno de ellos era espástico y la cabeza no se le sostenía contra el asiento: le rodaba de a poco hacia abajo y quedaba colgada hacia atrás en el apoyabrazos. Traté de no mirarlo aunque uno

de los ojos, fijo, desorbitado, muy abierto, había quedado apuntando hacia nuestro asiento. Di vuelta la cara hacia la ventanilla y seguí el desfile raudo de las casas, cada vez más pobres y dispersas. Apenas dejamos atrás la ciudad escuché el ruido de bolsas que se abrían: todos empezaban a comer sus sándwiches y llegaba en oleadas el olor a fiambre y milanesa. Miguela me preguntó si quería comer algo yo también y dije que no: tenía miedo de descomponerme con el vaivén del ómnibus. En una curva de la ruta apareció una construcción inmensa, alargada, con pequeñas ventanas en fila como una cárcel y racimos de camiones en la entrada. Miguela me la señaló: el frigorífico donde trabaja mi hijo. Yo no sabía que tuviera un hijo y se lo dije. Asintió y acarició una estampita de Ceferino que apretaba en la mano. Es por él que voy a pedirle al santo, dijo. Me contó que se dedicaba a faenar reses y se había cortado un tendón con la cuchilla. Le iba a pedir a Ceferino que la herida se curara bien para que pudiera volver a trabajar. Pero antes tengo que cumplirle una promesa, me dijo con seriedad, porque para volver a pedir había que cumplirle al santo. El ómnibus avanzaba ahora a campo abierto. Pasto seco y vacas. Un molino cada tanto, una casa oculta entre árboles y más vacas y pasto seco. Me dormí con la cara contra la ventanilla y me desperté cuando el ómnibus se detuvo en la primera parada. El Salitral de la Vidriera, anunció con un grito el conductor. Teníamos diez minutos para bajar. Algunos hombres cruzaron la banquina y se alejaron hacia unos árboles. Miguela me

preguntó si quería hacer pis y dije avergonzado que no. Abrió su cartera y sacó de adentro una bolsa de arpillera enrollada y una cuchara de albañil. Vení conmigo, me dijo, te va a gustar el salitral. Bajamos y la seguí por un hueco del alambrado. El salitral se extendía como una pista infinita de hielo, que centelleaba y enceguecía bajo el sol más allá de lo que llegaban mis ojos. En una parte la superficie blanca y dura estaba quebrada por un hilo de agua aceitosa y el sol, sobre el agua, se derretía en un charco de témperas. Caminamos entre yuyos hasta llegar al borde de esa escarcha blanca y Miguela se agachó con la palita y empezó a llenar la bolsa. Hundí mi mano en la sal grumosa y recogí todo lo que pude en un puño. De cerca eran más bien como piedritas blancas desgranadas, húmedas y filosas. Le pregunté a Miguela si la usaría para cocinar y me dijo que no, que era parte de su promesa. Vi que otros hombres y mujeres habían cruzado detrás de nosotros y juntaban también la sal con bolsas y palitas. Ya vas a ver, dijo Miguela, y me hizo apurar para que volviéramos al ómnibus. Al volver a subir algunos de los curas habían cambiado sus asientos para formar algo así como una rueda. Una de las madres cebaba mate y la gran calabaza humeante pasaba hacia atrás de fila en fila. Cuando el ómnibus arrancó, el más joven de los curas desenfundó una guitarra y todos, al principio con timidez y luego cada vez con más entusiasmo, se unieron a él en los himnos y en el estribillo pegadizo y alegre de las canciones religiosas, que hablaban de espíritus excelsos, de luchas gigantes, de

magnas victorias... Miguela y yo éramos los únicos que permanecíamos callados y el cura, en la repetición de cada estribillo, nos miraba sonriente, como para alentarnos a seguirlo. Le pregunté a Miguela por lo bajo si ella sabía las canciones y negó con la cabeza, firme: Yo no creo en nada de eso, me dijo, yo sólo creo en el santo, que era de mi gente.

Antes de lo que hubiera imaginado el ómnibus amignoró la marcha, dobló en un camino de tierra lateral y se detuvo frente a una gran arcada. Habíamos llegado. Al bajar se veía un mural inmenso con la figura bajita de Ceferino, vestido con un poncho, llevado de la mano por un cura con una capa larga y rosada, cerrada por adelante con una fila interminable de botones.

Al trasponer la arcada había un camino recto y muy largo entre álamos que conducía a una gran iglesia que se levantaba en el fondo. Miguela me pidió que me adelantara por el camino y que le llevara su carterita, porque le tocaba cumplir su promesa. Caminé unos pasos solo, siguiendo a los curas, y me di vuelta, inquieto. Vi que Miguela se había puesto de rodillas, con la bolsa llena de sal cargada en su espalda, y avanzaba muy lentamente echando puñados de sal delante de sí. Los otros hombres y mujeres que habían bajado al salitral también hacían lo mismo. Los brazos iban hacia la espalda y esparcían una lluvia blanca que caía delante de ellos y que aplastaban con las rodillas. Me di cuenta de que las rodillas de Miguela empezaban a sangrar. Quise volver hacia ella y advertirle pero me hizo un gesto con la mano para

que me diera vuelta y caminara hacia la iglesia. Esperé, sentado en un escalón, a que Miguela por fin llegara. Los últimos restos de sal de la bolsa los tiró sobre los escalones y los subió de a uno respirando pesadamente y ayudándose con las manos. Finalmente se abrazó a una columna y se puso con mucha lentitud de pie. De las rodillas hacia abajo las piernas estaban cubiertas de una costra dura, brillante y ensangrentada. Me pidió con un gesto la cartera y sacó de adentro una botellita de alcohol y una gasa y se frotó las piernas, conteniendo con una mueca el ardor, hasta que solo quedaron las pequeñas muescas rojas que le perforaban las rodillas. Se puso entonces unas curitas cruzadas, como parches de color canela, y se limpió los zapatos, que estaban completamente blancos. La promesa está cumplida, me dijo, vamos ahora al fortín.

Rodeamos la iglesia y vimos asomar las murallas blancas del fortín, con una torre de vigilancia que no era tan alta como había imaginado. En realidad, todo el fortín, a medida que nos acercábamos, parecía una construcción en una escala equivocada, o que hubiera encogido en el tiempo. Había un foso, sí, pero era más bien como una zanja no muy ancha, que yo mismo casi habría podido cruzar de un salto. Y había también un puente levadizo sobre el foso, pero estaba hecho de maderas nuevas y nadie podía imaginar que resistiera el paso de tropas y caballos. Un cartel con una explicación en la entrada me confirmó que todo en el fortín era falso, un intento de reconstrucción, salvo el santuario

donde estaban los restos de Ceferino, que era la capillita original. Fuimos hacia allí. El techo era muy bajo y se entraba descendiendo unos escalones, como si la capilla estuviera a medias cavada en el piso. Había una fila en la puerta y solo podían pasar una o dos personas por vez. ¿Te vas a animar?, me preguntó Miguela, ¿no te van a asustar los huesos del muertito? Dije que sí me animaba y nos pusimos en la fila. ¿Por qué tenía poderes Ceferino?, le pregunté a Miguela, ¿qué había hecho en su vida? Miguela no parecía muy segura de que hubiera hecho nada en especial. Es que murió muy joven, me dijo, ni veinte años tenía. Pero siempre había querido el bien para su gente, eso sí lo sabía, y por eso los protegía. Me quedé pensando, sin confiar mucho en lo que me decía Miguela: en todas las imágenes Ceferino parecía más bien un niño desvalido, llevado de la mano por los curas. No imaginaba de dónde podrían venirle los poderes después de muerto. Y además mi padre siempre se reía de todas las religiones y decía que promesas, milagros, resurrecciones, nada de esto era cierto. La entrada a la capilla estaba a oscuras y por dentro parecía una caverna. Había crucifijos contra las paredes ahumadas y una gran Virgen María. En el centro se alzaba una caja alta y rectangular de madera. Miguela se asomó a un visor con una ranura en la parte de arriba y me hizo señas para que me pusiera en puntas de pie y mirara. Me estiré todo lo que pude pero no lograba ver. Entonces Miguela me levantó por las piernas y pude izarme un poco más y mirar hacia abajo por la ranura. Vi el pequeño

esqueleto tendido en el fondo de la caja, o más bien la figura que formaban la jaulita sobresalida de las costillas, a la que habían acercado los huesos largos y simétricos de los brazos, y los huesitos como de cangrejo de las manos. Y vi, sobre todo, la calavera redonda y ahuecada, que estaba aparte, separada sobre un paño de terciopelo oscuro, como una joya blanquecina, con los grandes agujeros vaciados de ojos. Quise mirarla fijamente pero el resplandor tenue allí abajo pareció agitarse de pronto, casi como en un latido. Me eché involuntariamente hacia atrás. Te asustaste nomás, dijo Miguela, mejor salgamos de acá. Me soltó las piernas y caminé detrás de ella, avergonzado. Pero afuera, bajo la luz arrasadora y segura del sol, me volvió la desconfianza. ¿Y después de muerto, qué milagros había hecho Ceferino?, le pregunté a Miguela. Milagros no sabía, dijo Miguela, pero sí le había cumplido a muchísima gente. Vení, me dijo, voy a mostrarte algo. Caminamos otra vez por el costado de la iglesia principal y abrió una puerta lateral. Este es el museo de ofrendas, me dijo. Era una habitación enorme y despojada, con vitrinas en todas las paredes. Había sobre todo cartas y tarjetas con agradecimientos, pero también muletas y yesos, fotos de bebés y de ancianos, diplomas de cursos, medallas y cadenas. Miguela me llevó hasta una de las vitrinas del fondo y me señaló unos guantes de box blancos, con los cordones dorados. Leé abajo, me dijo. Eran los guantes de Carlos Monzón, con los que había ganado su primer título del mundo. Quedé enmudecido, mirando los guantes y el letrero

una y otra vez, como si me hubiera alcanzado un rayo fulminante de convicción. Yo había visto esa pelea por televisión, había visto esos guantes, chocando entre sí al sonar la campana, lanzados golpe tras golpe durante doce rounds, alzados en alto en el knock out. Victoriosos, ensangrentados. Yo había gritado y saltado con mi padre frente al televisor. Lo había visto todo una y otra vez, en cámara lenta. Y ahora esos guantes estaban allí, aquietados para siempre en la vitrina, entregados por el campeón del mundo a ese indiecito santo. Quizá el propio Monzón había venido a dejarlos. La miré a Miguela y ella me miró a mí, con un orgullo tranquilo. Vamos ahora a la iglesia, me dijo, que quiero pedir por mi hijo. Fui detrás de ella, llevado por dentro en vilo por una corriente poderosa y secreta que se abría paso en mí con una fuerza tenebrosa, algo que no hubiera podido jamás decir a nadie, y ni siquiera decirme. Entramos en la iglesia, que daba vértigo, con cúpulas distantes en lo alto y un altar imponente y remoto al final de un camino de alfombras, entre filas de bancos vacíos. Miguela caminó hacia un vitral a un costado con la cara agigantada de Ceferino, hecha con los recortes pacientes de cientos de vidrios de colores, iluminada por el sol del mediodía. Cuando se arrodilló frente a la imagen, yo me arrodillé junto a ella. ¿Vas a pedirle también algo al santo?, me dijo, y creí notar en su voz un dejo de burla. La cara de Ceferino parecía absorbernos en su luz. Dije seriamente que sí. Hací como yo entonces, me dijo. Juntó las manos, bajó la cabeza y sus labios se movieron en

silencio una y otra vez, como si repitiera varias veces lo mismo. Junté mis manos, que estaban transpiradas, bajé la cabeza, y en un raptó de decisión me animé a decirlo en silencio, pero una única vez, aterrado de mí mismo. Cuando alcé la cabeza Miguela me estaba mirando. No le digas nada de esto a tus padres, me dijo, que pueden enojarse conmigo. Asentí y nos pusimos de pie. Ahora a buscar la estatuita, dijo Miguela. Salimos de la iglesia y caminamos hacia una hostería de peregrinos. Miguela me señaló las puertas de los baños y cuando salí vi que me hacía un gesto desde la tienda de souvenirs. Me mostró una estatuita blanca con una base de plástico negro, que tenía esculpida con bastante gracia la imagen de Ceferino con el poncho sobre el hombro y un gran crucifijo que sostenía contra el pecho con una mano. Pude discutir el precio, me dijo contenta en voz baja, y por la misma plata nos llevamos esta, que es la más grande. La sostuve en mis manos. Era liviana y la cara de Ceferino no tenía rasgos, solo el relieve del pelo con la raya y las facciones apenas cavadas, pero la manga un poco caída del saco y una de las rodillas a medias doblada le daban un aspecto de vida y realismo. La metí en mi bolsito y corrí el cierre todo lo que pude para oscurecerlo por dentro y aun así todavía poder mirar con un ojo por la esquina. La estatuita resplandecía en el fondo de la lona con un halo verdoso. ¿Puedo llevarla yo?, le pregunté a Miguela. Asintió y me dijo que buscáramos un lugar afuera para almorzar. Abrí otra vez el bolso para rescatar mi sándwich, le hice tomar más luz a la estatuita y volví

a cerrarlo, casi hasta el final. Espié entonces otra vez adentro y vi con terror el mismo latido silencioso que emanaba de la calavera.

Cuando volvimos mi padre le agradeció varias veces a Miguela y mi madre me abrazó desde la cama con un reproche, como si hubiera estado todo el día preocupada: El señorito se va solo y nadie me había dicho nada.

La estatuita permaneció durante un tiempo en el estudio de mi padre, en el limbo de un estante, mientras él terminaba la preparación teórica para su experimento. Miguela parecía encantada y la repasaba un par de veces por día con su trapo para que no dejara de brillar. De noche, como un beneficio inesperado, su resplandor fantasmagórico alumbraba el camino al baño. Pero cuando yo entraba al estudio trataba de no mirarla: era el único momento del día en que recordaba mi pedido al santo. Pasó, quizá, una semana entera, hasta que finalmente llegó el día del sacrificio. Una tarde mi padre nos llamó con aire de confabulación a mis hermanas y a mí. Todos seríamos asistentes del experimento. Fuimos con él hasta el cuartito en el patio que llamaba su laboratorio. Había oscurecido las ventanas por adentro y por afuera con papel madera y cada uno tuvo su misión. A mí me tocó ir a buscar la agarradera a la cocina, donde Miguela estaba terminando de lavar los platos. Cuando volví, mi padre ya había cargado de gas el soquete, y la estatuita estaba junto a un embudo de vidrio,

que se conectaba a una pequeña botella. Mi padre se enfundó la mano con la agarradera, puso la estatuita cabeza abajo sobre el embudo, sosteniéndola con cuidado desde la base de plástico, y accionó el soplete, que lanzó una emocionante llama azul. Los tres lo rodeamos en círculo. Acercó entonces la llama hasta envolver en el fuego la cabeza, que resistió varios segundos antes de empezar a deformarse y ceder, muy lentamente, en una gota verdosa y espesa que no terminaba de caer en el embudo. Mi padre quiso apagar la luz para que viéramos mejor la irradiación verde de la gota y me pidió que le sostuviera por un momento la estatuita desde la base. Oímos un golpe en la puerta, y una de mis hermanas abrió. Era Miguela, enviada por mi madre, que venía a preguntar si mi padre quería café. Pidió perdón, como si se hubiera dado cuenta de que estaba interrumpiendo una ceremonia importante. Creo que recién entonces, cuando vio lo que quedaba de la estatuita en mi mano, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Retrocedió espantada, aunque consiguió salir y cerrar la puerta sin decir una palabra. Mi padre volvió a prender la luz y siguió adelante con el experimento, sin enterarse de nada, pero cuando salimos del cuartito Miguela ya estaba juntando sus últimas cosas para irse, irremediamente. Mi madre se había incorporado de la cama y trataba, en camión, de detenerla por el pasillo, pero Miguela solo miraba hacia abajo y seguía cada vez más rápido hacia la calle. Cuando la puerta se cerró mi madre se dio vuelta hacia nosotros y supimos que se desencadenaría

una tempestad. Una de mis hermanas alzó el pañuelo de colores, que a Miguela se le había caído en el apuro, y mi madre me hizo un gesto para que corriera tras ella y se lo alcanzara. Salí a la calle, que relumbraba con el sol de la siesta, y alcancé a verla cuando doblaba la esquina. Corrí lo más rápido que pude y cuando logré ponerme a la par le tendí el pañuelo, con un poco de temor. Miguela me lo quitó con un gesto brusco de odio y decepción y me dijo, apuntándome con el índice: El santo te va a dar lo contrario de lo que pediste. ¡Exactamente lo contrario!

Y así fue, porque mi madre, seguramente por el disgusto, rompió bolsa esa misma tarde, pero el bebé nació sano y salvo. Y yo, como temía, perdí para siempre mi reino.

BARCOS HUNDIDOS

Sergio Olguín

(Mar de Ajó)

I

Franco se asomó a la ventana de la habitación del hotel. El cielo encapotado teñía las aguas del mar de un gris sucio. Había muy poca gente en la playa, solo algunos que hacían footing y ejercicios, o que paseaban sus perros como si la costa fuera el equivalente de una plaza de ciudad. Estaba tan concentrado mirando el paisaje que no oyó cuando Micaela salió del baño. Ahí estaba, parada casi a su lado. Llevaba algo en la mano.

—En cualquier momento se larga a llover —dijo Franco.

—Mejor. A mar revuelto ganancia de pescadores.

—No somos pescadores.

—Estamos tratando de pescar una historia. Es lo mismo —dijo Micaela, y se sentó en el borde de la cama. Estiró el brazo y le mostró lo que llevaba en la mano. Era un test de embarazo.

—Dos líneas azules, positivo.

Franco tomó el objeto de plástico en el que resaltaban dos marcas celestes, una más pálida que la otra, que sin altisonancia alguna indicaban que Micaela estaba embarazada. Él no sabía cómo reaccionar: ¿debía alegrarse, emocionarse como en las películas y publicidades ante una noticia así? Miró alternativamente las líneas azules y el rostro de Micaela: sonreía, pero no era una sonrisa franca, plena, sino un gesto sorprendido. O tal vez se sonría de ver el rostro de él con la misma preocupación.

—¿Qué vamos a hacer?

Micaela se encogió de hombros.

—Por lo pronto, ir a la playa aunque llueva. Tenemos mucho trabajo por delante si queremos avanzar con el libro.

Se puso de pie y fue hacia su mochilita, la llenó con sus cosas y tomó las llaves de la habitación. Franco la siguió. Mientras cerraba la puerta, Micaela le dijo:

—Nos faltaría plantar un árbol. —Y se rio. Ahora sí parecía distendida, feliz, como si por unos segundos no recordara la crisis en la que estaban ellos dos y que ningún proyecto (de libro, de tener un hijo) sería suficiente para salvarlos.

II

Micaela y Franco habían comenzado a salir casi diez años atrás, cuando los dos recién comenzaban la carrera

de Letras. Micaela era de Azul y había venido a Buenos Aires a hacer sus estudios universitarios. Alquilaba junto con otras dos chicas de Azul un departamento en Barrio Norte. Franco, en cambio, vivía con sus padres en Florencio Varela. La facultad les resultó una aventura que les cambiaría la vida y los uniría desde entonces. Se fueron a vivir juntos tres años más tarde, cuando Franco consiguió vender artículos de manera habitual en diarios y revistas de Buenos Aires y Micaela comenzó a trabajar de preceptora en un colegio católico, de la misma orden al que ella había concurrido en la secundaria. Más tarde, Micaela se recibió y pasó de preceptora a profesora de Lengua y Literatura. Franco tardó más tiempo en convertirse en redactor de un importante diario de la ciudad.

No se casaron, no habían tenido hijos. Disfrutaban de la compañía mutua y no hacían planes para el futuro, aunque ninguno de los dos podía imaginarse un mañana sin el otro. Franco había pensado en que no estaba mal ser padres y se lo había dicho a Micaela hacía unos dos años. Micaela prefería postergar el momento, al menos hasta que terminara su maestría de Escritura Creativa, algo que iba mucho más lento de lo planeado.

Resultaba difícil definir en qué momento había comenzado la crisis, aunque seguramente fue después de que Micaela le dijera que no quería tener hijos por el momento. Como una hiedra en el muro, la crisis había crecido silenciosamente, pero sin pausa. Se había desparramado por sus vidas, trepado por sus cuerpos,

lo abarcaba y cubría todo: el deseo sexual, las ganas de compartir, la necesidad de buscarse para estar juntos. El fastidio pasó a ser la moneda corriente con la que se pagaban los gestos de la pareja. Sin embargo, los dos resistían ante la idea de separarse. No sabían vivir sin el otro. Como marineros en alta mar, desplegaban todas las señales para comunicarse de barco a barco. Evitar el choque final era lo que querían. En medio de la desazón y el desinterés, de a poco había nacido un proyecto que los ilusionaba: escribir un libro juntos.

Franco soñaba con publicar un volumen de crónicas periodísticas, zafar de esas notas aburridas que escribía cotidianamente en el diario y desplegar su prosa en historias que merecieran reunirse en un libro, lejos de la vacuidad del periodismo de batalla. Micaela había escrito desde siempre: poemas, cuentos, comienzos de novelas. Había publicado algunos textos en revistas literarias y conservaba todavía un blog en el que subía algunos de sus textos. Nada de lo escrito hasta ese momento podía formar parte de una obra seria, pero se ilusionaba con la idea de ver su nombre en las mesas de las librerías.

La idea nació de los dos a la vez, como solía ser cuando todavía se comunicaban amorosamente. Más de una vez, Micaela había contado que cuando era chica solía ir de vacaciones familiares a Mar de Ajó. Su padre la llevaba a recorrer los vestigios de barcos hundidos en las aguas del mar Argentino: los buques *Margarita* y *Anna*, los vapores *Vencedor* y *Mar del Sur*: embarcaciones que

terminaron sus días frente al Municipio de la Costa. Le contaba historias de esos naufragios que ella fue memorizando como se aprenden las historias de la infancia.

Una agencia de noticias había publicado fotos de uno de los naufragios durante una poderosa bajamar. Franco las vio, se acordó de las historias de Micaela y le imprimió unas copias. Mientras miraban juntos las fotos, ella le preguntó:

—¿Por qué no escribís una nota sobre ese naufragio? Las fotos ya las tenés.

—Vos deberías escribir un libro. Una novela, o algo así, con todo lo que te contaba tu viejo.

—Podríamos escribirlo juntos.

—Sí, podría ser.

III

Noviembre no era el mejor mes para ir a la playa, pero Franco y Micaela decidieron adelantarse a las vacaciones de verano, cuando la costa argentina se llenaba de veraneantes. Podían andar más tranquilos, el hotel les saldría más barato y se distraerían menos con la idea de quedarse tirados en la arena, mientras el sol y la vida los quemaba impiadosamente.

Micaela se había puesto un saquito de hilo debajo de la campera de lluvia. Franco llevaba un buzo, el mismo que usaba para ir a correr cuando estaban en Buenos Aires. Soplaban un viento cada vez más fuerte y no faltaba

mucho para que la tormenta cayera sobre Mar de Ajó. Caminaron por la avenida Costanera y llegaron hasta el cruce con Libertador San Martín. Se suponía que levemente al sur de la calle principal de la ciudad estaba encallado el buque *Margarita*. Se subieron al mirador que estaba sobre el comienzo de la playa, pero a pesar de ser la hora de la bajamar, no se veía nada en el horizonte, solo la espuma de las olas.

—Muy rara vez se ve —dijo Franco.

—Al final de unas vacaciones, un día como hoy, de tormenta, con mi viejo vimos unos hierros que salían del mar. Parecía la dentadura rota de un dinosaurio. Eran los restos del *Margarita*.

—¿Por qué le decís *Margarita* si el barco se llamaba *Margaretha*?

—Porque acá todos le dicen el *Margarita*. Es más: esto se llamaba Playa La Margarita. El primer hotel importante que hubo acá también se llamaba así. *Margaretha* le dicen los tilingos.

Micaela se cerró la campera con un gesto de tener frío. Franco pensó en abrazarla para darle calor pero no lo hizo. Mantuvo la vista en el horizonte, en el barco inexistente a sus ojos.

—Era un barco alemán —dijo—. Tampoco entiendo por qué le pusieron un nombre que suena a italiano. Tal vez por la Margarita del *Fausto*.

—No creo. Si fuera así se llamaría Margarete, que es como se llama en la tragedia de Goethe.

—¿Cómo sería esto en 1880?

—No había nada. Un lugar desolado. Playa, campo, la Pampa Húmeda, algunas personas que vivirían a la intemperie.

—El *Margaretha* debía ser un barco sólido. Lo suficiente como para cruzar el mundo desde Alemania para acá.

—Lo suficientemente fuerte como para pensar cruzar el Cabo de Hornos y llegar hasta Chile.

—¿No venía de Carmen de Patagones hacia Río de Janeiro?

—Uff, se dicen tantas cosas del *Margarita*. Mi viejo decía que entre los restos del naufragio encontraron decenas de toneles de pólvora. Eran para el gobierno chileno que en ese momento estaba en guerra con Bolivia y Paraguay. ¿Caminamos? Tengo mucho frío.

Micaela casi tiritaba, se hacía más pequeña dentro de su campera. Dejaron el mirador atrás y fueron por la avenida Costanera.

—Necesito tomar algo caliente. ¿Vamos a un bar? —preguntó Micaela y después retomó la conversación—: De pronto, en medio de la nada, se hunde tu barco. El capitán seguramente nunca imaginó que su final iba a estar en el sur, en un país que seguramente desconocía, frente a unas playas anónimas.

—En el diario estuve buscando información. Encontré un artículo que dice que el capitán no murió ese día. No se hundió con su barco. Parece que eso de morir junto a la nave es un mito. El tipo volvió a Alemania. Ahí lo enjuiciaron y lo condenaron a varios años de prisión.

Parece ser que fue él quien hizo hundir el barco para cobrar el seguro.

—No tuvo que haber sido de esa manera. Mi papá no me lo contó así.

—A veces los padres mienten.

Entraron en el primer bar que encontraron abierto. Ella se pidió un café con leche; él, un café y una ginebra. Bebía la copa de a sorbitos, mientras ella lo miraba.

—La historia que contaba mi viejo era mejor —dijo Micaela, tal vez para evitar seguir observándolo—. El *Margarita* venía repleto de mercadería lujosa, comida, telas, joyas, toneles de vino, hasta un piano. Y también viajaba una compañía teatral francesa. Cuando el barco comenzó a hundirse, los actores fueron los primeros en subirse a un bote con intención de llegar a la costa, que estaba relativamente cerca. Pero grande fue la sorpresa cuando vieron que desde la costa venía hacia ellos una horda de salvajes. Los franceses pensaban que eran caníbales o algo así. Se dieron vuelta y comenzaron a gritar «Au secours, au secours!» hacia lo que quedaba del barco. Casi que preferían morir ahogados que en manos de nuestros gauchos.

»Cuando los franceses ya se estaban por tirar al agua, uno de los primeros que llegó hasta el bote fue hacia donde estaba la actriz principal (andá a saber cómo la reconoció y cómo se dio cuenta tan rápido de que hablaban en francés) y le dijo: «Madame, bienvenue». Ahí los franceses se aflojaron y aceptaron ser rescatados por los argentinos.

Franco sonrió con su mirada más beatífica, la que usaba cuando ella inventaba o exageraba alguna historia.

—Tu viejo también tendría que haber sido escritor.

—Pará, la historia no termina ahí. Los franceses estaban tan contentos de haberse salvado del naufragio que decidieron hacer una presentación teatral para los gauchos argentinos en medio de la soledad de estas tierras. Pusieron *Andrómaca* de Racine. Como habían rescatado también el vestuario, actuaron con la ropa original de la obra.

—Y se bebieron el vino que estaba en el barco.

—No. El vino apareció mucho después. Cuando Mar de Ajó se estaba convirtiendo en una ciudad, a comienzos del siglo xx, estaban haciendo unas perforaciones buscando agua potable cuando de pronto brotó vino. Imaginate la escena, el sueño de todos nuestros amigos: que de la tierra brote alcohol. Pero eran los toneles de vino del *Margarita* que permanecieron durante tres o cuatro décadas enterrados.

Se quedaron en el bar viendo cómo se largaba la lluvia. Franco se puso a tomar notas en una libreta que llevaba con él. Micaela paseó indolente con su celular por sus cuentas en las redes sociales. Se sentía algo mareada. Tal vez fuera la tormenta, no haber comido nada sólido desde temprano o el hecho de que estuviera embarazada. Si fuera así era su primer síntoma. Después llegarían todos los demás.

—¿Qué pensás? —preguntó él cuando la vio concen-

trada en un punto indeterminado entre la taza de café con leche y el vaso de agua.

—En que me hubiera gustado estar en ese viaje del *Margarita*, naufragar en Mar de Ajó y que los gauchos me rescataran.

Micaela no sabía por qué pero tenía unas ganas inmensas de ponerse a llorar.

Llegaron al hotel después de cenar en un bodegón. Se quitaron la ropa como lo hacían habitualmente, sin pensar que estaba el otro enfrente. Se acostaron. Micaela se puso de espaldas a Franco. Al rato sintió la mano de él acariciándole la espalda. Ella se quedó quieta, no hizo ningún gesto mientras la mano de él bajaba hacia su cintura. Se quedó dormida antes de poder cambiar de opinión y girar hacia él.

IV

Hacía ya varios meses que Micaela había dejado de tomar los anticonceptivos. Se cuidaban con preservativos, como en los primeros tiempos del noviazgo. Tal vez Micaela, pensaba Franco, había dejado de tomar la píldora porque la cantidad de veces que tenían sexo en el mes no lo justificaba. Si esa era la razón, ella nunca lo explicitó.

Tuvo que haber sido aquella noche en la que él llegó tarde de la redacción. Habían discutido por una pavada durante la cena, pero terminaron en la cama. Los forros se habían acabado. Siguieron igual adelante. Ella pen-

saba tomar la pastilla del día después, pero no lo hizo. Tenía una semana complicada de exámenes y los días pasaron sin que ella fuera a la farmacia. Confiaba en que, como había ocurrido en otras oportunidades, no quedaría embarazada.

Desayunaron temprano en el hotel. Por suerte había salido el sol y el viento parecía menos fuerte que el día anterior. Los esperaba un taxista de Mar de Ajó para llevarlos hasta las playas del sur y tratar de observar algún resto de los naufragios de los buques *Vencedor* y *Anna*. Si les quedaba tiempo pensaban ir hasta el faro de Punta Médanos donde cerca de ahí habían ocurrido otros dos naufragios.

El taxista era un viejo jubilado que al comienzo los miró con cierta desconfianza, pero cuando se enteró de que estaban haciendo un libro sobre los naufragios de la zona quiso hacer su aporte:

—Desde San Clemente hasta acá hubo casi unos veinte naufragios. Barcos importantes algunos. Alemanes, ingleses, también argentinos. Todos los barcos sufrieron los peligros de un mar muy traicionero como es toda esta franja del océano Atlántico. Pero también sufrieron algo más: el pillaje de los carroñeros. Cada vez que un barco encalla aparecen un montón de tipos para vaciarlos. Se llevan todo: el cargamento, el instrumental de navegación. Y desmontan los muebles, las pertenencias personales de los pasajeros y marinos. No dejan nada. Después lo venden en la playa misma o se lo llevan para sus casas. Pasó con barcos que naufragaron

hace ciento cincuenta años y pasó con el último que en-calló hace unos veinte. Si ustedes recorren las casas, los campos, los departamentos de la zona, van a encontrar piezas muy valiosas de esos barcos.

—Hay un edificio de Mar de Ajó que tiene el ancla del *Margarita*, ¿no?

—Lamento decirle, señorita, que eso no es verdad. Esa ancla no es del *Margarita*. Como tampoco es del *Margarita* la virgen de la iglesia. Esas son invenciones de algunos lugareños para crear historias que consumen los turistas.

El auto abandonó las calles de Mar de Ajó y se metió en la playa. Franco se preguntó si no terminarían ellos también varados en la arena teniendo en cuenta que era un auto común y corriente y no una camioneta cuatro por cuatro. Pero por lo visto, el chofer conocía bien el camino porque se mantenía por la arena firme sin ningún problema. Resultaba extraño moverse a buena velocidad entre el mar y los médanos.

—Acá estamos a la altura del buque *Vencedor*. Yo no los quiero desilusionar, muchachos, pero a esta altura del año y con estos vientos no van a poder ver ningún resto de naufragio.

Micaela y Franco bajaron del auto mientras el chofer se quedó fumando un cigarrillo. Caminaron hacia el mar, como si acercarse les permitiera descubrir con la vista algo que no podían ver a mayor distancia. El mar ya no estaba gris, sino azul oscuro, como un cielo caído. El calor del sol a esa hora se veía atemperado por el viento que venía del mar.

—Creo que lo mejor es que me ponga a buscar artículos y libros sobre los naufragios. Este trabajo de campo no va a resultar muy útil. Vos podés inventar alguna historia con lo que te contaba tu viejo. Podés inventarle una vida a la actriz que se salvó del *Margarita* y que hacía de Andrómaca. La veo casada con un gaucho, poniendo una hostería frente al mar y representando obras teatrales en francés para los cuatro o cinco viajeros los viernes a la noche.

Franco había dicho esto mirando al mar y sintiendo la presencia de Micaela a su lado, pero ella permanecía callada. No le respondió nada. Franco la miró. Micaela lloraba en silencio.

—No creo que sea una buena idea que escribamos este libro. No quiero que tengamos un hijo. Va a ser mejor que cada uno siga por su lado.

Era el momento en que Franco debía agitar las banderas para que los buques no chocaran y se hundieran en el mar, pero ya no le quedaban más fuerzas, ni ideas de cómo hacer eso que en algún momento había resultado tan sencillo: mantenerse unidos.

El taxista les tocó bocina. Micaela dio media vuelta y regresó al auto. Franco fue detrás. Le dijo al taxista que no iban a seguir recorriendo la costa, que querían regresar al hotel. El taxista apagó el cigarrillo y arrancó el auto. Recorrieron el camino inverso sin que ninguno de los tres dijera una palabra.

DE MEMPHIS, TENNESSEE A LAS ARMAS, BUENOS AIRES

Leonardo Oyola

(La Plata)

Anaranjados son los ladrillos huecos a la vista de cualquier rancho. Como también los laberintos para entrar al corazón de una villa. Anaranjados eran los teléfonos públicos de ENTel que solo se encontraban en plazas o en veredas de alguna escuela pública, hasta ese que estaba escondido en la guardia del Hospital de Niños de La Matanza. Anaranjados fueron el Chevy cuatro puertas con techo vinílico negro de tu viejo... y los dos Fiat del Dani Noriega: la bolita y el 128. Anaranjados dos pares de calzados en dos diferentes momentos de tu vida. Unas botas tejanas compradas en una zapatería de Morón al lado de la sala de cine más linda. La que no era ni el Brown ni el Achával. Y unas zapatillas que se hacían pasar por botines de fútbol y por las que dejaste medio sueldo ahí en la galería en donde antes estaba ese cine. Anaranjados eran el póster de *Trainspotting* —«*La naranja mecánica* de los 90»— y el rostro de Miguel Abuelo en la tapa de *Buen día, día*. Anaranja-

dos, tristes y alegres fueron algunos atardeceres en tu barrio. Anaranjados son siempre los atardeceres en una película de pistoleros. Por más que muchas hayan sido filmadas en blanco y negro. Y anaranjado, por lo menos para vos, es el rocanrol. Sobre todo, el rock de pasillo.

Así llegó a tus oídos. Así llegó la música a tu vida. De tocadiscos de tus vecinos. A un volumen alto. Y de la bandeja que había en tu casa. Vinilos multicolores y simples negros color brea para los surcos con redondeles anaranjados para los créditos. Hoy tenés en tu colección uno de Daniel Magal. El *Cara de gitana* que tu papá le regaló y dedicó a tu mamá. Y, también alguna vez perteneciente a tu vieja, el *Molina* de la Creedence Clearwater Revival; hijo de la santísima trinidad compuesta por papá Rolling Stones y el rompecorazón espíritu santo de Johnny Rivers. Sí. Para vos Johnny Rivers es como san Jorge o el Gaucho por aquella vez que estando de visitante con esa morocha jujeña que andaba viviendo en Tucumán pensaste: si nos damos un beso me hago devoto de Johnny Rivers... porque estaba sonando «Soñador». Y no va que se dieron un beso nomás y que se abrazaron tan fuerte que sentiste cómo se clavaban en tu pecho esas tetas hermosas y turgentes a través de su ajustada remera anaranjada; una básica demasiado linda más allá de su sencillez con destino de pijama. Si hasta la agarraste tan fuerte que le hiciste despegar los pies del suelo. Y cuando la bajaste con las dos manos le tocaste la cola intuyendo por debajo del pantalón de gimnasia

una tanga tan negra como cualquier surco de vinilo. Y ella sonrió. Y, esquivando a tus ojos, miró al suelo. Roja. Bien roja. Porque la timidez no es anaranjada.

Johnny Rivers fue tu Pentecostés. Sin importar si pasaran o no cincuenta días después de Pascua. Lo escuchabas cantar y te ponías a bailar como si cayeran del cielo lenguas de fuego anaranjadas bendiciéndote. Era un estado de gracia. Porque aprendiste que el rock de pasillo es de las pocas alegrías más visibles y sentidas allá en donde te criaste. Sí. Patear rocanrol es un momento de comunión. Divino. Ya llegarán esas otras canciones que te harán ir religiosamente a misa en micros escolares anaranjados por todo el país enarbolando una bandera orgullosa de proclamar que el Oeste es la banda con más kilómetros. Pero, cual primera oración de la Biblia, en el libro del Génesis y en un principio... estuvo Johnny Rivers y su «Memphis, Tennessee». Tema del que siempre pensaste que estaba hablando de donde había nacido y había sido criado. Como si alguien —¡¡mirá si ibas a ser vos?!— escribiera sobre tu barrio. Y la canción se intitulara «Los Pinos, Isidro Casanova». Ahora, para escribir estas líneas, por primera vez te interesás en lo que dice la letra de «Memphis, Tennessee». Y quedás conmovido después de leerla en un video subtulado de YouTube. Que es sobre un padre que está esperando que lo vuelva a llamar su hija. Que está lejos y que vive con su mamá. Que ella lo llamó y él no estaba. Y que él ahora se quiere matar, que lo único que anhela es que suene el teléfono y que cuando atienda escuche

a la operadora decir: *Tiene una llamada de Memphis, Tennessee a cobro revertido, ¿la acepta?*

Negás con la cabeza y ladrás entre dientes un no tan afectuoso *Johnny Rivers y la reputa madre que te parió*. Suspirás. Y concluís que por algo tiene tantos covers este tema. De hecho, hasta dudás si es o no de Johnny Rivers. Los Beatles, Chuck Berry y hasta el mismísimo Elvis entre tantos otros lo interpretaron de una manera tan tan sentida. ¿Habrán estado pensando en sus hijos? Al pronunciar ese Marie, ¿alguna vez se les habrá escapado el nombre de sus borregos? La mejor de todas las versiones es la de Johnny Rivers. Ahora entendés por qué llora esa guitarra de entrada nomás. Se te aparece tu Ramón con sus apenas seis añitos llamándote desde Santa Teresita, Partido de la Costa. Cuando él se fue para allá. La puta madre. Es tramposa la letra de esa canción. Muy. Porque recién uno al final se da cuenta de que la mujer por la que pena el narrador es su nena. Literalmente. Antes uno piensa que es un amor improbable, una novia a la distancia. Como si veinte años atrás te hubieran llamado de Tucumán. De San Miguel, Zona Sur. A lo de don Pochito o a lo de Tato. Que por muy pocos australes recibían mensajes en sus casas jugándolas de locutorios jurásicos; pasando a avisarles a los vecinos esos recados para que no se tuvieran que ir a hacer guardia a los teléfonos anaranjados de ENTel en las plazas de los Manzanares y de Atalaya, en las veredas de las escuelas públicas o hasta el que andaba escondido en el Hospital de Niños. Porque también era un lío conseguir cospeles.

Has recorrido un largo camino, amigo. Del barrio Los Pinos, Isidro Casanova a La Plata. De Memphis, Tennessee a Las Armas, Buenos Aires. Anaranjadas son las luces de las autopistas. También las luces de bar que dan la bienvenida a La Plata. Anaranjadas como las rodajas de tomate desteñidas de su colorado habitual por la muzzarella de esas dos porciones de napolitana, mentirosas a la hora de frenar todo el alcohol que entró en ese cuerpito, amigo. Anaranjadas sentiste que eran esas canciones que habías descubierto hace poco y que necesitabas volver a escuchar en vivo. Porque anaranjado luz de neón es el rock bonaerense de Las Armas, Buenos Aires. Música tan anaranjada como las parri-lleras brasas encendidas de una comida al paso. Descubierta en un clip con un baile anaranjado como el fuego y la luz que encandilan saliendo del pecho del Mister, el cantante de la banda, como si su corazón fuera una bola de boliche despilfarrando destellos y rayos bien finitos mientras danza en patas y en cuero levantando un polvo de ladrillo, poseído por la letra y el ritmo de su propio grupo en «El rey de las antenas».

Anaranjados quedaron de noche y en sombras los carteles, empapelando paredes y árboles con el lugar, el día y el horario en el que iban a presentarse. Anaranjadas son las velas que se consumen en la entrada al local, que custodian una huesuda calavera de un toro. Anaranjados son los ojos de ese arcángel gigante, escoltándolos en el escenario, sosteniendo una espada en posición de descanso. Anaranjado es el estallido cuando

salen a escena con el primer tema. Todo es anaranjado salvo sus siluetas negras y el cuerpo inmaculadamente blanco de la réplica del Gabriel de Salamone escapada de un cementerio de Azul. Las Armas, Buenos Aires. Una formación cuya línea de tres al frente está compuesta por el Longa en bajo, el Mister en voz y guitarra, también en guitarra Peter y atrás en la batería Joaquín. El Mister se mueve como ya lo habías visto en el clip. El Longa pensás que es un obrero del rocanrol y mierda que está bueno verlo laburando, ¿no? Peter trae felicidad y un clasicismo muy celebrado a la escena. Joaquín cierra los ojos y queda en trance como Tony Curtis invocando al Manitou. O sea: pasos anaranjados, albañilería anaranjada, sonrisas anaranjadas y exorcismos indígenas anaranjados. Por esta alquimia es que anaranjado llamas de dragón son «Camisa narco», «Jesús» y «Dandy bonaerense». Del anaranjado de un cigarrillo prendido es «Frente a frente». Y del anaranjado de un medidor de energía agotándose es «Malasia».

El Mister canta y su público, la armada bonaerense, corea: «Antes que salir en la *Rolling Stone* / prefiero salir con vos» haciéndote recordar y pensar que la morocha jujeña que te cruzaste en lo de tus parientes allá lejos y hace tiempo en Tucumán bien podría haber estudiado —si estudió— en La Plata. Algo que anhelás que haga tu hijo. Que Ramón cuando termine el secundario se venga más cerca de vos. Que conozca toda esa movida. Que estudie cualquier cosa. Pero que estudie. Como la morocha jujeña de paso en Tucumán.

¿Que qué era lo que quería ser? ¿Qué era lo que quería estudiar? ¿Psicología? Si ella hubiera estado esa noche bailando al calor de Las Armas, te la imaginás sudando la remera anaranjada. Qué lástima que no se pueda fumar más en los recitales. Llegar a tu casa con la ropa impregnada en olor a pucho y a ella.

CONTROL REMOTO

Bibiana Ricciardi

(General Villegas)

—Siga usted, padre. Me tiemblan las manos.

—No, no dijiste así. No me tratabas de usted.

—Da igual, papá. No empieces.

En Vallejos llovía desde hacía sesenta y dos días. El murmullo de la lluvia era silencio. El hombre se movía con dificultad, las rodillas descascaradas apenas si lo sostenían. Corría con los pies las piezas del juego que se desplegaba en el piso, sin necesidad de agacharse. La casa era todo ese ambiente grande. Sin puertas. Solo la del baño. Que nada interrumpiera el paso de la silla de ruedas.

El juego había comenzado con la lluvia. Paulina lo había imaginado pero su padre lo había ejecutado. Ella no podía andar bajo la lluvia, se arruinaban los engranajes. El hombre se puso el piloto verde de cuando iba

al negocio. Antes podía caminar apurado, sin mirar a los costados. Ni siquiera de reojo. El rabillo no se le había entrenado. En esa época su cuerpo llenaba el piloto, la vereda, la calle y hasta la vereda de enfrente desde donde lo miraba pasar doña Clotilde barriendo la misma baldosa gastada. Jamás salía sin su maletín negro de cuero, regalo de su difunta esposa. En un viaje a Buenos Aires se lo había comprado. Cuando la empresa todavía lo mandaba a hacer cursos de perfeccionamiento. La señora y la nena lo acompañaban para hacer compras. Traían todo de calidad, en Vallejos no se conseguía. Iban en el Fiat 1500 blanco que pagaba en cuotas en el Banco Provincia. No le debía nada a nadie, todo lo que tenía lo había conseguido con esmero. Y a su mujer y a su hija las tenía como reinas. Por eso hablaban. Por envidia. Si fuera tiña serían todas verdes las vecinas.

El piloto ahora flota a su alrededor. Paulina se ríe. Dice que parece que llevara una balsa inflable puesta por si se cae en un charco. El hombre sube sus hombros, agita la cabeza. Camina despacio, la lluvia borrona el contorno. La ventana de la vecina está empañada pero se adivina su silueta. A dónde irá este viejo. Pobre hombre no lo deja en paz. Esa hija es una déspota. A su edad tener que salir con esta lluvia. Si la madre viviera le pega tres gritos. Pobre santa. Lo bien que había hecho en morirse antes del accidente. En la esquina espera el semáforo.

Para qué espero, no hay un alma en la calle y si la tienda estuviera cerrada... Antes, con La Barata, uno sabía. Había un horario. Ahora mucho negocio para poca gente. Retiro voluntario. El sueño del pibe. Les dan dos mangos, se ponen un negocio. Hay que tener cabeza para los negocios. Un corte de tela grande.

—¿Con esta lluvia, Don Bartolo? ¿Salió con esta lluvia a comprar un mantel?

—No mantel. Un corte de tela. Verde.

—Va a tener que ser mantel nomás. Otra tela no tengo, don.

Un corte de tela grande tipo de mantel de mesa gigante, con una ruta de papel de aluminio que lo atravesaba. Extendido en toda la superficie de la casa. No vas a poder pasar al baño si lo pongo acá. Ponelo ahí, no necesito ir al baño. Había unos arbolitos de plastilina a los costados del camino. Medio torcidos, en hilera. Un árbol mucho más alto, hecho con el tubo de cartón de un papel higiénico, y un vaso plástico a modo de copa. Solo vasos de plástico por si se te caen de las manos. No se me caen. El camino que atravesaba el mantel serpenteaba coqueto cruzando en diagonal la tela. Como si hubiera curvas en la ruta a Buenos Aires. No discutas, papá. Es

mi autopista. Si quiero le pongo curvas. Y si quiero me tiño el pelo de rubia y me hago rulos. Es mi recuerdo. Un auto de plástico rojo con antenita de control remoto parado en un extremo del camino metalizado. Adentro del auto dos muñecos Playmobil. Una mujer rubia al volante, con rulos. Joven, bella como una actriz de Hollywood. Y un señor con sombrero y anteojos a su lado.

—Manejaba yo, papá.

Muevo el autito con cuidado, la palanca del control remoto es igual a la de la silla. Puedo avanzar con precisión. Los del Festival se van asombrar. Como si fuera cine.

—Vamos a pedir que bajen el escenario, si no no se va a lucir el auto. Tiene que verse desde arriba.

Avanzo como una reina, manejar por la ruta me libera. Soy una mujer al volante, de las primeras. Llevo gafas de sol, protejo mis bellos ojos. El futuro es mío, nadie me detendrá. Mi padre, a mi lado, contempla el paisaje con satisfacción. La belleza de la pampa argentina. En su país natal no existe semejante extensión de tierra sin arrugar. Negra, virgen, fértil. La riqueza en la punta del dedo. La tierra nos da la vida. Y el auto, y la fiesta, y el novio. No

el vestido. El vestido hay que ir a buscarlo a la ciudad. Sin querer muerdo un poco la banquina. Apenas un poco. Padre se sobresalta. Me disculpo. Una nube de polvo se levanta. No llueve. Hace muchos años que no llueve.

—Habría que agregar algo de tierra. Y de pasto.

Paulina ha detenido el avance del auto de juguete. La mano que apretaba el botón de avance ahora impulsa la palanca de giro de la silla de ruedas. De cara a su padre, lo interpela. El hombre la mira, espera que complete. Piensa que si no lloviera se asomaría al patio con una cuchara o el cucharón de los fideos. Rascaría los terrones. Arrancaría los yuyos duros. Desharía el terrón con sus manos grandotas. Esparciría el polvo de tierra a los costados del camino. Maldeciría por lo bajo. Quién puede con una tierra así tan reseca. Patearía con su bota. Su mujer lo hubiera retado, que no levante polvo que se llena la casa de tierra, que no puede pasarse la vida pasando el trapo.

En este pueblo no se puede vivir limpio. Pampa húmeda, más seca que la mierda. Te tuviste que morir para que sobrara el agua. Parece que nunca hubiera venido la seca. Jamás te asomaste por la ventana de la cocina a ver si llovía. El ruido de la usina nos mentía. Una ilusión de unos

segundos. Alcanzaba con sacar la mano. Había cocina, living, dormitorio. Ahora, en cambio, la casa parece un campamento de gitanos, solo puerta para ir al baño. Parece que no te fuiste, parece que no estuviste. La Paulina, la silla y yo. Nada más. Sin polvo, solo agua. Se oxidan los engranajes, la pampa es océano. Dónde va a ir el agua sin una quebrada. Cuándo fue que la tierra se transformó en agua. Y el barro en asfalto. Si parece que fue ayer que la nube de polvo no bajaba. El sol llegaba filtrado. Una sequía tremenda. El viento sobrevolaba Vallejos casi sin tocarlo. Las casas se achaparraban. Las ventanas cerradas para que no entrara tierra.

—No llovía nunca, hija. Sacaba la mano para ver si caía algo. Salía al patio y sacaba la mano. No llovía nunca pero la esperanza es lo último que se pierde.

—Había llovido la mañana anterior. Todo limpio, despejado. Era una mañana diáfana. Yo manejo contenta, cantando.

—No llovía, era la seca. La piel como un lagarto.

No llovía ya. Pero había llovido mucho. La calzada estaba transitable pero con charcos de agua. Me até un pañuelo en la cabeza para sostener el pelo que se volaba. Me gusta manejar con la ventanilla abierta, el viento en la cara. Silbando bajito. Las señoritas no silban. Y a mí qué me importa yo casi no soy señorita, no me vas a decir nunca más lo que

tengo que hacer. Tengo un novio fuerte, Los brazos gordos. Me aprieta tan fuerte que me crujen los huesos. Huele a caballo. Cuando me suelta me desarmo. Es mi dueño, y yo dueña de casa. Ama de casa. Quién quiere libros. Un hombre alcanza.

—Atame el pañuelo en la cabeza.

El anciano de las articulaciones entumecidas dobla el cuerpo hacia abajo e intenta poner un trozo de tela minúsculo en la cabeza de la muñeca rubia. Los dedos rígidos, la respiración agitada. Afuera pasa el auto propaladora. Si no lloviera le gustaría llevar a la nena para que se diera el gusto.

Caminan despacito. Llegan a la esquina, la bajada de cordón prolijita, brillante. Vallejos le rinde homenaje a su hija en cada bajada de cordón. Doblan en Moreno, siguen hasta la Biblioteca. No hay vecino que no se pare a saludar a la Paulina. El tiempo no arrugó a su nena, bella como a los veinte. El pañuelo en el pelo resalta el brillo de sus rulos rubios. Una leve brisa los acompaña a la altura de la plaza. No vayas tan rápido, hija. Mis piernas ya no aguantan este ritmo. Ella sonríe feliz. Se detiene en la puerta de la Biblioteca Popular. La directora del Festival les abre la puerta. La chica de Andrade.

Las ínfulas del padre porque la había casado con el de La Anónima. Ahí la tenés, abre puertas. Ni la política la ayudaba a brillar. Las caderas anchas. La delantera caída. De qué le sirvió darle tres hijos al concejal. Se agacha torpe para saludar con un beso a Paulina, que ni se molesta en estirarse.

—¿Estás cansado, pa? ¿Querés que siga yo?

Miro la hora en el reloj del auto. Tiene un tablero brillante. Se ha hecho tarde, debería acelerar un poco. Papá se ha dormido. Aprovecho que no me vigila y piso un poco más fuerte el acelerador. El auto responde con un leve rugido, esquivo un charco. Me maravillo con el paisaje. Bosques frondosos lindan con el camino que se tuerce y retuerce. El volante a la derecha y a la izquierda, esta vez dejar la ciudad atrás no me apena. Pienso en el vestido. El vendedor lo extendió en el baúl. De tules y gasas. Parezco una princesa. Una hilera de botones detrás tan chiquitos que no sé cómo harán los dedos gordos de Felipe para desabotonarlos. Estos vestidos son la locura del novio. Vos me entendés. El hombre se pone impaciente, quiere piel. Me llaman la verduga a mí. La modista se ríe fuerte. Papá desde afuera pregunta si puede pasar. ¡No! Charla de chicas. Con una mujer así podría hablar. Si estuviera tu madre te explicaría. Pero no está. Y yo meta libro en la biblioteca. Felipe es todo un caballero.

Un caballo. Hay que ver lo que se le despliega ahí abajo cuando me aprieta fuerte contra el zaguán. Si yo pudiera tocar, palpar el bulto, medir. Dos dedos por la mitad me entran a mí. No más.

«Se consideran como signos de virginidad en la mujer, dice el ilustre profesor E. Hofmann, de Viena: grandes labios duros aplicados exactamente unos contra otro; pequeños labios sonrosados, cubiertos por los primeros; un orificio vaginal estrecho; un himen intacto; y una vagina estrecha y llena de repliegues.

La reunión de estos caracteres permite, en la mayoría de los casos, admitir que la joven es todavía virgen; empero hay que hacer algunas observaciones tocantes a ciertos signos en particular.»

Me llega a ver papá con Higiene de la noche de bodas me mata. Si pudieras oír lo que pienso te morís. Dormí. Tu nena maneja como una reina. Como una princesa. Reina pasado mañana. Cuando el príncipe la desvirgue. Con su verga dura como la de un caballo. No distraigo mi vista de la ruta que ahora sube en pendiente. No me digas que no había pendiente porque había. Y para que no me digas no digo. Pienso. Adentro de mi cabeza sigo el juego y vos mirás con los ojos caiditos cómo pienso. Y no podés adivinar lo que pienso ni aunque quieras. No podés porque dormís al lado mío. La respiración gorda,

en cualquier momento llegan los ronquidos. Confiás en tu hija al volante. La única chica de todo Vallejos capaz de manejar en la ruta a Buenos Ares. Tan peligrosa llena de curvas y montañas. Se abre el precipicio abajo. No lo miro, la vista fija en la cinta asfáltica.

—Hay que elevar algunas partes.

—No podés. No te va a creer nadie la historia. Todo Vallejo sabe que no hay montañas.

—Es mi historia.

Tu historia. Tenés la cabeza llena de historias, hija querida. Encerrada entre cuatro paredes. Y un muro de agua. No vas al Festival, chiquita mía. Ojalá pudiera decírtelo. Que no gastes tu tiempo. En qué otra cosa podrías gastarlo. Pobrecita mi nena atrapada en la silla. Querés que te fabrique montañas, te las hago con un bollo de papel higiénico. Hago unas bolas y las coloco debajo del papel de aluminio. Hay que ver si el autito ese te sube la ladera porque esos motorcitos no tienen mucha fuerza. No son como la silla de mi princesa. De Alemania se la traje.

«La rotura del himen en el primer coito es la regla y será menester, ante todo, investigar las lesiones del himen, cuando se trate de decidir si ha habido, o no, coito realizado.

El desgarrar del himen parte casi siempre del borde libre, y se limita, lo más a menudo, a este último, o bien atraviesa toda la membrana hasta su punto de inserción en la periferia de la entrada de la vagina. El número, el sitio y la profundidad de los desgarros dependerán de la conformación de la membrana.»

Ay, padre, si supiera. Hay mujeres a las que se les ha desgarrado el himen por andar a caballo. Me lo dijo Elenita. Y se rio. Nos reímos. Yo también me río ahora. Así. Ojojojojo. Despacito casi para adentro. No quiero que se despierte padre. Quiero llegar yo manejando a Vallejos. Que todos vean que llego muy señorita con mi vestido en el baúl. Manejo sola, no se desvirga la señorita montando un auto. Solo con un potro puede haber rotura. El novio no sabe. No le cuento del libro. Ni del caballo.

—Estás cansada, mi niña. ¿No querés que siga papá?

—No, padre. Estoy muy tranquila. Sigo yo, usted descanse.

—No me dijiste así.

—Sí dije. Yo digo lo que dije. Es mi cuento, no el tuyo.

Tan mío como tuyo, mi chiquita. Entro al pueblo en ambulancia. Me miran pasar sin verme. Quién va en la camilla. Soy yo, don Bartolomé. Estoy bien, no se preocupen. No me pasó nada. Tenía el cinturón de seguridad puesto. Por qué se apura, chofer. No hay ninguna emergencia. Apague la sirena que me está aturdiendo. Se va a despertar todo el pueblo. Qué tanto escándalo. Enfermero, dígame a mi hija que estoy bien. Que no se cancele la boda que no fue nada. Manejé todo el trayecto la nena. Agarré el volante diez minutos nomás. Llamelá, quiere. ¿Y el vestido? Dígame que no se rompió. Mañana tenemos boda. Lo que voy a llorar. ¿Usted tiene chicos? Es muy joven. Mi nena también. Pero se casa. Pobrecita se casa sin saber. Mi señora no está con nosotros desde hace mucho tiempo. Se imagina que yo no le puedo explicar. Qué le voy a decir.

«Es ocioso recordar que su mujer no será feliz realmente sino por el amor.

Imbuido, pues, en los principios que hemos intentado hacer que prevalezcan, y entrando por vez primera en posesión de su nueva compañera, todo joven marido, en vez de racionar y de obrar como hombre escéptico y ganado se verá llevado, instintivamente, a ponerse en el lugar y sitio de su joven esposa, que espera la revelación del terrible misterio, comprendiendo su inocencia y su curiosidad, sus azotamientos y sus

deseos. Su primer pensamiento será tranquilizarla, evitando que alguna necia vanidad, alguna impaciencia le exciten a usar demasiado pronto de sus derechos. A fin de que el amor acuda, con seguridad, a su llamamiento, respetará esta hora solemne, preparándola por tiernos cuidados. Recordará que esa muchacha, graciosa flor cuyo aroma debe perfumar su vida toda, no le conoce, ni le ama aún, que le teme y que, de seguro, no le desea, en el sentido que generalmente entiende la vanidad masculina.»

La mujer mira fijamente la pista improvisada por la que avanza el auto de juguete. El papel de aluminio cruje a su paso. El árbol más grande, el de tronco de tubo de papel higiénico, se acerca. La jugadora comienza a silbar una melodía tipo country, o una ranchera. Entrecierra los ojos, admira un pájaro que cruza el cielo diáfano. Un ronquido más fuerte de su padre la incomoda. Cómo haría su madre para dormir con semejante bochinche. Camas separadas. Pero en el mismo cuarto. Y no siempre fue así, mi hijita. Que el derecho se lo ganó con los años. O usted se piensa que su futuro marido aceptaría las camas separadas. ¿Está segura usted de que se quiere casar? Tan precipitado todo. Su madre aún no se termina de pudrir. No digo que haya que guardar duelo, pero qué necesidad hay. La gente comenta.

—¿Qué comentan?

—Mire hacia adelante, mi niña. No se altere mientras maneja. Es muy peligroso.

—Padre, estoy cansada, ¿no seguiría usted? Ya casi llegamos.

El hombre no espera la orden. Dobla su espalda con dificultad, levanta el auto y, sosteniéndolo con una mano, con la otra intercambia las posiciones de los muñecos. Mira a su hija, espera la orden. Paulina sonríe con una boca tan grande que se escapan de su interior crujidos de una risa imposible. Bartolomé asume que esos ruidos conforman la orden y apoya el auto en la pista con toda la suavidad que su espalda le permite.

Mañana habrá fiesta. Y desgarros. Debo descansar. Me aflojo el cinturón de seguridad, reclino el asiento. Papá maneja suave, me hamaca. Sueño con un príncipe montado a caballo, con un escudo y una lanza erguida. Se dirigen a gran velocidad a mi encuentro. Los ojos del caballo taladran mi vientre, la lanza desgarrar mi espalda.

ARENAL

Alejandra Zina

(Villa Gesell)

Nadie pensaba que fuera a durar mucho tiempo. Qué iba a hacer una mujer como ella en un lugar como ese. Con qué se iba a entretener. Con quién iba a hablar. Cuando Amalia Luther bajó del Chrysler, fosforescente por los rayos del mediodía, los peones la miraron como a un pavo real en medio del desierto. Después la mirarían con deseo. Después con desprecio. Le tuvieron miedo desde el principio, nunca fue de otra manera.

Ah, sí. Esa mujer era capaz de cualquier cosa. A poco de llegar, el chico que ayudaba en la cuadrilla forestal dijo que la vio agachada entre las retamas imitando el maullido de una gata en celo. Solo para molestar al Alemán que a esa hora estaría durmiendo la siesta en la galería. Contra él o para él. Todo era así. Podía insultarlo como una cloaca y al rato defenderlo con uñas y dientes si a algún infeliz se le ocurría criticarlo. Podía levantarse al alba para llevarlo en jeep hasta el vivero y jamás echarle en cara que no supiera manejar, pero un

mueble mal arreglado la enfurecía al punto de tirarle las herramientas por la ventana. Podía tratarlo de viejo miserable por no comprar el dulce que le había encargado y acusarlo de derrochón por gastar en enciclopedias que nadie iba a leer.

El matrimonio es levantar un pueblo en medio de la nada.

—Así debe ser. Lo fácil corrompe, lo difícil perdura —sentenciaba el Alemán como para consolarla. Pero lo decía en serio y ella tenía que darse cuenta de quién se había enamorado.

Una mañana ventosa de aquellos primeros tiempos la vieron atravesar el caserío con una valija en cada mano. Llevaba pantalones de lana y botas de goma hasta la rodilla, el pelo cubierto con un pañuelo de seda y anteojos de sol. Amalia Luther era una rubia grandota, difícil no reconocerla a la distancia. Un peón que la cruzó de camino a la ruta le preguntó si necesitaba ayuda.

—¡Que se pudra en este infierno, yo me rajo! —contestó ella, y se alejó chapoteando en el pantano arenoso seguida por una nube de mosquitos.

Al cabo de varias horas la vieron regresar en el carromato que traía los víveres de Madariaga. Vaya a saber qué idea, qué amenaza, qué recuerdo le hizo cambiar de opinión, la cosa es que traía ese aire triunfal de las divas del *bel canto* que vuelven al escenario a pedido del público. Después dijeron que se volvió a escapar con varios amigos al casino de Mar del Plata y que se había

jugado la plata con la que se iba a construir la escuela; que tenía un amante más joven, actor de radioteatro; que había parido un hijo enano al que abandonó en un hogar de huérfanos. El Alemán no se daba por enterado y Amalia estaba demasiado preocupada por hacer del pueblo un lugar más habitable para ella. Sus dos grandes proyectos fueron un lavarropa para no cuartearse las manos fregando y el anfiteatro en el bosque para traer coros y orquestas de la capital.

—La acústica de los pinos, querido. Hay que aprovechar la acústica de los pinos.

Amalia escuchaba adagios y sopranos ahí donde el Alemán oía el viento moviendo las ramas de sus árboles, la arena finalmente conquistada, las raíces prendidas a los médanos después de años y años de secarse, pudrirse y ser comida de las hormigas.

Nadie pensaba que esa mujer fuera a durar, ni que alguna vez llegara a montar a pelo, hachar la leña, mantener la huerta, decir la hora sin mirar el reloj, cocinar la mejor cazuela de mariscos de la zona. La porteña aprendía rápido. Pero su fuerte no era ganarle a la naturaleza. No. Su fuerte eran los litigios: ganarle a patrones que no querían pagar, a vecinos que alambraban más allá de su lote, a ladrones de gallinas, a maridos que abandonaban a la esposa y a los hijos. Abrió una oficina en su casa que llamó Asuntos Legales, una puerta lateral por la que entraban y salían los clientes. En su escritorio podía quedar un fajo de billetes o artesanías de yute o una fuente de langostinos frescos o alguna

gallina ponedora picoteando la alfombra. A la mañana atendía la oficina o visitaba a los demandados; a la tarde se dedicaba a la huerta y a la casa. Un día, sin avisar nada a nadie, descolgó el cartel de la puerta y se retiró. Amalia Luther era una mujer rica y no necesitaba trabajar. Pero el motivo era otro. Al pueblo estaban llegando escribanos, abogados y contadores con diploma, doctorcitos que querían enseñarle cómo hacer las cosas, ¡justo a ella! Que se pudran.

Hacía tiempo que su pelo rubio se había vuelto una nube gris que la seguía a todas partes. La nariz le había crecido en su cara angulosa y su mirada desenfocada apuntaba siempre para otro lugar, como si lo importante pasara un poco más allá. Seguía siendo una mujer corpulenta, capaz de cargar un atado de leña o de mover un coche enterrado en la arena. Se la podía ver arriba del jeep con su sombrero panza de burro, agachada en la huerta plantando repollo o sacando trastos viejos del altillo, mientras el Alemán hacía crecer el pueblo. En menos de un año había ayudado a fundar la cooperativa eléctrica, la central telefónica y la compañía de transporte. Vendía lotes como agua y las casas de veraneo brotaban más rápido que los pinos. El pueblo perdido de la costa era ahora una atracción para los que buscaban un paisaje rústico donde descansar. Amalia Luther hubiese echado a todo el mundo a patadas, uno por uno, pero ese era el costo del progreso, aguantarse a la gente.

Con el Alemán se habían olvidado del sexo y estaban en paz. No había culpas ni reproches, tampoco frialdad. Lo que se gasta se gasta y los dos habían asumido esa nueva forma de estar juntos como una etapa más. Allá lejos quedaron los últimos intentos. La visita al médico de Buenos Aires, un judío con barba a lo Rasputín que también se dedicaba a la psicología, él les recomendó un libro muy detallado que seguro los iba a ayudar. Por supuesto a la consulta había ido Amalia sola, al Alemán era imposible sacarlo de los médanos salvo que se tratara de conseguir materiales y maquinaria. Ella hizo el encargo a una librería especializada de la calle Viamonte y apenas llegó la encomienda corrió a su cuarto con el paquete disimulado en una pila de toallas limpias. Mientras lo abría le sudaban las palmas, como si sus manos volvieran a sentir aquellas ganas perdidas. Era un libro de tapa dura con bandas rojas y amarillas y el título en el centro: *El matrimonio perfecto. Estudio de su fisiología y su técnica*. Todas las mañanas, después del desayuno, Amalia Luther se sentó a devorar las páginas con una concentración infinita, como si estudiara los pasos de un experimento sumamente complejo. Leía, releía y subrayaba las partes que le parecían importantes:

El amor y el sexo se tienen que desarrollar a la par. No es verdad que el sexo termina antes que el amor, los dos pueden ir juntos siempre y cuando se los motive por igual.

No hay edad ni impedimentos físicos para el juego carnal, basta con el deseo y la vocación de entendimiento.

Deben existir iguales «derechos» para la satisfacción sexual a iguales «obligaciones» matrimoniales, tanto para el hombre como para la mujer.

El libro no dejaba punto sin tocar, hablaba de los tipos de orgasmo, los olores del hombre y la mujer, los preludios del amor y sobre todo la importancia de llevar una vida sexual armónica y floreciente. Amalia leía en voz alta las frases del doctor Van de Velde y el Alemán miraba el piso como si fuera una lección que debía memorizar. Después de la escucha él seguía dócil todas las indicaciones. Si tenía que desvestirla lentamente, la desvestía. Si tenía que esperar adentro de ella, esperaba. Si tenía que estar parado, arrodillado o acostado, ahí se ponía. Al terminar, Amalia se vestía rápido y salía de la casa con cualquier excusa. Prefería no hablar de un momento que para ella había pasado sin pena ni gloria.

La chica que traía el pedido de la granja venía pesada con la canasta de huevos y su panza de siete meses. Un día le escuchó decir que su embarazo era milagro de la señora Solana, que le hizo llevar un frasquito con sangre de la última menstruación y otro con saliva de su marido, armó un menjunje y se lo hizo untar ahí abajo y la semilla prendió. Amalia Luther averiguó dónde

quedaba la casa y salió caminando por la costanera en dirección al muelle. Caminó con paso firme porque fuera donde fuera así eran sus pasos, firmes y decididos. Nunca había visitado a una mujer como esa y no creía que sus trucos y menjunjes sirvieran para algo, pero qué importaba, la tarde ya estaba perdida y no tenía nada mejor que hacer.

Desde la calle apenas se veía, las retamas y las cortaderas estaban demasiado altas y la construcción se levantaba al fondo del terreno. Era un rancho de madera con paredes torcidas y una única ventana en el frente con un mantel cuadrillé a modo de cortina. Afuera había unas bolsas con agua colgadas del borde del techo, una reposera oxidada y un televisor con patas a medio desarmar. La puerta estaba completamente abierta pero Amalia se mantuvo a cierta distancia y aplaudió tres veces. El único que apareció fue un gato negro desperezándose en sus patas traseras. Amalia asomó la cabeza. A un lado había un pasillo corto que desembocaba en lo que parecía ser una cocina, parada contra la mesada una vieja daba mazazos a un gran bloque de hielo. Llevaba el pelo ceniza atado en una cola, mameluco azul y botas de trabajo.

—¡Hola!

La mujer, con la maza en alto, giró la cabeza, la miró a Amalia y dejó caer el golpe sobre el bloque.

—¿Señora Solana?

La vieja se la quedó mirando con la mandíbula un poco caída y el contorno de los ojos verdoso.

—¿Sabe la fuerza que hay que hacer para descongelar este pulpo?

Amalia avanzó unos pasos para que la señora Solana, que no parecía dispuesta a interrumpir su tarea, la oyera mejor.

—Me dijeron que usted puede ayudarme.

—Ajá. ¿Y a mí quién me ayuda?

Amalia asintió y pensó que lo mejor era irse, o nunca haber llegado.

—Mejor vengo otro día.

La señora Solana la miró de arriba abajo.

—Ya está acá. Desembuche.

Amalia quería irse y las palabras le costaron.

—Es un tema personal. Algo con mi marido.

—Hum. Algo como qué.

—Algo íntimo.

—Hum. Se le secó la pólvora.

Amalia se cruzó de brazos y endureció la boca como hacía siempre que le decían las cosas de una manera que a ella no le gustaba.

—¿A él o a usted?

—A los dos.

—Hum.

La señora Solana dejó la maza al lado del bloque, se secó las manos en el mameluco y se metió en alguna habitación del fondo. Amalia se acercó a la mesada y vio unos ojos bien abiertos adentro del hielo, como si el pulpo la estuviera vigilando mientras la dueña de casa no estaba. La vieja volvió con un gotero de vidrio oscuro.

—Una gota detrás de cada oreja. Una gota en cada muñeca. Una gota tres dedos más abajo del ombligo. Cinco gotas, no más.

—¿Y ya está?

La señora Solana contestó con un gruñido y siguió machacando el hielo a mazazos.

Afuera, Amalia destapó el gotero y un penetrante olor a lavanda la hizo estornudar. Lo probó esa misma noche y no pasó nada, pero el Alemán y ella se enroscaron en un abrazo dulce que duró hasta la mañana. Tantas veces había pensado en irse y ahí estaba, agarrada como los médanos que su marido había fijado con pinos y tamariscos. Dejaron de probar. El aceite de lavanda quedó en el cajón de la mesa de luz y un día fue a parar a la basura.

El Alemán murió primero. La noche anterior Amalia Luther tardó en dormirse. Los pensamientos le zumaban como mosquitos y ella los odiaba a los dos: a sus pensamientos tercos y a los mosquitos. Se calzó el tapado encima del camisón y caminó hasta el living arrastrando las chinelas. Los vidrios del ventanal temblaban con el viento. Abrió la puerta que daba a los médanos y las perras salieron con ella moviendo la cola. Sintió que se le congelaban las orejas y los tobillos, pero igual siguió unos pasos agarrada a la baranda. Delante de ella se abría la oscuridad más absoluta, como si finalmente hubiese caído en ese pozo sin fondo del que siempre

se despertaba a tiempo. Se quedó con los ojos abiertos hasta empezar a ver los contornos y volver al mundo conocido. El mar rugía tan suave que no parecía estar ahí. De pronto la encandiló una luz intensa que apuntaba hacia la costa, la luz hizo un giro de ciento ochenta grados y se alejó mar adentro. Un pesquero. Estaban en época de cazón. ¡Qué manjar el cazón! Pensar en comida la aliviaba, le hacía sentir que después de tantas preocupaciones había encontrado la solución a todos los problemas. Ya está, eso iba a hacer. Iba a comprar medio kilo de tiburón en lo de Zambrano, lo iba a saltar con cebolla y ajo, lo iba a enharinar y lo iba a freír en croquetas. Sí, señor, eso iba a hacer.

Pasó la mañana trabajando en la huerta, silbando una cancioncita tonta que se le había pegado de la radio. Cuando entró a la casa con tierra hasta la nariz encontró a su marido en el sillón que daba al ventanal. Tenía los ojos cerrados y se sintió agradecida por eso. También agradeció ser la primera en encontrarlo y no Magda o Contreras. Se acercó sin hacer ruido, como si todavía pudiera despertarlo. Se sentó sobre el apoyabrazos y recostó su cabeza contra la suya. Estuvo un rato así, oyendo su propia respiración. Como todos los matrimonios que envejecen juntos habían hablado de algunas cosas. Habían firmado los papeles que tenían que firmar. Habían seguido con sus vidas sin pensar en lo mucho o poco que faltaba.

El cuerpo estaba tibio y los músculos blandos. Igual no se engañaba, el viejo que la noche anterior ronca-

ba dándole la espalda, el hombre que más conocía, no existía más. ¿No es eso lo que dicen los avisos fúnebres? *Ha dejado de existir a los 89 años en la ciudad de...* No se engañaba. Eso que estaba abrazando no era más que un recuerdo.

ÍNDICE

<i>Presentación</i> , por María Eugenia Vidal	7
<i>Prólogo</i> , por Bibiana Ricciardi	9
<i>Los chanchos</i>	
Marcos Almada (Azul)	15
<i>La isla</i>	
Gabriela Cabezón Cámara (Delta Tigre)	39
<i>El hotel</i>	
Florencia Canale (Mar del Sud)	45
<i>Sin saber siquiera su nombre</i>	
Patricio Eleisegui (Sierra de la Ventana)	67
<i>El destetado</i>	
Federico Jeanmaire (Baradero)	89

El milagro invertido

Guillermo Martínez (Bahía Blanca) 107

Barcos hundidos

Sergio Olguín (Mar de Ajó) 123

De Memphis, Tennessee a Las Armas, Buenos Aires

Leonardo Oyola (La Plata) 137

Control remoto

Bibiana Ricciardi (General Villegas) 145

Arenal

Alejandra Zina (Villa Gesell) 159



